This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span
5665
15

Span 5665.15

Harvard College Library

FROM THE BEQUEST OF

FRANCIS BROWN HAYES

(Class of 1839)

This fund is $10,000 and its income is to be used

"For the purchase of books for the Library"

i

LOS MANUSCRITOS DE MI PADRE,

NOVELA ORIGINAL

POR

D. RAMON DE CAMPOAMOR.

TOMO I.

MADRID,
IMPRENTA DE D. F. SUAREZ,
PLAZUELA DE CELENQUE, NUM. 3.
1842.

Harvard College Library
Aug. 2, 1920
Hayes Fund
Span 5665.15

Siendo esta NOVELA propiedad de la REVISTA, se perseguirá con arreglo á la ley al que la reimprima sin el consentimiento de su Director.

HERENCIAS DEL MUNDO.

LIBRO PRIMERO.

A MI QUERIDA HERMANA

Doña Rafaela Campoamar de Caballero.

PROLOGO.

Voy á leerte unos manuscritos, que mas desvelos costó á mi padre el sustraerlos á tu curiosidad, que el escribirlos. Sé que cometo una imprudencia satisfaciendo un femenil deseo que te acarreará muchos dolores; pero contigo mas quiero pecar de tolerante que de severo. Profanaré con el secreto la memoria de mi buen padre, mas añadiré quilates á tu cariño: entre los respetos debidos á la memoria de un padre muerto, y el amor que se debe á un hermano vivo, si estan en contradiccion, mas quiero cumplir con este último: el postrer vale que un moribundo exhala al borde del sepulcro, es la estincion de todo pacto contraido con la humanidad: al centro de las almas, no llegan mas que las oraciones divinas; el homenaje profano, no traspone mas que algunas capas de aire.

Una sola consideracion me arredra en mi propósito y es el temor de atormentar tu alma; en tal caso, tu deseo será el límite hasta donde debas apurar la copa de la amargura. Temo, sin embargo, que la has de apurar hasta el fondo, porque el dolor se encarna con mucha afinidad en las almas virgenes todavia. Jóven como tú, he leido muchas veces estos manuscritos, y aun no me he perdonado la indiscrecion de haberlos tocado la primera. Tal vez seas tú mas induljente para mí, que yo conmigo mismo; pero no por eso dejarás de lamentar mi docilidad, aunque será muy tarde. Un libro en donde con desnudez se describe el corazon humano, es un talisman que debemos arrojar al fuego; es un doloroso compendio, donde los viejos ven reproducidas sus pasadas amarguras; es la teoria aplicada á los dolores que prácticamente esperimentan los adultos; y es por último una infernal lumbrera que muestra á los niños lo mas espinoso de la senda de la vida. Estos fatales guias para nada sirven, como no sea para conducirnos á un precipicio: pueden muchas veces acarrear el escarmiento, pero como de esas sirven de ejemplo. Antes de sepultar mis ilusiones en estos manuscritos, creia injénuamente en la felicidad completa; hoy gracias á su lectura, no se forja en mi mente un ensueño de ventura, que no sea la causa de que me compadezca como de un loco. Sin saber lo que son desdichas, he aprendido á ser desdichado, y no ignoro por lo menos que los placeres de la vida son el interregno que media entre desgracia y desgracia.

Sobre poco mas ó menos tales fueron mis palabras

la primera vez que te lei estos manuscritos. Ahora que pienso publicarlos, pongo tu nombre al frente; en primer lugar por cumplir con deberes de los cuales solo á ti debo satisfaccion; y en segundo, porque necesito hacerte algunas advertencias, con tanto mas motivo, cuanto que siempre que me dirijo á ti, hablo indirectamente con mis lectores.

Verás, no sin estrañeza, que he desconcertado donde me ha parecido la progresion y el órden que guardó el autor en la relacion de su historia, y hasta despojándome á veces del respeto debido, he cercenado cuanto me pareció superfluo, y llenado huecos con la misma osadia que si dispusiese de un trabajo propio. Por eso prescindiendo del título que lleva la obra, no puedo negar que he tenido parte en ella; y acaso mis variantes habrán producido sus numerosos defectos.

Aun suponiendo que la obra sea toda mia, nada tengo que añadir con respecto á las tendencias mas ó menos circunspectas que se la puedan atribuir. Me descarto desde ahora de cuanta responsabilidad moral pueda recaer sobre mi por haberla escrito, pues yo ni siquiera el honor de la invencion merezco. Por un lado solo soy acreedor al fácil honor de un mero escribiente, y por otro al de un recopilador que no ha hecho mas que reducir á drama algunas escenas de la sociedad de su tiempo. Muchas las he suprimido por sobrado escandalosas, y otros lo eran tanto que ni el haberlas presenciado pudo darme jamás valor para estamparlas. El que á pesar de lo espuesto todavia crea apócrifas parte de las acciones de que se compone este escrito, achacándome algun designio siniestro, aguarde hasta hablar conmigo para condenarme: tengo seguridad

de presentarle un ejemplo vivo de cuanto en mi libro le repugne, y de reconciliarme con quien tan hosco se muestre á la relajacion del siglo. Yo tambien he jemido muchas veces al juzgarme redactor de tan ominosa crónica; pero al resignarme á escribirla, he tenido que ser un fiel copiante de lo que se me ha dictado. Hacer otra cosa, seria escribir lo que me diese la gana, esponiéndome á que pocos me entendiesen por hablarles de lo que estaban muy lejos de conocer. Respondo por consiguiente de la autenticidad de los pasajes mas notables de esta obra, unos por haberlos yo mismo presenciado, y otros por habérmelos suministrado la tradicion oral contemporánea. He visto el estado social de mi tiempo, y despues de haber leido todos los autores que se han propuesto diseñar nuestros anales modernos, creo que á ninguno se le puede tachar de exajerado en la personificacion del vicio. No me entretendré ahora en esplicar la razon de esto, pero buenó es que se diga aqui de paso, lo que tal vez podrá convenir á mi propósito.

Hechas estas salvedades, solo me resta, hermana mia, implorar tu perdon por haber desnaturalizado los manuscritos del que nos dejó en la horfandad en los primeros años de nuestra vida. Esta profanacion me dá derecho á decir que la obra es mia: y esta propiedad, pretesto para estampar al frente de este prólogo, el nombre querido de lo que mas amo en el mundo.

RAMON DE CAMPOAMOR.

EL BAUTISMO DE SANGRE.

Cerca del distrito de Lienes existe un palacio que desde hace algunos años pertenece á una de las mas ilustres familias del principado de Asturias. Era una noche de invierno del año de mil ochocientos trece, en que solo la débil respiracion de alguno que al parecer dormia, contrastaba con el hondo silencio que reinaba en una de las mas ocultas habitaciones de aquel mónstruo arquitectónico. Un misterioso susurro que por veces se atenuaba, segun lo desigual y entrecortado, mas parecia signo de espiacion que de reposo. Ni un fugaz destello de la luna templaba el horror de las espesas sombras, ni una ráfaga imprevista sacudia la languidez de los dormidos ecos. A poco tiempo se oyó el ruido de una puerta que se abria, y el hondo silencio fue interrumpido por el desacorde compás de unos pies que se arrastraban con cautela.

— ¿Eres tú? dijo una voz con la lánguida ternura que solo puede ser emanacion del sentimiento mas puro.

Una fuerza superior le sujetaba por fuera.

Tornó la cara al peligro en un acceso de rabia, y blandiendo el puñal por todas partes, dió consigo en tierra en una de sus ajitaciones violentas, y chocando con la frente en el enorme sitial en que yacia Margarita, se dejó caer sin sentido, espirando en sus lábios el grito de ¡asesinos!

Cuando volvió en sí, se encontró en una cárcel pública acusado de un horroroso homicidio.

Hé aqui ya un asesinato premeditado, que es el mayor de todos los crímenes. No solo no se contentó el agresor con privar de la existencia á la pobre Margarita, sino que hizo recaer su culpa sobre una cabeza inocente. El instinto de nuestra propia conservacion, es el mas poderoso de cuantos se desarrollan en el corazon humano. La prenda mas cara para nosotros, es nuestra existencia misma, siempre que las preocupaciones ó las costumbres no estienden su tiránico influjo hasta el estremo de suplantar sentimientos convencionales y quiméricos, á los que directamente emanan de la náturaleza, como son *honor* y *delicadeza*, títeres imaginarios que no solo inquietan á los orates, sino que marean á los hombres de sano juicio. Cuando un criminal pospone el don mas precioso que ha recibido de la mano de Dios á sus inicuos proyectos, esponiéndose abiertamente á un castigo ejemplar y cierto, casi no sentiria que se le aplicase toda la clemencia que buenamente pudiese resultar de la elasticidad de las leyes, porque la franca abnegacion de su vida, tiene un no sé qué de grande y de terrible, que llena de un pasmoso asombro á todos aquellos que desde lejos lo contemplan. Pero el bastardo que asesina á una muger en una habitacion oscura, y que dando lugar á que entre otro, le encierra con el cuerpo del delito para que recaiga sobre él el castigo de tan abominable crímen, es un mónstruo que poniendo en juego el cúmulo de villanos sentimientos que caracterizan las almas corvas, embota la imaginacion del juez que debe sentenciar su causa, pues perdida en adivinar tormentos, en vano encuentra al pa-

so los mas horribles martirios. Es tal sin embargo la inconstancia de las acciones en que interviene el corazon humano, que tal vez el lector compadecido derrame pronto una lágrima sobre la tumba del asesino de Margarita.

EL PRIMER AMOR.

Despues de algunos años, aun reinaba la consternacion en el mismo sitio en que acaeció la catástrofe que hemos mencionado. El esposo de Margarita perdió el juicio al poco tiempo de haber perdido á su esposa, y la opulenta casa de los Señores de Mora estaba regida únicamente por un primojénito de diez y nueve años. Julio estudiaba derecho en la Universidad de Oviedo, cuando por la demencia de su padre tuvo que abandonar su carrera, para consagrarse esclusivamente á desempeñar el difícil cargo de cabeza de familia. Es verdad que el manejo interior de la casa lo habia encomendado á una persona mas apta para ello, y que el lector conocerá mas adelante. Una tarde en el jardin del palacio tenia Julio entablado con ella el diálogo siguiente: el doctorcillo no se esplicaba mal para amar por la vez primera.

—Si, Maria; hay una época en la vida tan fecunda en sensaciones, que cuando el corazon no halla una imágen real

de quien prendarse, sueña con mil fantasmas de deleite cuyas sensuales formas se complace en profanar el estímulo de los sentidos. ¿Tú no has amado nunca?

—Demasiado, querido Julio.

—Cuéntamelo por tu vida.

—Pues apartate á este lado, no nos encuentre tu hermana.

En efecto, la peregrina Emilia vagaba por el jardin con aquella volubilidad que es peculiar de los primeros años. Estraña aun al lenguage de las flores, se complacia en escoger los matices que mas afectan el órgano de la vista, agena del encanto que las medias tintas derraman sobre las almas que han empezado á relajar los deliquios de las pasiones.

—Dicen que la frescura de un jardin es un aliciente eficaz de los sentimientos tiernos. Estas ramas que se inclinan parece que forman un pabellon consagrado á los amorosos hurtos. En este momento diera la mitad de la existencia porque fuesemos amantes. ¿No es verdad que debiéramos amarnos?

—¿Y qué amor puede igualar al nuestro, querido Julio? Compañera inseparable de tu desgraciada madre, he contraido con vosotros vinculos que no es posible romper sin profanar su memoria: con la tierna solicitud con que pudiera ella misma, he proveido todas las necesidades de vuestra infancia, y tal vez sin aptitud para ello, me he constituido en la directora de vuestra juventud, fiada mas bien en las amargas lecciones de la esperiencia, que en los sanos principios de una esmerada educacion. ¿No es cierto que si no me amaras serias un ingrato?

—¿Y si te amase mas de lo que tú quisieras?

Lanzó Julio á Maria una de esas miradas, que son el anuncio de las primeras emociones de un corazon de fuego, y arrebatado con el incentivo de sus ojos, prosiguió:

—Hace algun tiempo que me desvelan inquietudes cuya causa desconozco. Un sentimiento indeterminado me llena de

una melancolía tan vaga como el presentimiento de una calamidad. Nunca como ahora he encontrado mis ojos tan predispuestos al llanto; y aunque á veces he creido que lo consagraba involuntariamente á la memoria de mi madre, jamás su recuerdo pudo arrancarme lágrimas tan amargas. Ya he desdeñado por fútiles los inocentes juegos, que hace pocos meses me parecia que habian de ser el amor de toda mi vida: no hay cosa que me distraiga, ni objeto que me entretenga: me hallo con la suficiente inquietud para repugnarlo todo, pero sin atencion para fijarme en nada. No hace mucho tiempo que para darme un beso tenias que atarme, y hoy que la uncion de tu boca es mi felicidad suprema, jamás unes tus lábios con los mios por remision ó por malicia.

—¡Desgraciada! murmuró María dejando caer el rostro entre las manos.

—Lo único que no me perdonaria nunca, seria el causar tu desgracia. Aunque me ves hostigado por las quimeras de un loco, no lo estoy tanto, María, que trate de romper el ídolo que adoro. Si en mis ensueños fue tu hermosura el pasto de mis gustos, jamás en tu presencia brotó de mi corazon un sentimiento impuro. Nada te pido, María, y sin embargo deseo tanto!...

—¡Pobre Julio!

—El amor fraternal y la amistad, si no han muerto en mi corazon, parece que están dormidos: mil veces los he invocado para ahogar de consuno el hondo sentimiento que me domina, y no he encontrado en mi pecho mas que el recuerdo de haberlos poseido. ¡Dulces afectos cuya pérdida no hay lágrimas que basten para llorarla!

—Solo el placer de recobrarlos puede ser comparado al dolor de haberlos perdido: es su origen tan noble, sin embargo, que aunque al parecer se ofuscan, nunca nos abandonan: cuando el amoroso incendio reduzca tu corazon á pavesas, verás como de entre sus cenizas se levantan tan puros como

al principio: hace muchos años que sus consuelos son el único bálsamo de mi llagado corazon.

—¿Tu tambien padeces, Maria? será falso que has amado, porque el amor debe ser el trasunto de los placeres del cielo.

—Cuando no lo es de los tormentos del infierno. Sabrosos son los frutos del amor, pero acerbos sus dejos. Tú suspiras por unos placeres venideros; y yo lloro los ya pasados. Sofoca el jérmen de una pasion que seca el manantial de las ilusiones. ¡Oh Julio mio, no te enamores nunca!

—Ya es tarde Maria.

—¿Y si el objeto que adoras no te pudiese ofrecer mas que un corazon llagado?

—Hondas son las llagas que despedazan el mio.

—Las dulces primicias de un amor tan puro no deben ser el premio de un pecho ya estragado por los deleites.

—No despiertes de intento memorias que me atormentan: cuando imagino que puedes suspirar por otro, siento un despecho que me impele á odiarte.

—Odiame, querido Julio, y si el amor que te profeso puede hacerme acreedora á que no me recompenses con ódio, ámame como á una madre, para que con tu cariño se renueve con frecuencia la memoria de mi desgraciado hijo.

—Siempre con tu hijo, y jamás me has querido contar los pormenores de su muerte.

—No he tenido valor para aflijirte con una historia horrorosa.

La presencia de Emilia los vino á interrumpir en su amoroso coloquio. Ligera como una silfide, corrió á entregar á su hermano un ramillete de flores, y quedó no poco sorprendida al ver que al distraido Julio se le olvidó recompensar la peregrina dádiva siquiera con un beso, que era lo menos que ella se prometia. Julio, abismado en un cúmulo de eflexiones, empezó á deshojar una por una las concertadas flores, y la pobre Emilia las iba recojiendo hoja por hoja, admirada de que hubiese valor para desbaratar un ramillete tan lindo.

—Esta noche, dijo Julio acercándose á Maria, subiré á tu habitacion para que me cuentes la historia de tu hijo.

—Te espero contestó esta, y se alejaron por una calle de árboles.

Ya tenemos á nuestro héroe colocado en una situacion en que el hombre palpa la felicidad, si es cierto que la hay en la tierra. Un jóven entregado á la efusion de sus primeros amores, toca de cerca la dicha, única edad en que puede gozarla, por ser la única tal vez en que le falta la razon para poder apreciarla. Sin porvenir y sin pasado, vive con lo presente. El curso de sus primeros años deja en su memoria un vacio, imágen de la nada, porque esento aun de pasiones, le falta la conciencia de sus pasados instantes, hasta que acredita su existencia el estrago de los sentidos: el porvenir es un càos para quien nada recuerda. Sus primeros afectos son la crisis mas insignificante, al par que la mas terrible, pues deciden para siempre de la aptitud de su corazon. Mas bien por la flaqueza de su corazon que por el instinto de una natùraleza sensual, agota la energía de su alma embelesado en ataviar un ídolo que llene el vacio de su pecho, cuyo culto asi enflaquece su espíritu, como acrecienta el ardor de sus sentidos. Las formas del ser que adora, son el precioso depósito de galas con que embellece sus ídolos fantásticos: sus largos cabellos, la peregrina guirnalda que mejor sienta en sus sienes; y si acaricia su talle, ó coje las primicias que el amor le brinda en sus labios, su boca y su cintura son el blanco de otras tantas profanaciones. Al principio el amor nace de un deseo innato en todos los corazones. Entonces martirizada el alma por los ardores de la sangre, busca un ara querida donde consagrar sus fuegos; y una vez hallada, trata de profanar la imágen que colocó en el sagrario; cuando esta repele sus holocaustos, la rebeldia del espíritu entra en lucha consigo mismo, de cuyo empeño suele quedar mal herido para siempre. Si una vez la pasion se ha iniciado con la llama de un amor que todo lo consume, hasta el placer que entrevi-

mos es borrascoso: avezada nuestra alma á la habitual energía con que la embaten las pasiones, rechazamos el amor apacible, sino se nos presenta con mas fuego y menos compostura: el tornar al comun sosiego, á la calma normal de los seres, es fatal para cuantos hemos gustado de placeres tan tormentosos. Cansado el corazon de batallar con deseos, plega entonces las alas, y se adormece sin ellos. Si el amor ha sido satisfecho, pronto el hastío relaja los sentidos; si hay lágrimas en nuestros ojos, las consagramos á lo pasado; y sin la dicha presente, ni la esperanza para el porvenir, desfallece el alma sobre las ruinas del cuerpo, y en tal estado apetecemos la muerte. Bien lo daba á entender Maria cuando gritaba á su amante: ¡Oh Julio mio, no te enamores nunca!

Unas horas despues ya estaban Julio y Maria departiendo en el aposento de esta última. Sentada en un taburete, se apoyaba tristemente en un costado de su lecho, cuya actitud contemplaba Julio colocado en situacion inversa. Abel dormia postrado á los pies de su Señora; Abel era un perro que jamás se apartaba de su lado.

—¿Parece que estás muy triste?

—Lo que estoy es enojada. Esta tarde me has hecho padecer muchísimo.

—Si; te enojo porque te amo.....

—Me enojas porque no me amas como debieras. Ya que mi edad no te impusiese respeto, podias al menos no olvidar que te he servido de madre.

—El amor que te profeso.....

—Te hizo cometer una locura que te perdono, si me prometes la enmienda.

—Si, si, yo te lo juro.

En este momento llegó su boca Maria á la mejilla de Julio, neutralizando un movimiento que este hizo para recibirla en sus labios.

—Cuéntame pues la historia de tu hijo.

—Escúchala, y compadéceme.

«Naci de unos honrados artesanos, arrendatarios de tus padres, que no contaban para su subsistencia mas que con el producto de sus labranzas. Un hermano de mi madre compadecido del estado á que la suerte nos tenia reducidos, consintió en llevarme consigo á la Corte, donde se habia adquirido un considerable caudal, pues desempeñaba su oficio con singular maestria. A los diez años de mi edad, ya despachaba yo sola en la tienda de mi tio, á quien llamaban el Montañés, y sabia á maravilla dar un confite de menos cuando el comprador no reparaba en la cuenta. Con toda la dulzura instintiva en nuestro sexo, cautivaba la voluntad de nuestros parroquianos, por lo que mi tio empezó á profesarme un entrañable cariño. A poco tiempo fue nuestra tienda la mas frecuentada de la poblacion, y aumentándose cada vez mas el capital, era yo agasajada con regalillos que invertia en acicalar mi talle, pues me tenian henchida de vanidad, diciéndome que era linda.»

—Preciso, esclamó Julio.

Maria continuó:

«Viendo el aumento de los intereses del Montañés, un compañero suyo le hizo un dia la propuesta de unir mi mano á la de su hijo. Halagado con tan ventajoso partido, creyó mi tio de necesidad perfeccionar mi educacion, que segun él decia merecia la de una reina, introduciéndome en un colejio el tiempo que pudiese faltar para que se efectuase mi matrimonio, aunque esto perjudicase vivamente á sus intereses, que al fin y al cabo habian de ser mios, pues no teniendo inmediato sucesor, queria que sus bienes pasasen á un heredero que le diese honra. Mi prometido Antonio iba todos los domingos á visitarme al colejio, de tal modo que llegaron á cansarme sus visitas, porque careciendo en sus modales de las monerías características de los hombres de buen tono, daba márjen á que mis compañeras le dirijiesen agudos epígramas, que si bien se embotaban en la apacible índole de su bondadoso carácter, herian de rechazo mi amor

propio, harto viciado ya con el pernicioso ejemplo de semejantes retrecheruelas. Era tal sin embargo el amor que me profesaba, que llegué á quererle bastante, tolerando que se le llamase á mis espaldas, de modo que yo lo oyese, *el novio de la confitera*. Tu madre y yo éramos á la sazon el blanco de los envidiosos tiros de todas nuestras amigas, sin duda por ser las únicas que teniamos amantes; y tanto mas se estrechaban los vínculos de nuestra amistad, cuanto éramos mas calumniadas por ellas. Un dia que tu padre fue á ver á mi querida Margarita, llegó acompañado de un militar amigo suyo, cuyo incidente decidió para siempre de la suerte de toda mi vida. En cualquier otra circunstancia, Ricardo tal vez me hubiera parecido un hombre comun; mas la agradable impresion que su presencia hizo en el ánimo de mis cáusticas amigas, fue el motivo principal de que me dejase prendada. Revelé mi afecto á Margarita encomendándola el secreto, pero sin duda la amistad, previniendo mis deseos, hizo que en adelante no volviese tu padre si no acompañado de Ricardo. Aun parece que tengo gravados en mi corazon los primeros requiebros que salieron de su boca. Seis meses se pasaron sin que el desgraciado Antonio pudiese obtener una entrevista conmigo, por cuya ingratitud recibí amargas quejas de mi tio, si bien me complacia en soportar las acusaciones que fuesen efecto de mi insensato cariño. Poco tiempo despues, tus padres iban á unirse para siempre. Me habia prometido tu madre sacarme licencia para que asistiese á sus bodas ¡y ojalá nunca la hubiera conseguido! La esencia de los licores fermentados que se escanciaron en la mesa, empezó por embriagarme. Cuantos preparativos veia encaminados á proporcionar á los nuevos esposos la felicidad que apetecian, me representaban imájenes de deleite que trastornaban mi juicio. Las miradas de Ricardo de tal manera se insinuaban en mi corazon, que aun hoy solo su recuerdo hace hervir mi sangre, exaltando mi imaginacion hasta rayar en delirio. En el baile sobre todo llegaron mis sensaciones al colmo del en-

tusiasmo: si me miraba, faltaba la luz á mis ojos; y si con su brazo rodeaba mi cintura, embargaba mis miembros un blando decaeimiento, de tal modo que una vez tuve que salirme á un balcon, temerosa de que me asaltase un desmayo, y en donde con las auras de la noche creia mitigar en parte el ardor que abrasaba mis potencias. Ricardo salió conmigo, y alli me repitió que me amaba, jurándolo mil veces por los astros, cuya fantástica luz idealizaba mas las imájenes de placer que tendian á mi perdicion.»

Cesó un momento María para enjugar sus lágrimas. Luego prosiguió su historia, aunque omitiendo alguna circunstancia necesaria para comprender su íntima conexion. Esta falta, á pesar de todo la suple fácilmente la malicia, haciendo los comentarios á que dá lugar una escena, en la cual no hay mas testigos que dos amantes y Dios.

«Tus padres salieron de la Corte, y yo me volví al colejio á llorar mi desdicha y la ausencia de mi única amiga. No se tardó mucho en murmurar entre mis compañeras de las frecuentes indisposiciones de la *confitera*. La directora del colejio, tal vez por una remota duda, se dió prisa á espulsarme de su establecimiento, porque no recayese sobre él el borron de semejante escándalo. Hacia tiempo que Ricardo habia tenido que marchar á Sevilla con su rejimiento; y no me quedó otro medio que volverme á casa de mi desgraciado tio, á quien aseguré que mi educacion estaba perfeccionada. Mi situacion era apuradisima, y buscando un arbitrio para zafarme de él, crei lo mas fácil embaucar á un médico haciéndole creer dolencias que no existian, hasta que desesperado por último de la escelencia de sus remedios, que yo no tomaba, aconsejó á mi tio que me hiciese mudar de aires; disposicion oportuna que asi ponia á cubierto mi flaqueza como su ignorancia. El buen Montañés que por su parte solo deseaba el bien de su sobrina, se apresuró á preparar mi viaje, consolándome con que para la vuelta, que seria pronto, ya tendria hechos todos los preparativos de mi boda. Qui-

propio, harto viciado ya con el pernicioso ejemplo de semejantes retrecheruelas. Era tal sin embargo el amor que me profesaba, que llegué á quererle bastante, tolerando que se le llamase á mis espaldas, de modo que yo lo oyese, *el novio de la confitera*. Tu madre y yo éramos á la sazon el blanco de los envidiosos tiros de todas nuestras amigas, sin duda por ser las únicas que teniamos amantes; y tanto mas se estrechaban los vínculos de nuestra amistad, cuanto éramos mas calumniadas por ellas. Un dia que tu padre fue á ver á mi querida Margarita, llegó acompañado de un militar amigo suyo, cuyo incidente decidió para siempre de la suerte de toda mi vida. En cualquier otra circunstancia, Ricardo tal vez me hubiera parecido un hombre comun; mas la agradable impresion que su presencia hizo en el ánimo de mis cáusticas amigas, fue el motivo principal de que me dejase prendada. Revelé mi afecto á Margarita encomendándola el secreto, pero sin duda la amistad, previniendo mis deseos, hizo que en adelante no volviese tu padre si no acompañado de Ricardo. Aun parece que tengo gravados en mi corazon los primeros requiebros que salieron de su boca. Seis meses se pasaron sin que el desgraciado Antonio pudiese obtener una entrevista conmigo, por cuya ingratitud recibí amargas quejas de mi tio, si bien me complacia en soportar las acusaciones que fuesen efecto de mi insensato cariño. Poco tiempo despues, tus padres iban á unirse para siempre. Me habia prometido tu madre sacarme licencia para que asistiese á sus bodas ¡y ojalá nunca la hubiera conseguido! La esencia de los licores fermentados que se escanciaron en la mesa, empezó por embriagarme. Cuantos preparativos veia encaminados á proporcionar á los nuevos esposos la felicidad que apetecian, me representaban imájenes de deleite que trastornaban mi juicio. Las miradas de Ricardo de tal manera se insinuaban en mi corazon, que aun hoy solo su recuerdo hace hervir mi sangre, exaltando mi imaginacion hasta rayar en delirio. En el baile sobre todo llegaron mis sensaciones al colmo del en-

tusiasmo: si me miraba, faltaba la luz á mis ojos; y si con su brazo rodeaba mi cintura, embargaba mis miembros un blando decaeimiento, de tal modo que una vez tuve que salirme á un balcon, temerosa de que me asaltase un desmayo, y en donde con las auras de la noche creia mitigar en parte el ardor que abrasaba mis potencias. Ricardo salió conmigo, y alli me repitió que me amaba, jurándolo mil veces por los astros, cuya fantástica luz idealizaba mas las imájenes de placer que tendian á mi perdicion.»

Cesó un momento Maria para enjugar sus lágrimas. Luego prosiguió su historia, aunque omitiendo alguna circunstancia necesaria para comprender su íntima conexion. Esta falta, á pesar de todo la suple fácilmente la malicia, haciendo los comentarios á que dá lugar una escena, en la cual no hay mas testigos que dos amantes y Dios.

«Tus padres salieron de la Corte, y yo me volvi al colejio á llorar mi desdicha y la ausencia de mi única amiga. No se tardó mucho en murmurar entre mis compañeras de las frecuentes indisposiciones de la *confitera*. La directora del colejio, tal vez por una remota duda, se dió prisa á espulsarme de su establecimiento, porque no recayese sobre él el borron de semejante escándalo. Hacia tiempo que Ricardo habia tenido que marchar á Sevilla con su rejimiento; y no me quedó otro medio que volverme á casa de mi desgraciado tio, á quien aseguré que mi educacion estaba perfeccionada. Mi situacion era apuradisima, y buscando un arbitrio para zafarme de él, crei lo mas fácil embaucar á un médico haciéndole creer dolencias que no existian, hasta que desesperado por último de la escelencia de sus remedios, que yo no tomaba, aconsejó á mi tio que me hiciese mudar de aires; disposicion oportuna que asi ponia á cubierto mi flaqueza como su ignorancia. El buen Montañés que por su parte solo deseaba el bien de su sobrina, se apresuró á preparar mi viaje, consolándome con que para la vuelta, que seria pronto, ya tendria hechos todos los preparativos de mi boda. Qui-

so Antonio acompañarme, pero afecté darle una prueba de cariño rehusando su jenerosa oferta, haciéndole ver que deseaba mas su comodidad que la mia; y de este modo vine á ocultar mi vergüenza al seno de mi familia.»

«Margarita y yo hicimos creer á mi madre que mi hijo era el fruto de una union lejítima, lo que la pobre abuela repetia á sus vecinas como artículo de fé, sin pasársele jamás por la imajinacion el ponerlo siquiera en duda.»

«Los muchos desvelos que acarrea la maternidad, quebrantaron en estremo la salud de mi amada Margarita, por lo que se vió precisada á enviarme á Villapedre al hijo de sus entrañas, como á la única persona, segun decia ella, capaz de hacerle no echar de menos el pecho de la que le habia dado el ser. Tus padres por entonces efectuaron un viaje que tenian proyectado, y yo con tanto mas placer quedé encargada de un cuidado que me hacia dos veces madre, cuanto que habia recibido de la naturaleza dotes marcadas de una constitucion robusta, y podia desempeñar el cargo con sobrado gusto mio y satisfaccion de mi mejor amiga. Mi madre sobre todo no cabia en sí misma de contento; y esto particularmente llegaba á su colmo, cuando las jentes tenian por mio al hijo de Margarita, ó al contrario, pareciéndole la mayor de las altezas el que su nieto se equivocase con el hijo de un gran Señor. En esto cifraba su mayor ventura, de tal modo, que nunca salia de casa como no fuese con los dos en brazos. Una de las aldeas inmediatas á Villapedre era adonde mas frecuentemente dirijia sus paseos, y un dia al llegar á la ermita de S. Pedro de vuelta para su casa, tuvo que refugiarse en ella para preservar á los inocentes de la mucha nieve que caia. Empezó á faltar la luz, y porque la noche no la sorprendiese en medio del camino, siguió arrostrando los peligros de la tormenta, y esponiendo á los rigores de la intemperie los delicados miembros de aquellas tiernas criaturas. No bien estuvo un poco lejos de la ermita, cuando sintió pasos detras de sí; volvió de repente la cabeza, y viendo dos

lobos que la seguian de cerca, dió á correr la infeliz con la presteza que sus años y el peso que llevaba le permitian, exhalando gritos de espanto, hasta que el esceso del miedo se los ahogó en la garganta. Corria estrechando contra el pecho la preciosa carga que la abrumaba, sofocando los caros objetos á quienes con ahinco trataba de salvar la vida. Cuanto mas aceleraba el paso, mas cerca sentia el resuello de fieras; y creyendo una vez que hozaban sus ropas enredadas al paso por las zarzas, dió un violento arranque, á cuyo impulso desconcertado, solo se halló con un niño entre los brazos. Quiso acortar el paso, por volver á recojer el otro, cuando al tornar los ojos vió que ya los lobos se repartian la presa. Entonces siguió corriendo impelida en medio de su frenesi por una potencia irresistible, sin hallar en su voluntad bastante fuerza para detenerse. El esceso del sentimiento entumeció sus sentidos, y asi es que sin ver que habia perdido la senda, no sintió los abrojos que destrozaban sus plantas, ni oyó los lamentos de la criatura devorada. Salvando sin tino arroyos y vallados, perdió la conciencia del ser de quien aun le restaba salvar la vida, y abandonando los brazos fatigados, le dejó caer, sin poderse dar razon de tan bárbaro descuido. Al chocar contra el suelo la frente de la infeliz criatura, quedaron sus pies asidos al revuelto delantal en que la pobre abuela los llevaba prolijamente arrebujados, y siguió arrastrando la desenfrenada carrera, hasta que encalladas sus sienes en la quiebra de unas rocas, quedó entre ellas herido mortalmente.»

«Un viajero, que acertó á pasar por el pueblo, se informó de quién era un niño casi moribundo que habia encontrado en el camino. Este niño eras tú, y el que devoraron los lobos, el hijo de mis entrañas. El mismo viajero preguntó tambien quién era una loca que la habia visto de corrida arrojarse en el torrente de Barayo.»

Dando rienda al hondo sentimiento que la causaba tan infausta memoria, rodeó María con sus brazos el cuello de Ju-

lio, llenando su rostro de lágrimas y besos. Preocupado Julio con tan espantoso cuadro, se dejaba halagar sin apercibirse de ello, y aprovechándose Maria de tan profundo extasis, redoblaba sus caricias con el mismo afan que si fuera una madre, cuyo hijo acabase de arrancar de los brazos de la muerte. Miradas puras, tiernas lágrimas y ósculos vagos, consagraban tan solo en aquel instante el recuerdo de una catástrofe en que los dos se hallaban instintamente interesados.

Pronto recobró su imperio el amor de Julio; despertado por el aliciente de tales muestras de cariño, y encendido por un fuego mas abrasador que nunca, correspondió al efecto de Maria, con acciones y ademanes mas ó menos delicados, pero siempre entusiastas y llenos siempre de la efusion de un alma enajenada. Mucho se complacia esta en ser amada de Julio, pero exijió de él ese amor puro que debiera profesarla quien allegado á sus pechos, se habia alimentado con la sangre de sus venas. Otras razones sin duda tendria la nodriza para mostrar tanto desvelo en no despojarse nunca de su carácter de madre, pues consiguiente en su propósito, empezó á escatimar sus halagos á medida que Julio los iba multiplicando por instantes. Ya llegó un punto en que se mostró pasiva á las ardientes manifestaciones de su apasionado amante, y por último acabó por repelerlas, aunque con blandura. La tierna escaramuza que precede á las luchas del amor, es mas contenciosa cuanto mas desigual, y asi es que la resistencia que se opone por una parte, no hace mas que aumentar las agresiones de la otra; y por eso ganó él en desasosiego, lo que ella recobró en calma. En semejantes casos, ya gozando el triunfo de un favor arrebatado, ya renovando el desden de una repulsa desgraciada, se enciende mas y mas tan suave lucha de afectos, estableciéndose una alternativa de triunfos y de derrotas. Débil por sí, ó la virtud se rehace y triunfa ante el aspecto del vicio, ó se amilana y sucumbe. Así Maria que desaprovechó en un principio los únicos momentos en que pudiera salir victoriosa, no halló fuerzas en sí con que poder

contrarrestar el vigor de su enemigo, y empezó á temer la traicion que su corazon y sus sentidos iban haciendo lentamente á su virtud. En el calor de la refriega se vió exenta de energía, siendo al parecer su espíritu el único que se hallaba apto para oponer resistencia, hasta que al brusco sacudimiento de un amor desenfrenado, vió disiparse la última esperanza de un pretendido triunfo.

—¡Abel! gritó entonces con el postrer aliento que dá la desesperacion.

El indolente alano, que hasta entonces habia reposado tranquilo á los pies de su Señora, al oir el grito de esta en que le demandaba auxilio, por un instinto tan comun en los animales de su raza, asió á Julio por la espalda, sacudiéndolo con rabia; y al mismo tiempo en que el amante envanecido con el éxito de su esfuerzo ya iba á coronar el ansia de su torpe arrobamiento, se vió arrastrado miserablamente á pesar de sus gritos y esfuerzos desesperados. Cuando fue dueño de ponerse en pie, instantáneamente se echó fuera de la habitacion, y al ver al perro volverse pacíficamente, y á Maria concertar velos que nunca debieran ser descorridos, tornó los ojos con vergüenza, y se alejó ocultando el rostro entre las manos.

No estaria aqui demas esplanar los motivos que obligaban á Maria á desdeñar á su amante. Ya habrá adivinado el lector que la historia que contó á Julio no era del todo cierta, y que en la pequeña variacion de los sucesos, consiste todo el secreto. En la interrumpida narracion que afea estos manuscritos, hay supresiones importantes, que hasta despues de su total lectura embarazan demasiado la inteligencia del testo. Afortunadamente el secreto de la nodriza se acaba de poner en claro mas adelante, pero no sucede lo mismo con accidentes necesarios, aunque menos indispensables. La suerte del buen tio de Maria hasta el fin de su vida, se deduce, aunque no se ralata esplicitamente, en el curso de la obra. Cansado de amonestar á Maria por medio de cartas para que se

llevase á efecto su proyectado enlace con Antonio, determinó hacer testamento en el que la dejaba por heredera, siempre que en un término dado se casase con el que la estaba prometido; y que de lo contrario, trascurrido el plazo prescrito, le dejaba á Antonio dueño absoluto de sus bienes, tratando de este modo de resarcir con dinero el empeño que habia contraido prometiéndole la mano de su sobrina. Sabedora Maria de esta última resolucion, ni por eso se dió prisa á cumplir la palabra de su tio, permaneciendo indiferente al lado de Margarita. Antes de espirar el plazo, murió desgraciadamente el honrado Montañés, sin que cerrasen sus párpados mas que las manos del cariñoso y desdeñado Antonio. Este al participar la infausta nueva á Maria ponia á su disposicion la cuantiosa herencia de su amigo, sin hacer mencion siquiera de la cláusula del testamento en que le declaraba con derecho á los bienes, siempre que ella se negase á darle su mano.

Todo lo que en seguida hace relacion á los amores de Antonio con Maria, está íntimamente ligado con el cuerpo de la historia, por lo que se dirá de paso, sin mencionar su fin, que constantemente enamorado de ella sufrió muchos tormentos y desengaños. Nacido en una baja esfera, no habian estragado su corazon los ayos y los preceptores formando un hombre para el mundo, y así es que lo conservaba puro. Primero quiso á Maria porque se lo mandó su padre, luego la amó por inclinacion, y mas adelante la adoró como á la dulce compañera que estaba destinada á hacer la felicidad de su vida; y de este modo lo que al principio fue una obligacion, llegó á ser la primera necesidad de su existencia. Sin seguir mas máximas que los impulsos de su corazon, fundó el complemento de su dicha en la posesion de Maria, y así es que en medio de los goces que le proporcionaba una fortuna independiente, siempre halló un vacío en su alma que trató de llenar con estóica resignacion á costa de muchos años de sacrificios. Ignoraba que cuando en el mundo nos falta algo pa-

ra ser dichosos, es menester resignarse á ser desgraciados, para no serlo mas todavia. Luchó con la fortuna y quedó vencido. Nunca el poder humano ha sido bastante fuerte para hacerse árbitro de las contingencias del destino: el quererlo regir abiertamente es inmolarse á si mismo. Solo he envidiado en el mundo el arte maravilloso de dar la espalda á la suerte, para burlarse de ella. Los que por su bien practican esta ciencia fijan los ojos en el punto de su deseo, y se dejan arrastrar sin resistencia por las oleadas que los separan, seguros de que tarde ó temprano vendrán otras que los acerquen. La perfeccion de este juego solo consiste en calcular á punto fijo, en qué parte se han de encontrar á tantos grados del flujo ó reflujo de la marea: si libran como desean, se han ahorrado el trabajo de vencer obstáculos: sino alcanzan lo que quieren, siempre les queda la esperanza de alcanzarlo mas tarde, y la inmensa satisfaccion de no haber espuesto su calma. Por ventura tal socarroneria solo sienta bien á los que no tienen mas que cabeza, pero el pobre Antonio solo tenia corazon: por eso hizo frente á los vaivenes de la fortuna, y pereció en la demanda.

LOS NIÑOS Y LOS LOCOS

DICEN LAS VERDADES.

Hacia algunos dias que ya habia pasado la amorosa contienda entre Julio y Maria, y aquel vagaba distraido como si le abrumase algun nuevo cuidado, pues tal es el efecto del primer desengaño para quien tiene el alma llena de ilusiones. Hecho cabeza de familia desde la infausta muerte de su madre, tal vez atendió con una solicitud pueril á cuantas obligaciones le estaban encomendadas, hasta que el afan de sus primeros amores vino á absorver todos sus desvelos y atenciones. Despues de la postrer entrevista con Maria llegó á hacerse taciturno, perdiendo en la ejecucion de sus actos aquella viveza que aun revelaba al niño, y la blandura en sus órdenes que daba á entender la apacibilidad de su índole, tratando á los criados con desabrimiento, como si estuviese arrepentido de no haber hasta entonces reconocido sus verdaderos derechos. El objeto de su cariño llegó á convertirse en su alma en el blanco de su desden y su ódio, complaciéndo-

se en hacer pública su indiferencia, si bien nunca pudo volver á ver á María sin sentir en su pecho una conmocion secreta, imájen fiel de sus pasadas inquietudes. Viéndose desdeñado, formó empeño en desdeñarla, pero jamás logró desarraigar del todo un respetuoso cariño, que la amorosa nodriza á fuerza de constancia habia llegado á inculcar en el fondo de su corazon.

Paseábase una noche reflexivo por una de las galerias del palacio que caian á la parte de occidente. Al lado de la galeria estaba la ventana del cuarto de Emilia, que ocultaba con sus ramas la copa de un hermoso árbol que se elevaba del jardin, y encima de la ventana se veia la reja de la habitacion en que se hallaba encerrado su padre, despues que por la muerte de su esposa se habian manifestado en él los primeros síntomas de locura.

Amando Julio en estremo al autor de su existencia, no habia entrado á verle una vez siquiera en un año que ya llevaba de encierro, si bien obraba en su favor el miedo que siempre inspira un demente. Todas las noches, sin embargo, bajaba á oirle desde la galeria, pues cansado sin duda el loco de no verse en su prision mas que con su soledad y su silencio, se asomaba á la ventana apostrofando á cuantos objetos se presentaban á su vista, estravagante unas veces, otras mas concertado, pero siempre en un tono desconsolador que revelaba la amargura de su corazon. Si á los locos se les pudiese dar crédito, Julio hubiera pensado que su padre abrigaba en su seno un secreto terrible, que acibaraba su existencia, siendo la causa primera de su desorden mental; pues aunque siempre mezclaba en sus diatrivas el desastre de su madre, en algunas revelaciones hechas en el calor de su demencia hubiera dado márjen á creerle cómplice en un gran crímen, á cualquiera que no supiese que habia pasado una vida llena de honor. Julio desechó tan negros presentimientos, y aquella noche vió con placer que se asomó cantando.

Casi me dan tentaciones de insertar íntegro el discurso

del demente. Una lengua á quien no refrenan las consideraciones sociales debe decir cosas, incoherentes si se quiere, pero sumamente amargas. Por desgracia fuera inoportuno consignar aqui revelaciones que conviene que no se hagan por ahora, y asi es forzoso poner un candado á los maldicientes labios del loco. Pero á pesar de todo, por cumplir con la obligacion que me impone el título de este cuadro, y para no defraudar al lector de unas cuantas locuras, que siempre encierran verdades, no puedo hacer mas en su obsequio que ponerme en lugar del loco, y decir á bulto cuatro cosas siquiera, hasta dar tiempo á que podamos oir al verdadero demente.

Empezaré pues como él, entonando su cancion favorita:

—«Mambrú se fue á la guerra,
Bironton, ton, ton birontera;
Mambrú se fue á la guerra,
No sé cuando vendrá.»

Despues figúrese el lector que tiendo como él la vista por la campiña, y empiezo á gritar á los labriegos de la comarca, que por acaso se deben ver al resplandor de la luna, del modo siguiente, por ejemplo:

—«A casa, vecinos; vecinos, á casa que ya se recojen las gallinas huyendo de las sombras, y es hora de que esquiveis vosotros la presencia de las brujas. A casa, á casa, que si os sorprenden las tinieblas de la noche, pueden venir á hostigaros las almas de los difuntos, para que solventeis las cuentas atrasadas que dejaron pendientes con vosotros á la hora de su muerte. A casa, que no seria ciertamente para todas las conciencias el soportar la vista de tantos acreedores como tendrá en la otra vida cada uno de vosotros. Puesto que el mundo es un mercado, hicisteis bien en engañar á los muertos, siquiera por las veces que los muertos habrán engañado á los vivos. Habeis dado en convertir en moneda corrien-

te la *fé*, el *amor* y la *amistad*, para agenciar lo que os sugiera el egoismo; y en esta venta y retroventa de afectos, os engañais mútuamente, sin que consista la mayor ó menor entidad del pecado, mas que en la mayor ó menor entidad de la usura. Lo peor es que siempre interviene el disimulo en vuestros tratos, revistiendoos entonces del doble carácter de criminales é hipócritas. Todas las noches salgo á ver si columbro los espectros, los diablos y las brujas, y todo ese cúmulo de abstracciones, que los hombres sencillos creen parto de las imaginaciones desordenadas, y yo digo que con fruto de las conciencias resentidas, y nunca he visto nada; ocurriéndoseme entonces la idea de que sois criminales, hipócritas y locos».

«Las oraciones, vecinos; derribad las monteras para adorar al Dios de los ejércitos, cuyos innumerables escuadrones no han contribuido tanto á hacer que se respetase su grandeza, como el haber inventado la palabra *fé*. Creo en Dios padre, creo en Dios hijo, creo en Dios Espíritu Santo: tres personas distintas, y un solo Dios verdadero. Amen.»

«No sé cuando vendrá,
Si vendrá por la pascua,
O por la Trinidad.»

«Y tú, peregrina luna con poca luz para poder incitar al crimen, y con la suficiente para dejar perpetrarlo ¿cuánto apostamos á que de la parte de los hombres que en este momento alumbras, estamos la mitad embobados, y la otra mitad dormidos? No hay accion humana que no varie á cada paso, y por eso en cuanto el sol se levante, nos quedaremos una mitad dormidos, y la otra mitad embobados; y hé aqui eterna y esclusivamente entregada á la humanidad, al sueño y á la boberia. Luego dirán los hombres que conocen la dignidad de si mismos. ¿Y qué es el hombre, vecinos, qué es el hombre? El hombre es un animal que sueña que sabe, y no sabe que sueña. Pre-

guntadle cuantas leguas dista el sol de la tierra, y vereis como os las cuenta punto por punto sin discrepar un ápice: mandadle luego que se eleve cuatro varas del suelo, y vereis como se rompe la crisma. ¡Orgullo y miseria, vecinos; orgullo y miseria!

«*¡Centinela alerta!* Maldito seas vieja de Satanás que con tu voz fatídica me haces acordar que vivimos en una caverna de tigres. Haces bien en gritar porque no te sofoquen la consigna en la garganta, pues todo se puede temer de los hombres que nos rodean, ó por mejor decir de los lobos que nos cercan.

«Callad, cornejas de Judas, que venis á augurarme males acudiendo á las copas de los árboles. Predecid bienes, aves del demonio, y os pagaré las profecias, pues ya sé que mi malestar será eterno mientras que tenga sentidos que me arrastren al deleite. ¿Son mas qué males los deseos?....»

No solia decir el padre de Julio unas locuras tan cuerdas, pero la estravagante del jiro y la incoherencia de las ideas, supongo que el lector me hará gracia de achacárselas á él solo. He puesto aqui este episodio, que podrá descartar el que no le guste como á mí, para dar una idea del carácter de las peroraciones del loco; y aunque esta se halla un poco adulterada, encontrará la razon de por qué la he insertado con poco que piense en ella.

Cansado por fin el loco de gritar desaforadamente:

—«¡Julio! Julio!» empezó á decir, como si viese á alguno atravesar por el fondo del jardin.

En efecto, Julio vió desde la galeria resvalar una sombra al través de las ramas del árbol que ocultaba la ventana del cuarto de Emilia.

—«Toma estos papeles,» continuó el loco.

Julio los vió caer en seguida.

—Mañana cuando los leas, puedes rogar por el alma de tu desgraciado padre: no podria soportar la vida sabiendo que otro mas que yo era dueño de los secretos que te van á re-

velas. Ya sabes cómo murió tu madre....Yo, mas quisiera sufrir la misma suerte, que morir como muero atormentado por todas las furias del infierno. A Dios, hijos mios; nos va á separar la eternidad: pronto estaré unido á mi pobre Margarita!

¡Pobre Margarita! pobre Margarita!! añadió con el acento del mas intimo dolor, apartándose de la reja para siempre.

Cuando el loco acabó con sus inconexos apóstrofes, las lágrimas surcaban por las mejillas de Julio. En vano desechaba un atroz presentimiento que se habia apoderado de su alma. No ignoraba que la demencia de su padre provenia del desastrado fin de la que le habia llevado en sus entrañas; pero algunas palabras proferidas en diferentes noches en el acceso de su locura, dieron entrada en su corazon á las mas horribles sospechas. ¿Pero quien hace caso de los asertos de un loco? dijo luego para si, echando un velo sobre el cuadro de sus dudas. Bajó en seguida al jardin á buscar los papeles que su padre le habia arrojado, y no encontrándolos creyó que se habia equivocado. Oyó un ligero ruido en las ventanas de Emilia, y como no viese á nadie dió á su parecer el asenso de una quimera. Libre entonces de cuidados, marchó á acostarse tranquilo.

Sin embargo, al echar de menos los papeles que realmente habia visto caer del cuarto de su padre, no recordó siquiera la sombra que columbró al traves de las ramas del árbol. Cuando escuchó el misterioso rumor en la habitacion de su hermana, pudiera haber previsto algun ataque hecho al honor de su familia, pero Julio era demasiado honrado para figurárselo. Durmió aquella noche asaltado por vagas inquietudes, pero sin volver á comentar las sospechosas frases del demente; y asi es que no traslució en ellas la inicua trama en que estaban enredados una porcion de infelices. En el pecho de su padre se ocultaba con efecto un horroroso secreto. Los niños y los locos dicen las verdades.

UN DIA ACIAGO.

Aquella noche Julio al parecer se acostó sereno; pero engolfada su imaginacion en un mar de dudas y presentimientos, no pudo conciliar completamente el sueño, quedando en una especie de sonambulismo en el cual le pareció escucbar lamentos y sollozos, sin que hasta la mañana siguiente pudiese tener entera conciencia de sí mismo. Apenas abrió los ojos, vió delante de si al criado mas antiguo de su casa que se deshacia en lágrimas.

—¿Qué teneis? proguntó sobresaltado.

—Que vuestro padre ha muerto, contestó el anciano con voz ahogada por los jemidos.

Cuando afecta nuestra alma una nueva tan infausta y tan súbita, de tal modo el esceso del pasmo embota nuestras potencias, que ignoramos de que suerte espresar nuestra pavura; y asi Julio que al principio sintió toda su sangre agolpada al corazon, halló muertos sus sentidos, hasta que rehaciéndose sobre si mismos, empezaron sus ojos á derramar

llanto, á exhalar ayes su pecho, y á ajitarse sus miembros en descompuestos ademanes.

El criado continuó diciendo:

—Hoy al amanecer viéndole apoyado en la mesa, en la misma actitud en que le dejé anoche al acostarme, me acerqué á examinarle y le hallé ahogado con el rostro metido entre las manos.....

Julio empezó á vestirse, sin escuchar los pormenores que iba á relatar con exactitud el impertinente mensajero; y apenas hubo concluido, fue á cerciorarse con sus ojos de la catástrofe que lamentaba, y á abrazar por última vez el inanimado cuerpo de su padre.

Cuando volvió á entrar en su habitacion traia en la mano dos pliegos que acababa de recibir, y arrojándolos sobre una mesa, se dejó caer en el lecho en un estado de profunda postracion. Despues de algunas horas de una completa inercia, tendió la mano al primer pliego con que tropezó al acaso, y lo abrió al parecer con estúpida indiferencia. Era una carta de Maria en que se despedia de él. Sin duda la nodriza no tendria noticia del nuevo golpe que acababa de herir el corazon de su hijo; al menos debemos complacernos en creerlo asi, porque muestra en adelante demasiado buenos sentimientos para que en un estado tan critico dejase sin consuelos á uno de los objetos en quien reconcentró el amor de toda su vida. La carta decia de este modo:

«Acabo de abrazar á tu hermana, pues me tengo que alejar de vosotros por algun tiempo. No me he atrevido á hacer lo mismo contigo, por el temor de verme repulsada, pues hubiera preferido la muerte á un desaire del que con tanto amor he criado con la sangre de mis venas. Esta noche he padecido mucho, porque he estado mas de dos horas llorando á la puerta de tu cuarto, sin atreverme á entrar. Crei que me seria menos funesto marcharme con la duda de que me amabas, que esponerme á sufrir un desengaño que me hu-

biera costado la vida. Al fin me decidí á ausentarme sin decirte nada, despues que furtivamente pude robar un beso de tus labios; y no sé si me fue mas doloroso el tener que robar lo que por tantos títulos me era de derecho, que el no hallar correspondencia por parte tuya. Ahora que estoy lejos de ti, me hago la ilusion de que no la he hallado porque estabas dormido. »

« A Dios, hijo mio: perdóname que aun te dé este nombre tan grato para mi corazon. En cualquier parte del mundo que me encuentre, haré por saber de vosotros, asi como de buena gana os daria noticias mias si supiera que os habian de interesar. Me alejan de vosotros deberes casi mas sagrados que los que me retenian á vuestro lado. Te absuelvo completamente, Julio mio, de tus pasadas locuras. No olvides por tu parte que Dios y los hombres te prescriben querer siempre y respetar á tu desgraciada madre

MARIA. »

Este impensado suceso acabó de desgarrar el corazon de Julio. Es verdad que finjia no querer estar cerca de su nodriza, pero tambien es seguro quo en este momento hubiera hecho cualquier sacrificio por no tenerla tan lejos. La compañera de su madre, la protectora de su niñez y la amiga de su juventud, se la representó en aquel punto su imajinacion engalanada con todos los atributos mas dignos de su gratitud y su cariño, acusándose en secreto de haberla entregado á la indijencia, cuando menos ella debiera haberlo esperado, faltando en un momento á cuantos deberes le imponian la humanidad, el amor de su corazon y el decoro de su familia. Llamó á los criados para preguntarles qué ruta podria haber seguido; pero todos ignoraban su partida, y solo contaron que la noche anterior habia estado solícita como nunca en recordarles los muchos desvelos que los servidores fieles debian consagrar á sus amos, y mas cuando estos por casualidad eran huérfanos y estaban participando de los dolo-

res anexos á una grande calamidad. A cada instante que pasaba, Julio agravaba mas su conciencia con nuevos motivos que finjia repasando su conducta, y solo tal vez despues de mucho tiempo llegaria á calmar su impaciencia, si un nuevo incidente no viniese á aumentar de improviso sus quilates. Tendió la vista de pasada al sobre escrito del segundo pliego, y un sentimiento de indignacion se apoderó de su alma; rompió la nema lleno de despecho, y al ver dentro varias cartas leyó rápidamente la primera.

Señor D. Julio de Mora y Valleameno.

Vegadecima 20 de mayo.

«Mal que pese á mi afecto, prescindo de los ofrecimientos de costumbre para pasar á deciros que me apresuro á poner en vuestras manos esos preciosos documentos, de los cuales quedo perfectamente enterado. Anoche al bajar por el árbol que encubre la ventana del aposento de Emilia, me los arrojó vuestro padre desde su habitacion, creyendo sin duda que erais vos el que se deslizaba por el jardin á una hora tan avanzada. Bien podeis conocer por su contenido, que si aun abrigara en mi corazon algun resentimiento hácia vos, pudiera lisonjearlo suficientemente con el mero hecho de publicarlos; pero no quiero mancillar con semejante afrenta el lustre de una respetable familia que puedo contar como mia.»

«Cuando recibais esta ya estaré en camino para Madrid, adonde direis á vuestra hermana que me escriba, por habérseme olvidado anoche el prevenírselo.»

«Conocereis lo jeneroso que me muestro con vos, por lo que infiero que no lo sereis menos con la prenda de mi corazon, poniendo en práctica todos los desvelos que el afecto sujiera á un buen hermano durante mi larga ausencia. La pobre Emilia todo se lo merece, porque es en estremo inocente y candorosa. Es, en una palabra, un fiel trasunto

vuestro. No estrañareis que sea franco como buen militar. Hasta la vuelta, si antes no haceis por verme.

NARCISO DE SALAS.»

«P. D. No estaria demas la precaucion de alejar á Emilia de la comarca, porque si mi tia llega á sospechar (como es muy probable) de nuestras visitas nocturnas, (que no tenian nada de particular) es demasiado anciana para olvidar los antiguos despiques que han mediado entre ambas familias; porque como los viejos ya no fundan ilusiones en el porvenir, se pegan como ostras á sus pasados recuerdos, y asi es que tendria singular complacencia en rodearse de sus vecinas, para jugar al volante con el honor de esa niña.»

«En cuanto á mis resentimientos os puedo asegurar que no pienso tomar venganza; y hasta el acto imprudente de haber reprendido á Emilia la primera vez que me dirijió la palabra, lo tengo casi olvidado. Me entendeis hermano Julio?»

A la mitad de la carta, Julio lloraba como un niño. Se conceptuaba bastante fuerte para soportar con resignacion la suerte de su padre, y la falta de consuelos de Maria; pero idólatra como sus mayores del honor inmaculado, no habia prevenido su alma contra el fiero rigor de un ataque hecho á su honra. Al ver el sobre escrito, ya presintió su corazon que solo una vileza semejante pudiera esperar del último miembro de una raza, que por tanto tiempo habia sido el azote de su familia. De pronto concibió el proyecto de lavar su ignominia con la sangre de su hermana; pero la reciente catástrofe de su madre, vino á coartar el vuelo á su imaginacion en tan horribles designios; y solo despues de un rato parecia estar satisfecho de haber ideado un castigo mas amargo, aunque menos violento. Las almas de un mediano temple, como la suya, en tocando á los términos de la desesperacion, su mismo dolor les sirve de escudo para abroquelarse contra los males sucesivos, imitando en su vértigo la energia de los ánimos

superiores; y asi Julio que, á fuerza de padecer, habia quedado insensible, siguió leyendo las cartas con pasmosa impasibilidad, sin que le arredrase en su propósito la idea de que encerraban un secreto terrible, segun le habia anunciado su padre, y de cuyo secreto ya se hallaba enterado un miserable seductor. Julio las fue leyendo todas sucesivamente, sin dar mas muestra de sentimiento que derramar alguna que otra lágrima, de las cuales no se apercibia siquiera. La primera era de su padre, en la que venian incluidas otras cuatro de diferentes sugetos. Se conoce que el demente las archivaba á medida que las recibia, y que se propuso guardarlas con el mayor desvelo hasta la víspera del dia en que determinó suicidarse. Preciso será tomarse la enojosa tarea de leerlas todas, sin hacer sobre ellas comentarios de ninguna especie, pues ponen en claro por sí solas algunas situaciones que no se podrian aclarar mas con molestas interrupciones. Dicen asi:

De su padre a Julio.

Hijo de mi corazon; se acerca la hora de mi muerte, y antes de sepultar en la tumba mis remordimientos, necesito hacer la confesion de mis culpas. Hace tiempo que estoy encerrado en esta habitacion, sin haber tenido el inefable placer de abrazaros ni á ti ni á mi hija, cosa que ciertamente no hace mucho honor á vuestra alma. Habeis dado crédito á la vulgar preocupacion de que los locos deben ser despreciados; y en vuestra fatal obcecacion no echasteis de ver, que mas que loco soy un hombre desesperado. En algunos momentos de calma, como el que aprovecho para escribirte, hubiera deseado que una mano filial secase el raudal de lágrimas que me inundaba; pero nunca he querido llamaros, temeroso de verme despreciado hasta por los mismos que me deben la existencia. Os perdono la ingratitud: sed vosotros tambien indulgentes para conmigo, ya que en un momento de despecho he asesinado á vuestra querida madre.

Si, hijos de mis entrañas; he asesinado á vuestra querida madre, arrastrado por el fatalismo á una situacion que la hubiera muerto mil veces, á pesar de que nunca habia tenido mas motivos para adorarla. No os cuento los pormenores del crimen, porque seria acometido del acceso de locura, y no podria continuar escribiéndoos. Leed esas cartas originales, y si hay en vuestro pecho un sentimiento de piedad, compadeced al esposo desgraciado que está condenado por la suerte á llorar eternamente á la esposa inmolada por él mismo, y al padre infeliz que se vé en la necesidad de apelar á la compasion de sus hijos. A la hora en que recibais este postrer vale, regado con ardientes lágrimas, ya estaré á los pies del Eterno implorando la misericordia divina: ¡que vuestro perdon llegue á tiempo de atemperar la dura sentencia que me espera!

No os quiero dar consejos, porque de nada os aprovecharian, pues estoy convencido de que el dogma mas justo, puesto en un caso dado, seria una horrible iniquidad. La razon natural será el único juez á quien debereis consultar en los variados trances de la vida. Solo os pido encarecidamente que ameis y aborrezcais con templanza: el amor lo mismo que el ódio son pasiones que al fin causan la destruccion del ser que las posee en alto grado; y hasta he visto á ciegos idólatras de la virtud, ser ejecutores de justicias que hubieran puesto grima á un mónstruo amamantado en la escuela de los crimenes. Yo he amado con frenesi á mi patria y á la madre de mis hijos, y despues de haber preparado la ruina de la segunda, he execrado el amor de la primera. Muero con la conciencia sin mancha, pero llevo al sepulcro destrozado el corazon. La entereza de sentimientos de que me ha dotado el cielo, ha convertido su rectitud en fiereza; y aunque bendigo á Dios por haberme dado un inflexible amor á la justicia, no es este sin embargo el atributo que mas le honra á mis ojos, pues mas quiero verle afable y misericordioso, redimiendo con entrañable ternura la flaqueza de la especie hu-

mana. ¡Son tantos los castigos á que el hombre se halla espuesto por culpas que no está en su mano el dejar de cometer!

¡Cuántos planes de dichas defraudados! cuántos vínculos rotos, que solo la muerte debiera haber deshecho! El amor conyugal, el cariño de padre, la inefable ternura de los hijos, todo ha desaparecido para siempre..... ¡Y yo que cifraba mi felicidad en la dulce posesion de tan caros afectos!

Dejo de escribiros, porque ya va á espirar la luz del último dia de mi vida. Quiero morir antes que se divulgue mi afrenta, y ya veis que no es tan indigno de ser perdonado el que aun prefiere su honor á la existencia. Muero desesperado, porque muero sin escuchar de sus labios la bendicion de mis hijos: otros padres lo hacen con la esperanza de que sus manes oirán las tiernas súplicas que se exhalen al borde de su tumba; yo muero con la certeza de que los mios tan solo oirán maldiciones.

A Dios, pedazos de mis entrañas: por la sombra de vuestra madre os ruego que recibais sin rencor las tiernas y últimas emanaciones de un corazon paternal. Postrado de hinojos os escribo. Sé el amor que os profesaba para que me absolvais del horrible atentado de su muerte, pero acordaos del sacrificio que habrá hecho mi afecto para privarse del suyo.

¡Benditas sean las lágrimas que ahora acuden á mis ojos! parece que me alivian de un peso que me oprimia, y ya que no pueda esplicaros lo que siento en este instante, ellas os dirán al menos mi dolor y mi cariño!

De Carlos de Valleameno al esposo de Margarita.

Permitidme que empiece suplicandoos que no rompais esta carta antes de haberla leido. Sé que la divergencia de opiniones nos separa, por vuestra intolerancia, hasta el estremo de no poder recordar los vínculos de parentesco que nos

unian antes de la muerte de mi querida hermana. Bien avenido con mi conciencia, jamás me he ofendido de la nota de *traidor* con que muchas veces habeis tratado de ennegrecer mi conducta; porque los baldones de un enemigo político son como los gritos de los dementes que nadie hace caso de ellos, y nunca está tan cargado de razon el que los profiere que deje de merecer otros tantos por lo menos. Repito que en política, estando en paz con la mia, me importa muy poco la opinion de los demas.

Pero hoy que soy llamado á responder de mi conducta ante el tribunal de los hombres de bien, necesito acumular las pruebas de mi inocencia; y seria capaz de arrodillarme á los pies del mas humilde de los hombres, para que oyese mis descargos y me juzgase.

Ya sabeis que me hallo en una cárcel acusado de haber asesinado á una hermana que idolatraba; como esta era vuestra esposa, necesito probaros que soy inocente, para que obrando de consuno podamos descubrir al verdadero criminal, vengando asi su muerte, y restableciendo mi perdido honor. Si me juzgais con prevencion, mi sinceridad os parecerá hipocresía; pero sea como quiera, habré cumplido con mi deber relatándoos la parte que he tenido en la catástrofe en que me he visto envuelto. Os juro ante todas cosas, que no es el miedo de la muerte el que me hace sincerarme.

Desesperado de que produjese nada grande el vástago de una dinastía que, por una reunion de circunstancias especiales, se habia dejado abatir hasta el último punto de la degradacion, abandoné el partido de Fernando, por abrazar con ardor el nuevo gobierno de José I. Yo no sé hasta qué grado nos pudieran haber hecho felices las modernas instituciones, pero desde luego se puede asegurar que serian menos malas que las antiguas, y esto es una prueba de la rectitud de intenciones de los que defendimos al nuevo Rey. Vos, y la nacion en masa, por una susceptibilidad mal entendida, creisteis que el acatar al monarca entronizado, solo seria dig-

no de una nacion envilicedida; y sin escojer el campo ni reparar en las armas, os lanzasteis desesperados á derrotar sus ejércitos, y haciendo igual la defensa á la bajeza de la usurpacion, por medios á veces tan viles como los que pudieran usarse en un pais de vandidos, llegasteis á producir el hecho mas grande de que pudiese blasonar una república de héroes. Vosotros, venciendo, hicisteis infeliz á la Nacion por sostener su dignidad; nosotros, con menos decoro por cierto, tal vez hubieramos labrado su ventura. Los *patriotas* tuvisteis mas orgullo nacional, pero nosotros los *afrancesados* mil veces mas amor patrio. No es este el tiempo oportuno de sostener de cuál parte militaba la razon, porque la posteridad pondrá á cada uno en el lugar que merezca. Con todo, aun ahora que estoy escuchando los aplausos que el mundo entero os tributa atónito de admiracion y de entusiasmo, no trocaria mi honor de vencido por el vuestro de vencedor.

Forzado á abandonar por traidor el pais que me vió nacer, y temeroso de ver confiscados cuantiosos bienes que no me pertenecian á mi solo, consulté con mi hermana las medidas que debia tomar, y dudando de que por cartas se pudiesen arreglar tan complicados asuntos, me aconsejó que me dirigiese á esa de incógnito, como al momento lo hice. Llegado que hube en secreto, la pregunté á Maria si seria conveniente instruiros de mis negocios; y juzgad á qué estremo de vileza nos conduce el espíritu de partido, cuando satisfecha de vuestra proverbial honradez desesperó de que respetaseis mi desgracia.

En una de las aldeas inmediatas á San Antolin nos pudimos ver algunas noches consecutivas. La infeliz Margarita abandonaba vuestro lecho para llevar algun consuelo á su hermano proscrito y fugitivo, á pesar del frio y de la lluvia que han sido tan continuos en aquel invierno rigoroso. Un dia me escribió que se encontraba indispuesta, pero que podia seguir viéndola en su mismo palacio, sin inconveniente alguno: mediante sus instrucciones, el dador de la carta me-

condujo á un cuarto retirado en que ella me esperaba á oscuras, por no despertar sospechas. Una noche conocí que me espiaban, y me retiré para volver mas tarde; la siguiente no ví á nadie, por lo que se disiparon mis recelos. Margarita escudada con su inocencia, tampoco presintió la trama que se nos urdia; y cuando por última vez ya iba á anunciarla mi próxima espatriacion, la llamé desde la entrada de su cuarto; viendo que no respondia, me acerqué al sitio en que solia esperarme, y al tocar su frente la hallé mas fria que la nieve; llegué la mano á su pecho por ver si palpitaba su corazon, y tropezando con la cruz de un puñal..... Ignoro completamente lo que pasó desde entonces, pues solo tuve idea de mí mismo cuando me encontré en la cárcel.

De este modo soy partícipe de un crímen que sin duda lo ha acarreado la inflexibilidad de vuestro carácter. Si á las muchas virtudes con que os ha dotado el cielo, hubierais añadido la de la desconfianza propia, seriais mas tolerante y humano con vuestros enemigos, poniendo en práctica las escelentes dotes de vuestro corazon. Entonces, yo me hubiera echado en vuestros brazos con la humildad de un contrito, y vos tendriais la satisfaccion de usar conmigo de la amorosa clemencia que tanto enaltece el triunfo de un vencedor: pero me he tenido que sustraer al rigor de vuestras preocupaciones, y he sido envuelto en una ruina de la cual vos sois acaso la causa principal. Teneis una conviccion tan profunda de la infabilidad de vuestros principios, que os hace constituiros en tirano esclusivo de la razon, estableciendo el dogma absurdo de negar toda consideracion á vuestros contrarios; y no echais de ver que vuestra confianza propia os vende como ignorante; porque el hombre que verdaderamente se acerca á la sabiduria, cuyo principio es la duda, sabe que la razon ha estado y estará hasta la consumacion de los siglos en un problema eterno, cuya completa solucion esceede los límites de la inteligencia humana.

Lo que os llevo dicho es la única intervencion que he tenido en la catástrofe que lloraré toda mi vida, y por consiguiente no sé quien haya sido el asesino de mi hermana. Si en vista de estos hechos me confesais inocente, tan solo me hareis justicia; pero el que pagueis un tributo á la verdad, tampoco será parte para que os desprecie menos que si me creyeseis culpado.

DE ANDRES A SU AMO.

Amo mio de mi corazon: acaso no esté lejos el dia en que me saquen de la cárcel para matarme; V. sabe que soy inocente, pero estoy decidido á no justificarme, aunque tampoco me confesaré culpado, mientras que V. no disponga otra cosa. Bien le decia yo que mi Señora Doña Margarita no era digna de una muerte tan desastrosa, porque era imposible que siendo tan buena y queriéndole á V. tanto, tuviese un amante oculto. Es verdad que veiamos todas las noches á un hombre entrar en su cuarto, pero yo no sé cómo conociéndola nos llegamos á figurar que podia tener un amante.—«Andrés, me dijo V. un dia, esta noche vas á asesinar á mi infiel esposa.»—Confieso que, á pesar de la infidelidad que me echó V. por delante, no pude menos de horrorizarme con semejante idea.—«Ya te has convencido de que su perjurio es cierto. Esta noche al entrar el amante en su cuarto, le encerrarás con ella despues de haberla dejado cosida á puñaladas. Yo entretanto avisaré á la justicia con el pretesto de que he visto á un ladron asaltar mi casa: de este modo le achacarán á él el crímen, y labando mi honor con la sangre de entrambos nos pondremos nosotros al abrigo de toda sospecha.»—Bien sabe V. que me puse de rodillas suplicándole que pensase mas lo que tal vez en un arrebato de locura me proponia: V. sin embargo firme en su propósito me arrojó de sí con insultos y bofetadas. ¡Pobre Señora mia! si yo fuera el instrumento de su crímen, ya sin duda el dolor me hubiera muerto.

Por último me despidió V. de su servicio, no sin haberme exigido antes el juramento de que guardaria el secreto: no ignoraba V. que una vez dada mi palabra jamás la hubiera quebrantado. Me despedí de V. para siempre, y juro que al hacerlo nunca he llorado tanto. Me alejé por último satisfecho de haber obrado como exigian mi deber y mi conciencia; pero apenas estuve lejos de la quinta, cuando á fuerza de pensar en mi comportamiento conocí que mi deber y mi conciencia exijian mas de lo que habia hecho. Desanduve á todo correr el camino que habia cruzado lentamente entre lágrimas y zozobras. ¿A dónde dirá V. que iba? Perdóneme V. si una sola vez en mi vida he hecho intencion de faltar á mi palabra: á la Señora Doña Margarita la debia por lo menos tantos favores como á V., y en particular mi pobre hija Maria que aun estará creida que su padre ha sido el asesino de su amada bienhechora: por eso sin duda no me ha enviado todavia ni una palabra de amor y de consuelo: juzgue V. cual será mi conducta cuando ni ella sabe que soy inocente.

Apenas llegué á la quinta, conocí que ya era tarde, pues al ganar la escalera del cuarto de mi Señora le ví á V. subir acompañado de la justicia. Acuérdese V. que en el último tramo le estreché á V. la mano con frenesí: me dió tanta lástima verle á V. tan azorado que no fui dueño de contenerme. Entramos en el aposento, y ya sabe V. cual fue nuestro asombro al ver á su esposa asesinada, y á un hombre desmayado á sus pies. Cojiéndome entonces un esbirro por la espalda.—«Este tambien es cómplice,» esclamó desaforado.—Efectivamente tenia las manos llenas de sangre, pues viendo las de V. marcadas con el sello de un horroroso crímen, lo pasé voluntariamente á las mias, estrechando las suyas en el último tramo de la escalera, pues como ya dije antes, me dió mucha lástima verle á V. tan azorado. En aquel momento ni le miré á V. siquiera, ni V. se atrevió á mirarme: hizo V. mal, amo mio, en temer de mis ojos una

mirada de reconvencion, pues era grande el apuro para que un fiel criado pensase en aquel momento mas que en salvar la vida y la honra de su Señor. Me dejé llevar por los esbirros sin murmurar una palabra que pudiese rebatir la acusacion: al contrario, me dí el parabien de que me creyesen el único criminal.

En el curso del proceso estoy sufriendo lo que no es decible, pues mas trabajo me cuesta el embrollar á los jueces sustrayendo á su vigilancia las innumerables pruebas que pudieran justificar mi inocencia, que si me empeñara en no aparecer culpado. Lo que no puedo aguantar con paciencia es cuando, al fin de las declaraciones, me dice que por tales y cuales razones aparece que soy un malvado, un hombre pérfido, y un criado ingrato. ¡Maldad! ingratitud! perfidia! Le juro á V. que entonces no puedo menos de deshacerme en lágrimas, al verme tachado de ingrato para con el mismo á quien he consagrado mi hombria de bien y mi existencia. Perdóneme V. Señor, si parece que le reconvengo, pero me es mas terrible que la muerte, la idea de que piense el mundo que Andrés le ha sido á V. pérfido, habiendo comido su pan tantos años.

Le envio á V. esa carta para mi pobre Maria. No se la entregue V. sino le parece conveniente; pero le agradeceria en el alma que sin que V. se comprometiera la pudiese convencer de que soy inocente. Tal vez entonces me vendria á dar un abrazo. ¡Es tan dulce para un padre el abrazar á su hija sabiendo que pronto vá á morir!

Quede V. con Dios para siempre, amo mio de mi alma: solo llevo un consuelo al otro mundo, y es el de creer que Dios me perdonará mis pecados en premio de mi lealtad. Si por algun incidente hubiese alguna pequeña esperanza de salvacion, no deje V. de avisar á su infeliz criado, que espera con resignacion la muerte.

De Andres a su hija.

Querida hija mia: ya supongo que estarás muy enojada con tu pobre padre. Atentar contra la vida de tu bien hechora y amiga, bien sé yo que te habrá sido mas doloroso que si se hubiera atentado contra la tuya propia. ¿Pero es posible Maria que tenga necesidad de sincerarme hasta con la hija de mis entrañas? ¿No existe un sentimiento en el fondo de tu alma que rechaze cuantas inculpaciones se están haciendo al hombre que te ha enjendrado, y que como tu sabes, en su vida se ha apartado de la senda de la virtud? Y en medio del odio que acaso me tienes ¿no has encontrado alguna prueba que me proclame inocente? Te parece que á ser yo el matador de su esposa se empeñaria nuestro amo en que siguieses al lado de sus hijos, sirviéndoles de madre á falta de tu jenerosa amiga? ¿ó crees tú que en este asunto no puede mediar un secreto que un padre querido tenga que ocultar á su hija? Confiesa que me has agraviado, y ven á darme un abrazo que acaso será el último que de mí recibas; verás cómo te desengañas por tí misma, pues dicen que la verdad tiene un tono que nunca puede usurpar totalmente la mentira.

Desde el instante en que debiéramos haber sido mas felices no parece si no que una mala estrella nos persigue. ¿Te acuerdas Maria? ¡Tu hijo murió en un monte devorado por los lobos! Tu madre en seguida ocultó su desesperacion en el fondo de un torrente! Y quién sabe ahora si acaso tu padre en un patibulo!....

Ruega á Dios por mi suerte, hija de mis entrañas; ruega á Dios por mi suerte, y no me hagas desesperar con la duda de que puedo morir sin verte.

DEL OIDOR RAMIREZ AL PADRE DE JULIO.

He recibido tu carta, y por el desorden en que se conoce que estaba tu cabeza cuando la escribiste, echo de ver el esceso de tu dolor. Quisieras salvar á tu hermano político de un castigo que tiene merecido, por no acrecentar mas la deshonra de tu familia; esto hace mucho honor á tu corazon. Ya sabes que te quiero desde que hicimos juntos nuestras primeras locuras, y que por consiguiente puedes disponer de tu amigo como mejor te parezca. Pongo en tu conocimiento, para mayor satisfaccion, que tengo mucha influencia entre mis compañeros, y has de saber que este predominio moral que ejerzo sobre ellos consiste todo en mi ciencia: te concedo que en la universidad era el peor estudiante, pero ó yó sé mas de lo que creia, ó ellos saben menos de lo que creen.

Supongo que ya estarás mas sereno que cuando escribiste tu epistola, por lo que no estrañarás que en esta te revele, sin pretensiones de hombre formal, el mismo carácter de aquel Ramirez que tu conociste tan calaveron, tan buen mozo, y sobre todo tan mal estudiante. ¿No me dices que estás decidido á soltar algunos miles de duros si tu cuñado es absuelto? Pues entonces no te aflijas, porque ya sabrás por esperiencia que las penas huyen del dinero, y que por lo mismo se hará lo que tu quieras. Asi como asi, la justicia se volvió al cielo con su padre por no quedar huérfana en el mundo.

¿Te acuerdas qué bromas tan pesadas corrimos en tiempo de la guerra de la independencia? ¡Con qué valor te batias! Yo me he quedado en la duda de si seré valiente, porque nunca he entrado en ninguna accion, pues siempre me tocaba escoltar comboyes. ¡Y si vieras lo que dan que hacer las mujeres de los oficiales!—Como tú no tenias mas que amor patrio, te volviste á tu casa muy satisfecho cuando ya faltaba poco para que se concluyese la guerra; pero mi corazon que es mas

accesible á pasiones ruines que el tuyo, amaneció un dia lleno de ambicion y de egoismo. Ya sabes que me pasaron por años de curso todo el tiempo que escolté convoyes, y que por consiguiente me recibí de abogado. Digo que me examiné, ignorando hasta el derecho natural, porque estaba seguro de sacar la nota de sobresaliente, pues todos los catedráticos habian sido *afrancesados*, y ya ves que si me hubieran reprobado porque no sabia una palabra, habiendo servido á la patria, era cosa de concitar contra ellos la furia popular. Pretendí pues una toga, citando como servicios todas las acciones en que se habian encontrado los rejimientos á que pertenecian los convoyes, y al instante me fue concedida, mencionando la Real órden la herida que recibí en campaña. Ya te acordarás de aquella herida que me hizo un coronel por las imprudencias de su hija.

De lo que te admirarias si vinieras por Oviedo es de lo dignamente que represento mi papel. El otro dia escuchando la sentencia de uno que el fiscal condenaba á muerte, solté una carcajada sin poderlo remediar. Solo al diablo se le ocurre poner un espejo en la sala de la audiencia: asi es que no pude menos de reirme al verme tan serio y embutido entre tantas guirindolas. No he dejado de admirar á pesar de todo un aire de indiferencia en todas mis actitudes, que contrasta singularmente con la estúpida atencion de algunos de mis compañeros. Esta jente no sabe darse tono, y asi es que cualquiera que los vé, tacha su encogimiento de ignorancia, mientras que mi desparpajo lo atribuyen á esa indulgente altanería que dá la superioridad de talento.

En lo que no convengo contigo es en que te gastes un maravedí en salvar á ese perillan de Andrés. Yo creo mas sencillo que con su muerte cubramos el espediente, por que no será poco lo que te cueste la absolucion de tu cuñado, y el meterte á redimir á todo el género humano, seria dar á entender que les agradeces el que hayan muerto á tu mujer. Además, he asistido el otro dia á una declaracion del tal

Andrés, y me ha parecido un solemne tuno. Como ya llevo bastante tiempo de práctica he conocido por sus respuestas evasivas, por sus lágrimas y por algunos signos característicos de su fisonomia, que si le absolvemos de esta es muy capaz de cometer otra bribonada. Sabes que ha sido mi fuerte el adivinar las afecciones del alma por las señales del rostro, y que sobre este particular pocas veces me equivoco.

Repito que no te aflijas y que cuentes para todo con el mejor de tus amigos.

Estas eran las cartas que Julio vió caer la noche anterior de la habitacion de su padre, y las mismas de que Narciso se habia enterado, remitiéndoselas dentro de la suya para destrozar sus entrañas con un dolor tan acerbo. El abyecto seductor que parecia gozarse en abatirle con su proceder innoble, le redujo á un estado de insensibilidad completa, de tal modo que al dejarse por segunda vez caer de golpe sobre el lecho, tuvo por menos terrible que volver á la vida, el dejarse morir ahogándose como su padre con sus propias manos. La intensidad del dolor moral nunca llega á ser tan grande que pueda estinguir la vida de un jóven que ha entrado ya en la edad de la adolescencia, y por eso Julio, resuelto á aniquilar su existencia, traia á la memoria cuantos recuerdos pudiesen agravar mas y mas su pesadumbre, alhagado en parte por la idea de que al fin tendria que sucumbir al esceso de su dolor. Primero recordaba el homicidio de su padre, y entre horribles convulsiones se maldecia á sí mismo como el enjendro despreciable de una raza envilecida. Tendia la vista hácia los infelices que una intriga infernal habia sepultado en el interior de un calabozo, y le parecia escuchar las imprecaciones de algunas familias desoladas que con la frente llena de ignominia le pedian á gritos la reparacion de su honra. Si la imájen de Maria llegaba á herir su

mente, se apretaba el corazon como un inmundo depósito de sentimientos bastardos, donde no cabian ni amor puro, ni gratitud, ni generosidad. Fingia en su delirio tender los brazos á su hermana, y al estrechar á un objeto tan digno de su cariño, percibia á lo lejos las irónicas risas de todo un pueblo que con algazara estúpida celebraba la aparicion de otros dos seres deshonrados á quienes hacer el blanco de su befa y de su escarnio; y ajitado entonces y convulso, se golpeaba la frente, gritando en el horror de su frenesí:

—¡Dios mio! Dios mio! en qué habré ofendido al cielo para que me aflija tanto!

Despues de algunas horas de martirio se sintió herido del pensamiento jeneroso de poner remedio á tantos males, arrostrando los embates del destino; y lleno de esta idea con resuelto ademan se dirijió á la habitacion de Emilia.

—Nuestro padre ha muerto! esclamó en tono solemne desde el dintel de la puerta.

—¡Há muerto! gritó la niña levantándose para lanzarse en sus brazos.

—Si, ha muerto, contestó Julio rechazándola, pero no sin haberte legado su maldicion y su desprecio.

—¡Su maldicion!....

—Y su desprecio, siguió el empedernido hermano. Anoche á deshora vió el pobre loco bajar á un seductor del cuarto de su hija, y murió de desesperacion.

—¡Ah!.... prorrumpió Emilia echándose á sus plantas, y ocultando el rostro entre las manos.

—Levanta, miserable: á quien le ha faltado el pudor, no tiene razon para encubrirse la frente, á no añadir la hipocresia á la infamia.

—¡Perdon!....

—Perdon para tu alma, continuó Julio dando á su acento una entonacion augusta. Las flaquezas de una mujer que empañan el lustre de una familia respetable, solo tienen cabal espiacion con sangre!.... ¿recuerdas cómo murió tu madre?

— ¡Què horror!....

— Pues á ti te espera una suerte parecida: ó la muerte, ó una clausura eterna.

— Perdon, hermano mio! estaba sola; me dejaste abandonada: consagrado esclusivamente á tus amores.....

Un remordimiento hizo palpitar el corazon de Julio.

— Ademas soy querida por un hombre.....

— Digno de ser envilecido y despreciado, como él te desprecia y te envilece, siguió Julio con acritud insultando su inocencia. ¿Sabes quien es el pérfido autor de tu deshonra?.. Pues escucha:

Y asiendo á Emilia fuertemente por un brazo, la hizo sentarse en un confidente inmediato, y prosiguió diciendo:

— «Hace muchos años que nuestro abuelo paterno vió á un mendigo llamar á la puerta de su casa: era un niño cuyos ojos vivaces y semblate risueño contrastaban singularmente con la hediondez y miseria de sus harapos. Por el pálido color de su mejilla, conoció que el hambre era lo único que aquejaba á aquella inocente criatura, y noble y orgulloso como todos los ricos de nacimiento, se complació en el fondo de su corazon de encontrar una ocasion en que poder mostrar su liberalidad; y cojiéndole de la mano le entró en su casa con ánimo de remediar su desnudez y descaecimiento.—¿Cómo te llamas? le preguntó con blandura.—*Camuñas*, contestó el niño implorando piedad con sus hermosos ojos.—¿Ese es un nombre ó es un mote? le replicó nuestro abuelo, estrañándose del epíteto. — Asi me llamaba mi amo, dijo el mendigo rebosando candidez. — ¿Y quién era tu amo? volvió á preguntarle el anciano.—Era un pastor de la Braña, siguió diciendo *Camuñas*, que hace muchos dias se me murió en una noche, y yo eché á correr de miedo dejando solo el rebaño.— ¿Y quiénes son tus padres? le dijo el viejo en seguida. — El niño se encojió de hombros, distrayéndose como á quien de pronto se le ocurre una idea y estraña que se le haya estado oculta por tanto tiempo. —¿Dónde has vivido antes de servir á tu

amo? siguió el abuelo preguntándole con un vivo interés. El pobrecito volvió á encojerse de hombros: no se acordaba de nada.»

«No pudo menos de enternecerse el jeneroso anciano al ver aquella sonrisa perenne en los labios de un ser desvalido que hasta ignoraba que podria tener padres, y que se lanzaba al mundo sin mas arrimo que sus harapos, ni mas escudo que la inocencia en toda su pureza. Desde luego formó el propósito de hacerle hijo de su adopcion.—En adelante te llamarás Luis, le dijo el abuelo con cierto afecto paternal, luego pensaremos en el apellido que has de llevar, y desde hoy te quedarás en casa hasta que seas hombre.»

«Luis recibió una esmerada educacion, correspondiendo con su aplicacion á los desvelos reiterados de nuestro buen predecesor. Aun no tenia veinte años cuando el mendigo sin nombre, por su disposicion y laboriosidad, ya gobernaba casi esclusivamente la casa de los Señores de Mora. Su protector no desperdiciaba la menor ocasion en que poderle manifestar su interés, y creyó darle la mayor prueba de su afecto descargando sobre él el peso de todos los cuidados de su casa. Luis contribuia por su parte á hacerse digno de su estimacion, y con tan fina correspondencia llegó á ser mútua la necesidad de no poder vivir el uno sin la asistencia del otro. Con esto el Sr. de Mora olvidó hasta el desempeño de las mas precisas obligaciones, de modo que al poco tiempo vino á creerse estraño en sus propios dominios, aunque ningun recelo pudo jamás turbar su calma, pues confiaba demasiado en la perfeccion de su hechura para que se le pasase siquiera por la idea el achacarle el menor defecto, y asi se estuvo años y años recojiendo el fruto de una obra de caridad.»

«Ana, baronesa de Salas, hija única, y heredera de un rico patrimonio, sea porque efectivamente estuviese enamorada de Luis, como decia ella, sea por encubrir una falta, como suponian los demas, llegó á brindarle, aunque indirectamente, con su mano y con sus titulos. Lo único que fal-

taba para el complemento de la felicidad de Luis era la adquisicion de un nombre, y su contento rayó en locura la primera vez que pudo firmarse: *el Baron de Salas*. Su anciano protector cedió con dificultad á su ventajoso enlace, y solo despues de haberle prometido no separarse de su lado logró alcanzar su permiso.»

«Educada Ana con todo el esmero y todas las preocupaciones que son peculiares á la jente de su rango, poseia á maravilla el arte de disimular sus pasiones para satisfacerlas cumplidamente; y aunque al principio se mostraba solícita en conquistarse el afecto de sus nuevos amigos, pronto dió muestras de abrigar en su pecho un odio reconcentrado hacia los mismos que habian sido causa del engrandecimiento de su marido; y tanto creia humillados su dignidad y su orgullo cuanto se veia obligada á la gratitud. La memoria de los favores recibidos es un continuo torcedor para cierta clase de almas, y por eso Ana devoraba en silencio las ruines instigaciones que la arrastraban á la venganza. Para mejor conseguir su objeto, empezó por minar la conciencia de su esposo, el que ajeno de las preocupaciones que su compañera habia mamado con la leche, se dejó seducir sin apercibirse de sus intrigas.»

«El hombre de bien en el estado de matrimonio, es un ser-máquina cuya fuerza motriz es el alma de su consorte; y por eso no hay uno que al fin no venga á ser juguete de sus caprichos, porque no apercibiéndose de la pequeñez de sus insidias, se llega á constituir él mismo en organo ciego del cumplimiento de sus gustos, y hoy por indiferencia, mañana por tolerancia, y otro dia por amor, se convierte en un maniquí que ella revuelve á su antojo. Asi Ana á fuerza de constancia llegó á insinuarse de tal modo en el corazon de Luis que el menor de sus caprichos era para él una ley irrevocable. Con tales elementos al poco tiempo fue sin voluntad propia el intérprete ejecutor de los deseos mas vagos de su esposa, y como en el pecho de esta predominaba en tan alto

grado el orgullo y el dominio esclusivo de sus gustos, llegó á hacer fructificar en el corazon de Luis el jérmen de estos someros afectos.»

«Pronto conoció su protector la fatal influencia de la atmósfera que su hijo adoptivo se veia precisado á respirar, porque á los primeros años se disminuyeron notablemente sus caudales, y empezó á notar una malaventurada administracion en sus haciendas. El pobre anciano ahogó no sin pesar su propia desconfianza, y en vano trataba de encubrir la realidad con los arreos de una quimera, pues una continua malversacion de sus intereses llenaba cada vez mas su corazon de angustia. Ni una reconvencion, ni una queja salieron nunca de sus labios, y acaso hasta el fin de su vida hubiera tenido á raya la esplosion de su justa cólera, si un dia Luis con imprudente descaro no le manifestase la conveniencia recíproca que exigia una separacion completa. Entonces el viejo no pudo disimular su enojo, y mal de su grado, con mas lágrimas que improperios, le echó en cara lo inicuo de su proceder. Este al separarse quedaba casi reducido á la indigencia, mientras que el ingrato mendigo insultaba su pobreza con la prodigalidad del fausto. Tal vez el buen anciano hubiera muerto sin reclamar ante las leyes una riqueza de la cual habia sido vilmente defraudado, si no temiese legar á su único sucesor como timbres de su ilustre cuna las privaciones de la miseria.»

«El amor paternal sofocó por último todas las consideraciones de una piedad mal entendida, y Luis fue citado ante un tribunal de justicia acusado de dilapidaciones y de fraudes. Las leyes le condenaron, y tuvo que rescatar, con escándalo público, cuanto habia adquirido con sus ocultos manejos, recayendo en su conducta la infame nota de los estafadores. Fue inmenso el dolor que nuestro pobre abuelo sufrió con la deshonra de su indigno protegido, y casi le costó la vida la sentencia del tribunal que le indemnizaba de todas sus pérdidas. Su salud quedó en estremo quebrantada, y Luis al

ver próxima su muerte, sea que el remordimiento hiciese efecto en su pecho, ó que conviniese asi á sus planes de venganza, dió muestras de un entero arrepentimiento, y afectó querer congraciarse con el hombre cuyos beneficios no habia pagado mas que con alevosias.»

«El anciano al verle á sus pies casi lloraba de gozo, y en el fondo de su corazon se acusó á sí mismo de demasiado cruel, no habiendo medio ni pretesto que él no buscase para atemperar lo que él llamaba un acto despiadado. Presintiendo ya cercano el fin de su existencia, nombró á Luis tutor y curador de la menor edad de su único heredero nuestro padre, echando el sello con semejante esceso de clemencia á la bondad de su indole, que siempre tendia á disimular las faltas ajenas, mientras que ninguna reparacion le parecia suficiente para purgar las propias; dote apreciable que formaba principalmente el núcleo de su carácter.»

«Con un poco mas de mundo, nuestro abuelo hubiera conocido que tales estremos de maldad y de arrepentimiento de parte de Luis no eran emanaciones de un solo corazon, y notaria que sus impuros manejos, despues de una verdadera contricion, eran efecto de las sordas maquinaciones de su cauta esposa, la que no tenia inconveniente en esponerle á ser el blanco del público desprecio, y hasta á acusarle ella misma, siempre que de este modo resultasen creces á sus interes materiales. Criada en la opulencia, sabia bien que la felicidad consiste en la completa satisfaccion de nuestros gustos, y que para satisfacerlos son necesarios intereses, los que ella trataba de adquirir sin reparar en los medios. Las almas como la suya ignoran la bienandanza que los pechos virtuosos encuentran, rodeados de las mayores privaciones.»

«Despues de muerto el anciano, pasó nuestro padre al cuidado de Luis como á su tutor legitimo. Afortunadamente nuestro abuelo en una de las cláusulas de su testamento, ordenó que Jorje, ayo de su hijo, no se apartase de él hasta que saliese de la menor edad, incurriendo en su desagrado

cualquiera que contraviniese á su última voluntad. Era Jorje un hombre tan aferrado á sus principios, que al que no le era dado sondear su corazon le tenia por un ser impasible, incapaz de sensaciones, atribuyendo á crueldad la rijidez de su recto proceder.»

«Ana se congratuló en secreto de poder esquilmar sin responsabilidad el patrimonio de su pupilo, y hasta llegó á pensar que con la muerte de este, podria embrollar sus riquezas con un inmenso beneficio propio. Este último recurso no era tan fácil de llevar á cabo como se imaginó en un principio, porque el astuto Jorje velaba sin cesar por la existencia del niño cuya guarda le estaba encomendada; y sea que la desconfianza del comportamiento fuese instintiva en su alma, ó sea que particularmente tuviese sospechas de Ana, jamás consentia separarse de su lado, por mas que esta prometiese en su ausencia consagrarse esclusivamente á su cuidado. Ninguna incomodidad, por grande que fuese, arredraba á Jorje en su empeño, y asi es que Ana llegó á perder la esperanza de hallar una ocasion en que poder conseguir sus depravados fines. En vano dándole todas las apariencias de un accidente casual hacia jugar al niño por los bordes de un precipicio, pues siempre la mano de Jorje estaba pronta para separarle de la honda sima que amenazaba tragarle. Con fútiles pretestos solia á veces hacerle encaramarse á alguna eminencia desde la cual pudiera serle funesta la menor caida, pero si por un momento no sentia el brazo de su ayo que al subrir le contuviese, pronto oia su voz que con la mayor ansia le apercibia del peligro.»

«Viendo Ana burladas sus primeras tentativas, se aferró cada vez mas en su propósito, tanto por los descalabros que acababa de sufrir su orgullo, cuanto por el lucro que se prometia al acabar de dar fin á tan nefandos proyectos.»

«Una noche despues de cenar sintió Jorje unos violentos dolores que desgarraban sus entrañas. Al principio no pudo ahogar la horrenda esplosion de sus jemidos, y gritó como

un desesperado, sin que nadie acudiese á sus lamentos. Esta cruel indiferencia hácia quien con tanto ahinco se quejaba, vino á despertar sospechas en su ánimo solapado, y despues de hacer un esfuerzo sobre sí mismo, aguardó hasta la mañana siguiente, devorando en silencio sus horrorosos tormentos.—No ha bastado la dosis, esclamó por lo bajo al levantarse, pero otra igual acabaria conmigo, y en seguida con aquella débil criatura. Pongámosla pronto en salvo, y mas que para mantenerla tenga que trabajar lo que me resta de vida.—Abrió de repente la puerta de su cuarto, y la indignacion se pintó en su rostro al ver á Ana en ademan de inspeccionar lo que pasaba dentro. El sobrecogimiento de esta la hizó exhalar un grito de sorpresa, perdiendo por un momento su habitual serenidad, lo que dió motivo á Jorje para creer que tales desconciertos eran sobresaltos de su conciencia culpada»

—«¿Qué haceis aqui? la preguntó con sobrada celeridad.»

«Pudo el orgullo ofendido lo que tal vez no fuera dable á la impudencia del crimen, y asi es que Ana recobrando su imperioso tono.»

—«¿Qué os importa? le contestó dignamente.»

—«Es que con vuestra cena de anoche me habeis envenenado, siguió Jorje aturdido, y desbaratado por la firmeza de Ana.»

«Tal vez el iracundo ayo no quisiera darla á entender sino que le habia dispuesto una mala cena; pero bien sea por su torpeza en esplicarse, ó bien por que Ana se creyese acusada con justicia, se puso á gritar frenética.»

—«¡Socorro! ¡Socorro!»

—¡Silencio! esclamó Jorje asiéndola del brazo bruscamente.»

Entregada Ana á los impulsos de su rabia, se creyo violentada al verse contenida, y con todos los desmanes á que arrastran el encono y el amor propio ultrajado, olvidada de

su dignidad, se avalanzó al probre Jorje á quien trataba de ahogar entre sus manos convulsas, lanzando sordos rugidos que revelaban el mas profundo despecho. En vano pugnaba el desvalido Jorje por desasirse de tan encarnizado adversario; pues se sentia embarado como si ciñese su cuerpo alguna sierpe enroscada, hasta que viéndose medio ahogado, hizo el último esfuerzo, y la arrojó con violencia dentro de la habitacion mas próxima, cuya puerta logró cerrar en seguida. Desesperada al ver inútil su enojo, gemia Ana como si despedazasen sus miembros las máquinas contundentes del mas horrible tormento, y golpeaba la puerta invocando en su exaltacion los nombres mas odiosos de las deidades del infierno. Viendo tales estremos de ira, al punto comprendió Jorje que su vida era incompatible con la de Ana, y resolvió en todo caso llevarla por delante, siempre que se viese en la necesidad de tener que abandonar el mundo. Decidióse sin embargo á tentar primero todos los medios de salvacion, y se volvio á encerrar en su cuarto, inmediato al de Ana, para evadirse de los primeros ímpetus de los que corriesen al socorro de esta. Se asomó á una ventana para apelar á la fuga, pero retrocedió espantado al ver la enorme distancia que le separaba del suelo. Fuele sin embargo provechosa su tentativa, porque viendo á nuestro padre al asomarse á la ventana, entretenido en correr por la campiña que se dominaba desde su habitacion, empezó á gritar con el mayor desórden, el cual daba mas energia á sus palabras.»

—«Huye, hijo mio; huye, que te quieren matar en esta casa. Corre á la quinta de mi hermano Claudio, y dile de mi parte que te aleje de la comarca, y no vuelvas á parecer por aqui hasta que seas hombre y puedas cuidar de ti mismo. A Dios, hijo de mi vida.....no vuelvas en mucho tiempo.....Corre, querido mio; corre, corre».....

«Y el niño corria azorado hácia la quinta de Claudio sin poderse imaginar qué peligro le amagaba, pero en estremo preocupado con las siniestras espresiones de Jorje, quien

viéndole ya muy lejos con la mayor ansiedad alzando los ojos al cielo.»

—«¡Gracias, Dios mio! esclamó satisfecho de haber cumplido con el mas sagrado de sus deberes.»

«En tanto Ana seguia gritando con todo el furor de una endemoniada; y aunque nadie la hostigaba, parecia que en venganza queria despedazarse á sí misma. A sus rabiosos alaridos acudieron cuantos amigos y deudos tuvieron noticia de tan estraño incidente, los que desde debajo de las ventanas amenazaban á Jorje con los mayores castigos.»

—«Vais á morir, le gritaba Luis desesperado.»

—«Me alegro, contestó una vez Jorje, pero no seré yo solo.»

«Y sacando el pañuelo le acercó á la chimenea, el que despues de bien inflamado lo arrojó entre las ropas de su lecho.»

«En seguida se asomó de nuevo, solemnizando su triunfo con una sonrisa histérica.»

—«¡Matarle, matarle! esclamaba Ana azuzando desde la ventana á cuantos habian sido atraidos por sus voces.»

—«¡Muera, muera! seguian los de abajo disponiéndose á trepar á la habitacion de Jorje.»

—«Ahora moriremos, furia del infierno, seguia este diciendo al compás de los lamentos de la una, y de las execraciones de los otros, mientras que las bocanadas de homo que empezaron á brotar por las ventanas, venian á aumentar el horror de tan espantoso concierto.»

«Ana con voz ya ronca solo lanzaba gemidos á manera de agonia, á las cuales Jorje contestaba con robustas carcajadas: atroz contraste capaz de petrificar el corazon de los que de cerca los contemplaban. Ana era el crimen al borde del sepúlcro, que lloraba entre los estertores de la muerte la hora del arrepentimiento. Jorje era la virtud, que veia entre risas el juicio final de su constante enemigo. Los dos parecian gozarse en su mútua destruccion, una con el furor del malva-

do, y el otro con la paz del justo: ambos podrian ser dos seres evocados del fondo del abismo para entonar un duo infernal, que revelase en parte la lucha de las pasiones bastardas trabada en el pecho de los condenados.»

«El incendio cada vez tomaba mas cuerpo.»

—«Que me ahogo! decia Ana sacando el cuerpo lo mas posible para respirar el aire puro.»

«El edificio ya no presentaba mas que el aspectó de una masa informe, envuelta entre una nube condensada de humo, la que rasgaban á trechos súbitas llamaradas.»

—«Muere infame! esclamaba Jorje dirigiéndose hacia la habitacion inmediata de Ana, tendiendo la mano para apostrofarla en sus últimos instantes.»

«Logró esta una vez asir el brazo de Jorje, y tirando con la energia propia de su frenesi, procuró atraerle hacia sí para despeñarle; pero apercibido el segundo de su intento, pudo rehacer sus fuerzas y arrancarla de la ventana sosteniéndola en el aire. Bamboleaba Ana sin dejar un punto de lanzar improperios contra Jorje, el que atendiendo solo á los nobles impulsos de su corazon no se atrevia á soltarla: la descocada hiena, sin embargo, atarazaba con sus dientes, y despedazaba con sus uñas la misma mano amiga que procuraba salvarla. Jorje á pesar de todo redobló sus esfuerzos para sostenerla, hasta que magulló su frente una piedra arrojada desde abajo y entonces exánime soltó á la desventurada Ana, la que cayó á despedazarse casi á los pies de su esposo. En seguida el cuerpo de Jorje, vencido por su propio peso, bajó á aumentar al lado de Ana la horrible carniceria.»

«Poco despues los escombros cubrian ambos cadáveres, ocultando con ellos el secreto de su desastrada muerte.»

«Mientras que esto sucedia, nuestro padre habia corrido hácia la casa de Claudio, el que despues de oir repetir las terribles palabras de su hermano Jorje, entrevió el inhumano designio que tenian Luis y su esposa de deshacerse á toda con costa de aquel inocente. Claudio, abuelo de María,

era un labrador acomodado, tan honrado y suspicaz como la mayor parte de los labriegos de nuestro pais. El tal vez era el único á quien Jorje habia comunicado sus sospechas, y asi es que al escuchar de boca del niño el último mandamiento de su hermano, se decidió á ponerle en cobro, seguro de que sino peligraba su vida. Sabedor Luis de la huida de Claudio con su pupilo, logró aprenderle por medio de sus pesquisas, y le hizo formar causa como complice de su hermano Jorje en el asesinato de Ana. Sepultaron al infeliz en el fondo de una mazmorra, en donde viendo el mal aspecto que tomaba su proceso, perdió á poco tiempo la vida abrumado de pesadumbres.»

«Volvió por consiguiente nuestro padre á estar bajo la tutela del desventurado Luis, á quien postraba por instantes el nefando recuerdo de la muerte de su esposa. Faltando esta, era de creer que el descendiente de su bienhechor podria vivir tranquilo al lado de Luis, y asi se lo hacia ver con sus continnos desvelos; mas sobrecogido aquel una vez, nunca pudo arrancar de su pecho la desconfianza que continuamente le atormentaba. Resolvió pues alejarse de un lugar en que se le figuraba no ver mas que traidores que le espiaban, y al intento se concertó con el hijo de Claudio, huérfano desvalido desde la prision inicua de su padre. Era Andrés el compañero de su infamia, y poca repugnancia le costaria sufrir con él un voluntario destierro, cuando veia que á sus ojos, despues de haber causado la muerte de su padre, á título de cubrir costas, malbarataban su herencia los mismos que se llamaban ministros de justicia. Apenas los dos jóvenes contarian quince años cada uno, cuando alejándose de la patria que los habia visto nacer, sin relaciones y sin recursos, se vieron en la precision de tener que vagar por los caminos mendigando la pública caridad. El desventurado Andrés era quien únicamente imploraba la compasion agena, repartiendo con su amigo el fruto de sus afanes. Si este tenia frio, él afectaba calor por tener un pretesto para ceder-

le la mitad de su miserable abrigo. Si menos acostumbrado que él á las privaciones, sentia algunas veces quebrantada su salud, Andrés ponia en contribucion á todos los médicos de los pueblos, y nunca faltaba pan para su compañero, aunque en el acto de mirar por su vida tuviese que separarlo del mismo borde de su hambrienta boca. Andrés, que por algunos años fue la única providencia con quien contó nuestro padre, se halla ahora en una cárcel acusado de haber dado muerte á la buena esposa de su mejor amigo. ¡Acusacion infame que si yo no desmintiera seria el mas ingrato de los hombres! Sí, Emilia; todas las apariencias que condenan á este desventurado, no son mas que cargos infundados que yo desharé en un momento sin comprometer la fama del verdadero criminal, porque entonces su deshonor nos pudiera salir muy caro. No me preguntes nada, porque este es un velo que jamás descorreré á tus ojos. Solo quiero que no tengas al infeliz Andrés por el homicida de tu madre, porque su fidelidad no lo merece, y porque tengo pruebas, que menos á él y á mi, á todo el mundo deben de ser estrañas, por las cuales puedo responder con seguridad de su inocencia. Andrés se somete con resignacion á los decretos del destino, porque no parece sino que toda su familia ha sido arrojada al mundo para participar de las continuas desolaciones de la nuestra. Nosotros, mas que nadie, debemos respetar su nombre, y aunque por ahora no podamos recuperar su gloria, por no menoscabar la nuestra, démosle un lugar debido en nuestro corazon, bendiciendo su memoria, y probándole con nuestro amor y respecto que no pagamos sus beneficios con el premio de los ingratos.»

«Luis resistió por mucho tiempo á los furiosos combates de sus remordimientos y sus pesares, pero al fin rindió el espíritu, al parecer tranquilo, en los brazos de Narciso su hijo único, muy niño todavia, pues cuándo acaeció la muerte de Ana, aun contaba muy pocos meses. Luis acabó sus dias sin murmurar su nombre á la hora de su muerte. Despues de la repentina desapariciclon de nuestro padre con Andrés, se

afanó en buscarlos, aunque en vano, sembrando como de paso la probable conjetura de que ambos podrian haber muerto dando cima á alguna calaverada. En las rocas de Trejulfe, ó en los torrentes que las separan, decia él, habrán hallado aquellos infelices el premio de sus locuras. Pero los cadáveres no perecieron; y lo que antes propaló como una duda, llegó á tenerlo él mismo por un imposible. Sin embargo le convenia borrar su recuerdo de la mente de los hombres, y nunca nombraba á los fujitivos, temeroso sin duda de resucitarlos. No es tan fácil empero apartar una memoria que nos corroe el corazon, como un nombre que solo nos estorba los labios, y por eso devoró en secreto el sentimiento de las venganzas que dejaba preparadas contra su hijo, si nuestro padre vivia; y asi en la duda de su muerte, aparentó una serenidad esterior á la que daba consistencia el hábito del disimulo. Tal era la fuerza de la costumbre en ahogar el recuerdo de su víctima, que ni al fin de su vida, cuando callan las pasiones para que hable la conciencia, se deslizó una frase de su boca que mostrase su arrepentimiento.»

«Quedó Narciso bajo la tutela de una tia suya, hermana de su madre, quien al hacer el inventario de los bienes que heredaba su sobrino, incluyó sin escrúpulo los que administraba Luis de nuestro padre, seguro de que este habia muerto, y poco recelosa de que nadie la pidiese cuenta de ellos. Confianza absurda, pues un dia se presentaron dos mendigos á reclamar la mejor parte de las fincas de la baronía de Salas, á las que decian tener derecho. No estaban tan mudadas sus facciones que algunos no conociesen en uno de ellos al lejítimo heredero de los Señores de Mora. Las leyes recobraron una vez su imperio, y el patrimonio de nuestro padre volvió á su dueño natural, con el resarcimiento de los intereses perdidos.»

Aqui cesó Julio de hablar para tomar aliento, y poco despues continuó diciendo:

«Narciso y tu tia tuvieron la restitucion por un despojo arbitrario, y juraron vengar aquel ultraje. No les valió ensa-

ñarse contra mi padre, porque su virtuosa severidad fue siempre una muralla donde se embotaron sus traicioneros ataques. Sufrieron reveses en su imponente encono, pero si se postraba su rencor era para erguirse mas encendido. Cansados al fin de sufrir derrotas, y estimulados por la ira, buscaron un muro mas débil para abatirle, y volvieron los ojos hácia mí; pero en mi pecho hervian los sentimientos de la defensa propia, despertados desde el principio por los consejos de mi padre. Era pues en vano persistir en la contienda, y al parecer cesaron en su pertinaz encono. ¡Mas ay! que cuando estaba entregado al mas intenso de los dolores; cuando cegaban mis ojos las lágrimas vertidas en homenage de uno de los deberes mas santos para el corazon del hombre; cuando el dolor sirve de pretesto para atraernos la consideracion de los demas, entonces ese infame, acallando los gritos del derecho y de la humanidad, sorteó mi indefenso pecho para herirme en el corazon. Te buscó á tí, débil y entonces desamparado depósito donde tenia guardada la inmaculada gloria de mis heredados blasones, y se gozó en desgarrar el lienzo purísimo en que estaban escritos, dándome á escoger entre la desesperacion y la muerte.»

—¡Qué desgraciados somos! prorrumpió Emilia avalanzándose al cuello de su hermano.

—Sí muy desgraciados, gracias á la rebelde hermana que desoyó mis súplicas cuando aun tenian remedio nuestros males. Acuérdate que en la última fiesta de San Antolin, separándote de Narciso, te dije en un tono que no debieras haber olvidado nunca: —«Emilia, por ser la primera vez que has hablado con ese hombre, me contento con separarte de él; pero advierte que la segunda te puede costar la vida.»

—Es verdad, hermano mio; yo crei que era un capricho: él tambien me lo aseguraba. ¡Si vieras cuantas promesa me hizo para alucinarme! Me dijo una vez que tenia proyectada una reconciliacion contigo. ¡Ah, si hubiera sabido que era

imposible!.... Pero yo todo lo ignoraba, y no tuve inconveniente en creerle, porque me engañaba el corazon haciéndome ver que era cierto todo cuanto él me decia.

—Tienes razon, pobre niña; ahora recuerdo que yo nada te dije, y no estraño que poniendo en juego todos los resortes de la seduccion, haya llegado á fascinar tu alma. Pero es menester que tratemos de remediar el mal con la dignidad que nuestro decoro exije, y al efecto necesito que me des palabra de encerrarte en un claustro para siempre. ¿Dudas Emilia?

—Lo que tu quieras, dijo Emilia entre sollozos, llegando el pañuelo al rostro para secarse las lágrimas.

—Necesito una respuesta categórica. Quiero saber tu última resolucion para tomar yo la mia. ¿Te resuelves á encerrarte en un claustro para siempre?

—Sí, contestó Emilia ahogada por los jemidos.

—Entonces llega á mis brazos, esclamó Julio estrechándola con la efusion mas tierna. Que venga ahora ese seductor con aire de proteccion como quien tiene en sus manos nuestra fama, y verás con que orgullo le digo:—«Caballero Narciso, la verdadera existencia de todos mis antepasados ha sido la honra; yo soy afecto á todo lo que ellos, y sin embargo no recibiria la honra de vuestras manos. Es decir que prefiriria la muerte á un enlace de vos con mi querida Emilia.»—Sí, si, hermana mia, aunque sé que él nos desprecia, tengo una satisfaccion en ver que lo mismo le despreciariamos, si por acaso él tratase de honrarnos. Voy á escribirle al punto, y tu autorizarás con tu firma cuanto yo le diga. Mañana despues de hacer los honores fúnebres á los restos de nuestro padre, saldré para Oviedo á señalarte el estrecho recinto que te ha de sepultar en vida, y aliviar en lo posible la suerte de dos infelices que jimen entre cadenas injustamente. Este último acto serán las mayores exequias que podamos tributar á su memoria. Adios mi adorada Emilia; consulta á tu corazon y piensa que vas á encerrarte para siempre.

¡Para siempre! añadió con marcada intencion volviéndose desde la puerta.

—¡Para siempre!! contestó Emilia dejándose caer desfallecida sobre el confidente.

¡Terrible suerte por cierto ver fallidas en un punto cuantas esperanzas habia concebido en el largo transcurso de su insensato cariño! Agena de tan imprevisto golpe, acariciaba Emilia las mas lisongeras ideas, forjándose un porvenir henchido de todos los placeres que tienen por fuente el candor y la inocencia; y al ver por tierra la pompa de sus palacios encantados, quedó transida del dolor mas intimo, sin columbrar en su amargura ni un resto del fulgor de sus pasadas esperanzas. Sumergida en un estupor profundo, permaneció inmóvil hasta que un criado con una carta de su hermano vino á sacarla de su aletargada enagenacion. Mandóle salir en seguida, y despues de verter abundantes lágrimas, volvió á enjugarse los ojos, como si quisiese reconcentrar su energía, y desdoblando la carta la leyó con aparente calma.

De Julio a Narciso.

«Acabo de recibir la vuestra, y á pesar del sentimiento que me ha causado su lectura, no me cabe poca satisfcacion en tener un motivo mas por el cual pueda satisfacer mis deseos, manifestandoos el hondo desprecio á que os considero acreedor. ¡Hazaña por cierto digna de ser publicada el haber seducido á una niña inesperta! No dejeis de contarla á todos vuestros compañeros en la primera órden del dia, pues seguramente que entre ellos no podrá menos de adquiriros la nota de conquistador. Sois los militares de hoy tan afectos á esta clase de victorias, que el que entre vosotros no cuenta un par de familias deshonradas, no se tiene por confirmado en vuestra órden; y á la verdad que para agregarse á semejante estado de vida, no pudierais presentar unos títulos mas propios.»

«Solamente os suplico que no afecteis tanto interés por la suertede mi hermana, pues podeis figuraros que lo que ha pasado entre los dos, no ha sido mas que una humorada sin consecuencias; y que por consiguiente las mismas causas de aversion existen entre nosotros que existian.»

«Ademas sois muy bajo por todos conceptos para que os honreis con el título de miembro de nuestra familia; y no creais que esto sea una acusácion hecha al aire, sino que tengo sobradas razones en que fundarla.»

«Primeramente, por lo que respecta á vuestro oficio de militar, he pensado muchas veces en la usurpada consideracion que la sociedad os dispensa, y no solo no he hallado una razon plausible para que holleis los saraos donde luce la cultura humana, sino que tengo muy poderosos motivos para creer que en una república medianamente gobernada no se os debiera permitir salir de los cuarteles. Os juro que me he avergonzado de ser hombre, al ver á tanto miserable enagenar su vida por un estipendio mas ó menos regateado. Vosotros, que sois lo mas escogido de vuestra comunion, teneis que rozaros por necesidad con lo mas ayeeto y despreciable que puede lanzar de su seno un pueblo corrompido, y asi es que no hay vicio de que no esteis contagiados. Reducida vuestra táctica á meras fórmulas, que el mas estupido aprende en ocho dias, abrazais una carrera en la cual no teneis que dar pruebas de un ingénio de que careceis, y gozando con ardor de sus fueros y prerogativas, defendeis su instituto, como que es la mas provechosa ocupacion de vagos.»

«La mas acertada disposicion estampada en vuestra ordenanza es la que os prescribe una ciega obediencia á vuestros jefes; y al jurar obedecerla, empeñais una palabra que solo es dado romper á los falsarios. Concedido esto, cuando un caudillo os guia á la batalla para sentar en el trono á un tirano que esclavize á vuestra patria, sois unos liberticidas; y si por quedar esentos de este oprobio, tornais la lanza hacia

el pecho del que jurasteis obedecer sumisos, faltais á la fé solemnemente prometida, quedando desde aquel instante inscritos en el libro de los hombres sin pundonor. De estos dos títulos podeis escoger aquel que mas os honre.»

«Cuando el verdugo acogota á un reo, libra á la sociedad de un miembro corrompido, condenado por los tribunales. Vosotros, nobles por escelencia, pasais por las armas, sin conocimiento de causa, á un infeliz que su único crímen tal vez será el haber tratado de evitar otro crímen del capitan que os manda. La diferencia del hecho solo consiste en el modo de ejecutarlo. Todo estriba en averiguar si el sofocar con un dogal, es menos noble que el traspasar con una espada. La distancia que entonces os separa es esactamente igual á la que media entre el corazon y el cuello. Algunos, y yo tambien, tememos menos ser horcados que arcabuceados, porque para lo primero se necesita que medie una sentencia justa, y para lo segundo basta con un injusto capricho.»

«Llega el momento de la victoria, y codiciosos de oro os aprovechais del botin, desgarrando las balijas de los míseros vencidos. Cierta clase de jentes suelen dejar algo á los robados para que sigan su ruta, privándose asi del horroroso espectáculo de los saqueados: vosotros dejais en cueros á cuantos se os rinden en el calor de la refriega, y nada os importa presenciar su desventura. Aquellos, ademas de esponer su vida, se hallan amenazados por el rigor de las leyes: vosotros no esponeis mas que la vida, y podeis despojarlos impunemente, sin que os pueda arrastrar á sus términos la justicia. Ya veis que en el parangon no salis nada agraviados. Todo es saquear á mano armada. Vos conocereis de parte de quien hay mas oprobio.»

«Solo una cosa veo en que hayais tenido acierto, y es en arrear con ricos atavios el cuerpo, á falta de nobles atributos con que engalanar el alma. El vulgo carece de los ojos del entendimiento, y solo ve lo que atañe al uniforme: por

eso vosotros le fascinais con el brillo de las placas y los entorchados. No os puede con todo columbrar el verdadero sabio sin traer á la memoria la fábula del asno cargado de reliquias.»

«Haciendoos algunas veces toda la justicia que mereceis, para borrar tanta afrenta habeis invocado el dulce amor de la patria. Bellísimo espediente si disimulárais mas el ansia de obtener grados y condecoraciones. Reasumid cuanto os llevo dicho, y envaneceos si os parece con vuestros honrosos títulos. ¡Dignos títulos por cierto de quien á tan bajo precio ha vendido su existencia!»

«No creais por esto que no os juzgo necesarios. Al contrario, pienso que una nacion sin hombres de cuyas vidas pudiese disponer á todas horas, estaria espuesta á mil contingencias con piratas esteriores, y á no menores revueltas con los bribones del centro. Con todo el ser necesarios no os da derecho á ser tenidos en mas de lo que valeis, pues lo mismo pudieran alegar los hombres del pueblo que desempeñan los oficios mas viles. Esto es con respecto á vuestra profesion.»

«Por lo que toca á vuestra alcurnia no os quiero empachar recordandoos ahora vuestro origen, pues en la relacion de tan noble ascendencia, tendria que mezclar una parte de vanagloria propia, trayendo á la memoria los beneficios que vuestra familia ha recibido de la mia. Ademas sé que por esta parte vos mismo os confesais de procedencia humilde, y por consiguiente ningun interés tengo en abatir á quien no se juzga enaltecido; y creedme que si os he baldonado por la clase á que perteneceis, es porque os engreis con una honra que estais muy lejos de merecer, pues no hay cosa mas insoportable que un orgullo irracional.»

«Sentados estos precedentes, conocereis que me es indispensable relevaros de todos los compromisos que hayais podido contraer con mi hermana, con quien he consultado largamente la resolucion que acabo de tomar. En cuanto á las

cartas de mi padre, que habeis tenido la bondad de remitirme, podeis hacer de su contenido el uso que mas os convenga, en la inteligencia que por ruin que sea no me cojerá de sorpresa.»

«Desconfio de poder avistarme con vos como he deseado al principio, pero si quereis tomaros la molestia de hacerlo conmigo, os esplicaré mas claramente las razones que llevo espuestas.»

La lectura de esta carta no hizo ninguna impresion en el ánimo de Emilia, y si estuviera bastante tranquila para poder juzgarla con serenidad, tal vez la hubiera hallado en demasía necia. Envilecer á una clase entera porque se desprecia á uno de sus individuos, solo puede ser obra del capricho de un demente, sin que puedan disculpar á Julio los resentimientos personales de que se dejó arrastrar. Afortunadamente, como se verá mas adelante, su mejor prenda no era el juicio, que estaba muy lejos de ser recto, y por eso sin duda no titubeó un momento en calumniar á los depositarios de la seguridad pública, y á los que se les da una espada con la alta mision de que con ella sostengan y aumenten el lustre de las naciones.

Muy lejos estaba Emilia de quedar satisfecha con la carta de su hermano. Las mujeres para acriminar tienen un modo mas sutil y no menos franco que los hombres, hablando á los sentimientos, mientras que estos pierden el tiempo en herir á la razon. El arte de tocar al alma tiene visos de artería, en tanto que el de derrocar el juicio es una honrosa batalla. Las mujeres sin embargo prefieren triunfar del primer modo, porque no es el pecado que mas sienten que las achaquen, el de la seduccion. Cojió pues la pluma, y escribió otra carta del tenor siguiente:

De Emilia a Narciso.

«Me habeis engañado inicuamente. ¡Necia de mí que al ver los distintivos que la patria os ha confiado, pensé que erais un hombre de honor! Mentisteis es verdad, pero yo no sé si vuestra alevosía me ha causado mas que dolor, desprecio hácia vuestra persona. Si con tan baja accion habeis querido amargar mi vida con un remordimiento eterno, os equivocais torpemente, porque esta desgracia me ha traido al conocimiento de mí misma, y no me arrepiento de haber cobrado la razon á costa de tan grande sacrificio.»

«En medio de mi abandono me queda la satisfaccion de que cualquiera otra en mi lugar hubiera sido seducida. Al comenzar nuestros tratos quise dar parte á mi hermano de los primeros síntomas del amor que me inspirasteis; pero vos os opusisteis haciéndome creer que aun no era tiempo, y yo con la seguridad de la inocencia no tuve inconveniente en esperar hasta mas adelante. Acordaos que al menor de mis favores siempre han precedido mil protestas de cariño por vuestra parte; y no fui yo ciertamente la que primero manifestó deseo de lejitimar nuestra íntima correspondencia. Vos fuisteis el que con un desvelo inaudito buscasteis medios de allanar cuantos obstáculos se oponian á nuestras secretas entrevistas, y vos tambien el que tomasteis á vuestro cargo el participar á Julio nuestro afecto, haciendo desaparecer mezquinas desavenencias que mediaban entre ambas familias. Si hubiera sabido que en vez de leves motivos como deciais, causas trascendentales tenian sembrado entre nosotros irreconciliables antipatías, me guardaria muy bien de dar oidos á palabras que ofendian la memoria de mis antepasados.»

«No contento con ser el pérfido autor de mi deshonra, habeis tenido la crueldad de participárselo á un hermano que en su primer arrebato era muy capaz de haberme dado la muerte. ¿Qué os he hecho yo, desventurada, que ademas

de mi fama exijis el sacrificio de mi vida? Si quereis hacerme desaparecer de la tierra porque mi nombre no sea la tremenda voz que alarme de continuo vuestros remordimientos, yo os juro por la sinceridad del amor que os profesaba, que esta será la última vez que el acento de esta víctima llegue á turbar vuestra criminal conciencia. Desde un rincon de un claustro desfogaré mi despecho en lágrimas estériles, pero no cesaré de rogar al cielo por que os dé el justo galardon de tan infame conducta. Os absuelvo completamente de cuantas obligaciones os puedan imponer las leyes humanas, pero apelando al último refugio de la inocencia ultrajada, remito á Dios el castigo de vuestro falso proceder.»

«Una horrible sospecha me acaba de agotar el poco valor que me quedaba para resignarme á soportar mi ignominia. Me hallo con fuerzas para sufrir el baldon de amante despreciada, ¿pero quién responderia de mi enerjía si tuviese que llevar otra carga mas insoportable todavia? Habria de condenar, como á mí, para siempre á no ver la luz del dia á un inocente que no habia tenido mas culpa al ser concebido que el que su madre hubiese creido en la existencia de vuestro amor? Os parece que le debiera arrojar al mundo, para que este le echase en cara la bastardía de su orijen, y que fuese el principio de una jeneracion que la sociedad cubriria de infamia eternamente? Si este ha sido vuestro objeto al empeñar la fé para engañarme, sois un mónstruo que solo os habeis contentado con llenar de oprobio á toda una raza ilustre, empezando por mí que representaba con orgullo la tradicional honradez de mis abuelos, y acabando por mi hijo que tal vez podrá ser en adelante el carcomido tronco de una vil jenealojía. Si, sois un mónstruo, á quien como amante desprecio, y como madre maldigo.»

«Nuestros mútuos compromisos quedan desde hoy divorciados para siempre. Si tal vez un resto de pudor ha conservado algun vínculo moral que todavia os una á esta desgraciada, desde ahora os restituyo el libre alvedrio para que

podais disponer de él á vuestro antojo. Mas todavia; os conjuro á que ni siquiera pongais el pensamiento en mi memoria, aunque sea para honrarla. De hoy en adelante todas nuestras conexiones serán las mismas que si no hubiéramos existido.»

«Pero si acaso algun dia..... despues de mucho tiempo... allá cuando ya no haya podido resistir al colmo de mi abatimiento: si entonces llamase á vuestra puerta un niño.....no para pediros un pedazo de pan como hizo vuestro padre con mi abuelo, si no para poner su horfandad á vuestro abrigo, pidiéndoos un apellido..... por Dios que no se lo negueis. Ved que es lo único que os ruego por la última vez de mi vida. El reconocimiento del hijo no volverá á anudar los lazos que os han unido con la madre. Si tal fuese vuestra jenerosidad, creedme que aun seria posible entre nosotros una reconciliacion en la vida eterna; los rencores de la amante no pasarán los lindes del sepúlcro..... La sombra de la madre velará incesantemente por la suerte de su hijo, y al que sustituya su cariño maternal con un afecto de padre desde la morada de la paz lo colmará de bendiciones!»....

Al llegar aqui soltó la pluma angustiada. No se atrevia á poner con su firma el sello á su desventura. Renunciar á la última esperanza es obra superior á las fuerzas de una niña que tiene por un castigo injusto el pagar un momento de olvido con una espiacion eterna. Pero al fin firmó, y la carta fue á su destino. Es preámbulo forzoso de nuestros males el saludarlos con ceño: mas al cabo nos resignamos á sufrirlos, porque no siendo bastante fuertes para repelerlos, nos cargan con ellos á nuestro pesar. Asi el hombre camina hácia el sepúlcro en lucha con su destino. Rehacio en tomar cuenta de las penas que le cupieron en suerte, tiene al fin que sufrir estas, y ademas el castigo de los réprobos. Emilia lloró mucho sobre la carta en que daba el último á Dios á su amante, pero sus lágrimas se secaron inútilmente, porque el llanto es el jérmen que peor fructifica. ¡Oh, si supiera las muchas que la faltaban por derramar todavia!

RUMORES Y NIEBLAS

Estaba la noche fria. La niebla cada vez mas densa ahogaba en su seno los resplandores celestes. Julio caminaba lentamente. Sin aguijar su caballo, le dejaba marchar á su antojo por el camino trillado, temiendo á cada instante desviarse de la senda trazada, y dar en algun derrumbadero. A cosa de media noche salió á los campos de Grado, y seguro de no encontrar ya precipicios, apresuró el paso con deseo de entrar antes de amanecer en Oviedo. Aun le faltaban dos leguas cuando distintamente percibió el rumor que formaba la conversacion de algunos que sin duda le precedian. Avanzó hasta reunirse á ellos, y como solo por el ruido podia medir las distancias, á pesar de no ver á nadie, conoció que caminaba á su lado. Ya se iba adelantando un poco, cuando creyendo escuchar su nombre, contuvo su caballo, el que se paró completamente. Por desgracia el fogoso animal era tan dócil á las menores instigaciones de su dueño, que á poco

que le aguijase media el terreno á escape, y con poco que le contuviese, se quedaba enteramente quieto. Asi Julio se atrasó gran trecho por detenerse á escuchar el motivo que mezclaba su nombre en aquel misterioso diálogo. Llevado de la curiosidad volvió á ganar lo atrasado, y si antes oyó su nombre, en este segundo avance no le quedó duda alguna que habia escuchado el de su padre. Un vivo interés le hizo amainar las riendas, y el obediente alazan se volvió á quedar plantado.

—Maldito seas! dijo el jinete para sí, y le arrimó un espolazo.

El caballo arrancó de nuevo, y entonces Julio escuchó de paso una voz de hombre que decia:

—«Pues yo estoy seguro que ninguno de los presos ha tenido la menor parte en la muerte de Margarita».....

El temor de adelantarse y de perder una sola frase le obligó á rehacer el freno, y aunque se hizo todo oidos no llegó á percibir mas que un sordo murmullo, perdiendo ahora por atrasado, lo que antes temió por adelantado.

Un segundo espolazo le hizo al caballo trasponer de pronto el camino otra vez perdido, y Julio oyó la misma voz que seguia diciendo:

—«¿Y cómo he de querer á sus hijos siendo ellos la principal causa»?....

Julio crispaba los puños de impaciencia. Con el ansia habia picado mas fuerte de lo necesario, y ya oia detras las voces, dejando de percibirlas cuando mas le interesaban.

Absorto en la idea de escuchar con una atencion absoluta, maquinalmente contuvo su caballo.

Se fueron acercando los viajeros, y Julio continuó escuchando.

—.... «Llenar pájinas y pájinas con los asuntos de Margàrita. Para mí no habia mas que espresiones comunes: algun recuerdo, alguna esperanza; de estas últimas muy pocas. A veces llegué á dudar hasta de vuestro».....

El viento que arreciaba empezó à formar ondas con el acento, no llegando á su oido mas que el diálogo casi á medias.

—....«Y vuelta con Margarita..... á veces con él..... no, creedme que el tal Julio.....»

Se impacientaba este con el aire, con la niebla, con su caballo, y con cuanto le impedia escuchar una conversacion que tanto le importaba. Ahora redobló su atencion con mas ahinco que nunca.

La voz seguia diciendo:

—....«Si, con Julio..... no lo niegues..... muchas..... creí que era algun».....

Viéndose Julio ya muy rezagado, no quiso perder el epíteto con que sin duda se le iba á regalar, y sin poderse contener arrimó al caballo un espolazo haciéndole arrancar á escape.

—«Loco»..... oyó al acercarse á los viajeros, y en seguida echó á rodar un bulto por no haber podido contener la furia de su caballo.

—Ay! esclamó una mujer á quien sin duda habia despeñado.

El tono de esta esclamacion sin saber por qué le hizo estremecerse todo.

Con gusto hubiera dado la vuelta para socorrer á aquella desgraciada, pero el temor de ser conocido le hizo sofocar sus nobles sentimientos, y se apresuró á llegar á Oviedo entre mortales angustias.

—¡Maldita suerte! decia Julio: aun no he llegado á la ciudad, y ya oigo referir mi historia. En cuanto el sol se levante me señalarán por las calles como á un objeto digno de la compasion y del desprecio de las jentes. ¡Ah, cuando cesará en su rigor el hado que me persigue!!

Y aun no empezaba á alborear el dia, cuando llegó á las puertas de Oviedo, donde se apeó para entrar silencioso como un fugitivo, y azorado como un criminal.

PRIMICIAS DE LA VIDA.

LIBRO SEGUNDO.

LA JENTE DEL FORO.

El ánimo preocupado suele trocar en energúmenos á las personas sensatas. De noche temen á los duendes; de dia á los hombres. Si alguno se les adelanta, creen que es para gritar: *que viene!* Si alguno se les atrasa, piensan que vocea: *á ese!*

El miedo es como la luz, que traspira hasta por los poros. Por eso el que está poseido de él tiene dos trabajos cuando lo disimula: se le ve el miedo, y el deseo de ocultarlo. Un medroso martiriza sus sentidos cuando los pone frente á la persona que teme. Si la mira cara á cara, sus mejillas se parecen á la cera; si la observa de reojo, no hay color de grana tan subido como el de sus orejas: si la vuelve la espalda, siente en el occipucio un escozor como si le amagase una cantárida.

Esto mismo sucedia á Julio los primeros dias de su llegada. Preocupado con la conversacion que oyó la noche que

entró en Oviedo, salia muy rara vez de su casa, imaginándose que cuantos pasaban por su lado decian para si: *este es aquel.*

Mas poco á poco se fue serenando su alma; y si al principio no salia mas que de noche, despues ya salia por las tardes, luego por las mañanas, y al fin salia como todo el mundo, cuando le daba la gana. Mucho mortificaba á Julio la memoria de sus pasadas zozobras. ¿Tener miedo á todos, por haber oido á uno contar su historia? ¡Qué vergüenza!

Para enmendar tal flaqueza, Julio desde entonces hablaba mas alto, accionaba con mas desembarazo, y miraba á los hombres de un modo tan particular que parecia decirles: *observe V. que no tengo miedo.* Y no lo tenia en efecto, mas tampoco habia por qué.

Ya con la calma necesaria para ocuparse de sus negocios, se fue un dia á casa del Oidor á enterarse de la suerte de los presos.

—Pase V. adelante, le dijo un criado haciendo una cortesia convencional en semejantes casos. Julio contestó con otra, y prosiguió andando hasta una sala de enfrente. Quedóse de pié en la puerta, y con una contorsion tan ridícula como la del criado saludó á una jóven que recostada en el sofá se entretenia en hojear unas cartas, dejándole por consiguiente sin contestacion.

—Señora..... se atrevió á decir Julio casi entre dientes para llamar la atencion hácia su persona.

A tan leve rumor se sobresaltó la jóven, y arrebujó en su falda los papeles, hasta que viendo á un hombre desconocido volvió á recobrar su compostura, y reportándose de su primera sorpresa.

—Caballero..... contestó en el mismo tono.

—Perdonad, continuó Julio, adelantándose como quien cuenta los pasos. Soy hijo de un intimo amigo del señor Ramirez; he venido á consultar con él sobre un negocio importante; me han dicho que no estaba en casa, y resuelto á esperarle, me introdujeron en esta sala, donde he tenido el gusto

de hallaros, y acaso el sentimiento de interrumpiros.....

—De ningun modo: tomad asiento, dijo Isabel haciendo que subia el pañuelo de los hombros para derribarle un poco.

Julio se sentó en seguida, tomando en su silla la postura mas desembarazada que pudo.

Quedaron uno en frente de otro tan silenciosos y distraidos como si estubieran solos. El modo de entablar conversacion entre dos que no se han visto nunca, por mucho talento que medie por ambas partes, es menester que peque de muy necio, ó á lo menos de muy indiscreto. Con la benevolencia en el rostro se miran é incitan mútuamente, deseando que el uno hable, seguro de que aunque diga lo que quiera ha de hallar asentimiento en el otro, pues ambos tienen un *sí* colgado de los labios en remuneracion del que antes manifieste una ocurrencia. Algunos en tales casos, habiendo diverjencia de opiniones, á lo mas, se atreven á emitir su parecer vagamente; y no faltan otros que, aunque se siente una verdad inconcusa, la niegan rotundamente, con el objeto de tomar pie para seguir hablando, pues mas quieren parecer dementes que hombres á quien nada se les ocurre.

Pasaron muchos instantes en un completo silencio, hasta que viéndose ya en ridículo Julio se aventuró á decir algo.

—¿Sois parienta del Sr. Ramirez?

Despues se mordió los labios seguro de que habia dicho una necedad, pues á él nada le importaba saberlo.

—Prima, contestó Isabel balbuciente, como si ignorara el parentesco que los unia.

Quedó esta un poco colorada, y aquel bastante disgustado del laconismo de su interlocutora. Habia hecho un esfuerzo de inteligencia para hacer una pregunta de que no quedaba satisfecho, y ahora tenia que reconcentrar de nuevo sus facultades intelectuales para hacer una segunda edicion de su primera simpleza.

Afortunadamente Isabel le escusó de este trabajo.

—¿Venis para mucho tiempo?

Julio se tranquilizó del todo. La pregunta de Isabel era por lo menos tan indiscreta como la suya, y los habia igualado hasta no tener ya nada que echarse en cara.

—Eso depende del jiro que tomen mis negocios. De cualquier modo pienso detenerme aqui algun tiempo, porque me han recetado los facultativos como medio hijiénico la distraccion y la variedad de climas. Ademas he adquirido algunas relaciones siendo estudiante en esta universidad, y faltaria á un deber no tomándome el tiempo oportuno para renovar las protestas de mis primeros afectos.,..

No todo lo que decia Julio tenia visos de cierto, pero algo se ha de perdonar al inocente deseo de hablar solo por decir algo. La conversacion tenia que jirar sobre cualquier cosa, y asi no es estraño que Julio dijese cualquier cosa para entablarla. Isabel por su parte no necesitaba tanto para discurrir en terreno firme, y echando mano de la palabra *afectos*, dió interes al diálogo, convirtiendo en palenque el corazon.

—Cierto, dijo, que los verdaderos *afectos* nunca se olvidan, y mas si son los primeros. Vos sois muy jóven todavia, y como los jóvenes no reprimen sus inclinaciones serán tantas las simpatias que tendreis que renovar.....

Tenia Julio harto despejo para echar por el atajo sin caer en el absurdo de una brusca transicion, y tomando el tono de una intencion marcada, acabó de localizar la cuestion personificándola en si mismos.

—Es verdad que tengo añejas simpatias muy gratas para mi corazon, pero creo que otras nuevas pudieran ser mas poderosas para detenerme con vínculos mas fuertes.....

Este supuesto con caracteres de declaracion empezó á ponerlos de intelijencia, y por mas que Isabel bajó los ojos, no pudo disimular que le habia comprendido.

Estaba esta adornada con sencillez: un lijero vestido blanco, un pañuelo de gasa por el cuello, y una flor que asomaba entre el cabello, era lo único que resaltaba en su tocado, haciendo gracia á las prendas naturales de atavíos

llevase á efecto su proyectado enlace con Antonio, determinó hacer testamento en el que la dejaba por heredera, siempre que en un término dado se casase con el que la estaba prometido; y que de lo contrario, trascurrido el plazo prescrito, le dejaba á Antonio dueño absoluto de sus bienes, tratando de este modo de resarcir con dinero el empeño que habia contraido prometiéndole la mano de su sobrina. Sabedora Maria de esta última resolucion, ni por eso se dió prisa á cumplir la palabra de su tio, permaneciendo indiferente al lado de Margarita. Antes de espirar el plazo, murió desgraciadamente el honrado Montañés, sin que cerrasen sus párpados mas que las manos del cariñoso y desdeñado Antonio. Este al participar la infausta nueva á Maria ponia á su disposicion la cuantiosa herencia de su amigo, sin hacer mencion siquiera de la cláusula del testamento en que le declaraba con derecho á los bienes, siempre que ella se negase á darle su mano.

Todo lo que en seguida hace relacion á los amores de Antonio con Maria, está intimamente ligado con el cuerpo de la historia, por lo que se dirá de paso, sin mencionar su fin, que constantemente enamorado de ella sufrió muchos tormentos y desengaños. Nacido en una baja esfera, no habian estragado su corazon los ayos y los preceptores formando un hombre para el mundo, y asi es que lo conservaba puro. Primero quiso á Maria porque se lo mandó su padre, luego la amó por inclinacion, y mas adelante la adoró como á la dulce compañera que estaba destinada á hacer la felicidad de su vida; y de este modo lo que al principio fue una obligacion, llegó á ser la primera necesidad de su existencia. Sin seguir mas máximas que los impulsos de su corazon, fundó el complemento de su dicha en la posesion de Maria, y asi es que en medio de los goces que le proporcionaba una fortuna independiente, siempre halló un vacio en su alma que trató de llenar con estóica resignacion á costa de muchos años de sacrificios. Ignoraba que cuando en el mundo nos falta algo pa-

dando la ocasion de tomar venganza de los ultrajes que ha recibido de ella.

Siguieron hablando sin abandonar un punto el tema propuesto, y aunque hacian sobre él infinitas variaciones, siempre venian á parar al mismo asunto con el mismo tono, imitando en sus conclusiones á los indispensables finales de aria.

El ruido de una campanilla tocada de cierto modo, hizo á Isabel levantarse con presteza, y recojiendo de improviso las cartas esparcidas sobre el sofá, se dirijió ocultándolas hácia el gabinete inmediato.

Consecuencia necesaria del que con señas imprudentes da lugar á que el enemigo se ponga alerta.

Al entrar el Oidor Ramirez, ya le aguardaba Isabel de pie junto á la puerta, á la que saludó con un ademan todavia no admitido para delante de jentes.

Una retirada de esta le hizo volver en si, y advertirse de la presencia de Julio, á quien encarándose con altivez.

—Servidor, dijo acompañando su saludo de una venia que de todo carecia menos de afectacion.

Isabel avergonzada se retiró en seguida, mientras que Julio tomó la desenvoltura por una chanza de primo.

La persona del Oidor indicaba por su elevacion gran flogedad de talento, al mismo tiempo que mostraba ser á propósito para cortejante de profesion. Los hombres para las mujeres se miden de los pies á la cabeza, mientras que los hombres para la sociedad se miden por la estension de la frente.

—Sentaos, añadió luego sin escasear las cortesias.

La majestuosa facha de Ramirez no dejó de imponer el apocado ánimo de Julio, quien en aquel momento se admiraba de la poca armonia que reinaba entre la compostura de su aspecto fisico, y el desconcierto moral del estravagante autor de la carta de su padre.

—¿Podré saber en lo que debo serviros?

—Me llamo Julio de Mora.....

—Como! ¿seréis acaso el hijo de mi íntimo amigo? ....

—Y muy servidor vuestro.

—Sea por muchos años. Aprecio en estremo á vuestro padre.....

—Mi padre ha muerto.

—¡Ha muerto!

—Hace dias que he tenido el sentimiento de quedar huérfano.

—¡Qué lástima! añadió Ramirez con un aire de compasion estúpido.

Quedose Julio pensativo, y el Oidor haciendo que pensaba. En el rostro del primero se veia pintada la tristeza, y en el del segundo la violencia de afectarla.

Por fortuna la entrada de un nuevo personaje sacó á Julio y á Ramirez de un estado tan doloroso, para aquel por lo sensible, y para este por lo escepcional.

—Felices, dijo un botarate entrando como los torbellinos, de repente.

Por la vaguedad del saludo se conocerá que el saludador era uno de esos entes que no paran jamás la atencion en saber qué hora es. *Felices* pueden ser dias, tardes y noches. Hay términos tan socorridos que nos eximen del trabajo de saber una porcion de cosas.

El Sr. *felices* no tenia nombre: al menos en Oviedo muy pocos lo sabian; ni sus amigos íntimos. Si se hablaba con él se le llamaba *marqués*: cuando se hablaba de él *el marquesito*: el vulgo que no oia hablar de él, y que solo veia sus maneras, le llamaba *el loco*.

No era tan loco sin embargo como se decia. Es verdad que al parecer lo era rematado, pero la mitad de su locura era natural, y la otra mitad ficticia. Escudados con aquella, muchos se reian de él impunemente; abroquelado con esta, se reia él de muchos á mansalva. Dividida en dos partes su locura, si con una perdia, con la otra especulaba. Era un loco á medias, con quien todos salian á ellas. Si alguno le in-

sultaba ya sabia que no tenia que incomodarse, porque sin duda habian dado pié para ello *sus cosas*: si él insultaba á alguno, tenia que sucederle lo mismo, pues quedaba esento de todo oprobio solo con esclamar: *¡cosas suyas!*

—Ola! dijo Ramirez alargando la mano al marquesito, tengo el gusto de presentarte á un sobrino de tu amigo Valleameno.

—Lo celebro, contestó el loco; ya le habrás dicho que su tio se ha fugado de la cárcel.

—Cómo! esclamó Julio tan gozoso como sorprendido.

—Si, se ha fugado, continuó el marquesito; ó por mejor decir le han dejado fugarse. Los curiales que entendian en su causa pesaron el gusto de verle ahorcado con el dinero que se les ofrecia, y advirtiendo que este inclinaba notablemente mas la balanza, se decidieron por él, y le proporcionaron la fuga. Bien es verdad que el alcaide está preso; pero en cambio su mujer lleva vestido nuevo. Ya se empiezan á propalar vozes de que está inocente: pronto le echarán á la calle, y con que se achaque la fuga á un *caso fortuito* hé aqui que los señores curiales ya *cubren el espediente*. Esta jente comete cualquier maldad con tal que halle un pretesto con que cubrir el espediente. ¿No es verdad Ramirez?

—Cosas tuyas! prorrumpió sonriéndose el Oidor.

—Cosas mias indudablemente siguió el impertérrito marquesito; no sé yo que hasta ahora otro alguno haya despreciado tanto á toda la ralea judicial. Este sagrado poder que solo debiera estar conferido á la sabiduría y á la virtud, anda en manos de intrigantes y de pícaros; no porque esto pueda tener remedio, pues no hay en el mundo entero bastantes sabios y virtuosos como curiales se necesitan para solo el rincon de una provincia. Cometed una injusticia, dirijios á un abogado, y vereis como os dice:—«No teneis razon, pero se hará lo que se pueda.»—y desenterrando códigos, multiplicando fórmulas, y falseando los principios de la sana moral con argucias mas ó menos injeniosas, aunque seais

un bribon *confeso*, prueba que sois un inocente *convicto*.

Ramirez se reia mucho de las locuras de su amigo: mas no le sucedia lo mismo á Julio. Aquel, ó le parecia que tenia razon, ó no se queria tomar el trabajo de rebatirle: este, con el ardor é impericia de todos los aprendizes, tomó la defensa de una carrera que él habia comenzado.

—¿Y podreis negar la consideracion á que es acreedora la majistratura? dijo en un tono forense, ó como si dijéramos prosopopéyico.

—De ningun modo, le interrumpió el marquesito; la majistratura es acreedora á una alta consideracion, mas que por el decoro que tiene, por el que debiera tener. Desengañaos Sr. D..... ¿Cómo es vuestra gracia?

—Julio, contestó este algo amostazado.

—Pues desengañaos, Sr. D. Julio; la paz de los pueblos está en razon inversa del número de ministros de justicia. Cuando veais algun curial, desde un alguacil hasta un majistrado inclusive, podeis decir sin miedo de engañaros: — «Ahí va un perverso que se moriria de hambre el dia que los hombres llegasen á ser buenos; y asi es que está en su interés hacerlos peores todavía. Ese pajarraco es un buitre que, si defiende del lobo alguna obeja, es para chuparla la sangre.»—Creedme, vuelvo á repetir; yo he pleiteado muchísimo, y como no estoy *descalzo*, siempre he tenido razon; y si no la he tenido, siempre he salido bien. Digo bien á pesar de que el paciente que tiene la desgracia de caer bajo la jurisdicion de estas hienas consentidas, aunque salga con vida, siempre deja la piel entre sus garras. Y á propósito de esto, recuerdo el chasco de aquel pobre paisano que litigando por una ruin herencia de veinte duros, encontró á su procurador que le dijo:—Ha ganado V. el pleito.— Siempre Dios vuelve por la inocencia, esclamó el paisano con una exaltacion anjélica. — En pagando V. las costas, ya puede entrar en posesion de su herencia. — ¿Y á cuanto ascienden las costas? — A quinientos reales sobre poco mas ó

menos.—¿Es decir, replicó el pobre hombre, que tengo que dar cinco duros encima de lo que vale la hacienda?—Si Señor; pero ha ganado V. el pleito.—Nada es comparable al terror que inspira el nombre de la justicia. Entrar esta en una casa, es lo mismo que entrar á saquearla legalmente. Yo he conocido á uno que, mediante un poder, compraba deudas por un ínfimo precio. Este bribon lo entendia: entablaba la demanda; si perdia el pleito, apelaba: si volvia á perder, apelaba en segunda instancia: y por último, cuando menos, lograba una transacion, en la cual siempre salia ganando. Una institucion que presta armas tan alevosas para que un estafador ó un intrigante pueda á cualquier hora poner en conflicto á una familia honrada, es una prueba inequívoca de que la sociedad que la tolera, mas que guiada por un destino, camina arrastrada por el acaso. Siente el cáncer que la devora el corazon, pero no acierta á poner remedio. Los seres infectos que agravan esta gangrena son halagados como los perros tocados de la hidrofóbia, que les dispensa el temor las caricias que les escatima el afecto. Dénme los códigos de un pueblo, y yo diré hasta que punto goza de libertad, y marcaré el grado hasta donde raya la moralidad de sus majistrados. Dentro de algunos siglos cuando se lean los nuestros, infaliblemente se deducirá que nuestra legislacion era el escándalo de la civilizacion, y sus autores y ministros el azote de la humanidad.

Julio determinó ausentarse, ó por no cometer la profanacion de escucharle, ó por gozar en silencio de la fuga de su tio, que tanto convenia al objeto de su viaje, y por eso en cuanto el marqués concluyó su periodo,

—Con vuestro permiso, dijo levantándose,

El marquesito que adivinó su disgusto hizo vagar por su rostro una sonrisa maligna.

Aquella sonrisa hizo en Julio el efecto de una escarificacion.

Ramirêz salió á acompañarle hasta la puerta, y en el recibimiento encontraron á Isabel que pasaba por casualidad. ¡Casualidad por cierto!

—Esta casa está á vuestra disposicion, dijo Isabél á Julio en un tono que decia traducido al lenguaje del sentimiento: «Tendré mucho gusto en volver á veros.»

—Si, esta *choza* está á vuestra disposicion, siguió el pedante del Oidor enmendando su torpeza.

—Tendré el honor de volver á veros, contestó Julio con intencion.

¡Qué bien traducia Julio!

—Gracias, dijo Isabel.

—Gracias, siguió Ramirez.

—El honor será nuestro.....

—Oh! si, el honor será nuestro.....

Julio hizo una cortesia ni bien vulgar ni bien culta, y comenzó á bajar la escalera.

Ya iba á perder de vista la puerta, cuando alzando los ojos vió á Isabel que estaba mirándole al parecer estasiada. Aquella mirada hizo tal estrago en Julio que se arrimó á la pared por no rodar la escalera.

¡Pobre muchacho! Si él comprendiera la teoria de las miradas, sabria desde aquel momento que Isabel era, ó una enamorada muy necia, ó una comedianta muy ducha.

LA JENTE DE IGLESIA.

I.

LO QUE SON DOS CURAS.

—Si Señor, decia el canónigo Siñeriz á Julio á quien habia convidado á comer aquel dia. Si Señor, el tal Pertierra, vuestro cura párroco, era un perillan de marca mayor.

—Sin embargo, sus virtudes.....

—Eso mismo os probará que ha sido un galopin. Ningun hombre es malo ó bueno toda su vida, y asi es que cuando veais un anciano hipócrita ó virtuoso, podeis asegurar que de jóven ha sido un bribon, y vice versa: algunas veces os equivocareis, pero serán las menos.

—Partiendo de ese principio no haceis entonces con mucha piedad vuestra apolojia, porque tengo entendido que hasta que os ordenasteis vuestra conducta ha sido ejemplar, por consiguiente si cuando jóven habeis sido bueno, ahora que sois adulto.....

—Tambien habreis oido decir que no hay regla sin escepcion: y apropósito de escepciones, esceptúo á Pertierra,

si asi os place, del número de los malos; pero lo que no me podreis negar es que su ama siempre ha sido, es y será una grandisima perdularia.

— La Señora Doña Andrea.....

— La Señora Doña Andrea es una gazmoña peor que la Magdalena. Afortunadamente sé su historia desde que venia á vender coles á Oviedo, hasta que llegó á ser ama de cura, y por consiguiente puedo hablar de ella con mas seguridad que vos, pues probablemente solo la habreis visto darse gol pes de pecho. — «Señor de Siñeriz, me dijo un dia por la mañana despertándome, aqui traigo estas cartas amorosas que le he cojido á vuestro amigo Pertierra, y si le volveis á aconsejar que no me lleve por ama, se las remito al Obispo en cuerpo y alma para que sepa todos vuestros gatuperios.»

— Figuraos si la tal Andrea será una mujer estúpida. Solo al diablo se le ocurre dar semejante campanada á los tres meses de estar ordenado *in sacris*: no porque las cartas tuviesen nada de particular, pues todas eran felicitaciones de amigas intimas que se congratulaban en mis adelantos, pero como sabeis que la malicia humana..... En fin os aseguro que Andrea es una mujer estúpida.

— Ahora caigo en que ella tampoco os tiene en el mejor concepto, pues recuerdo que al despedirme me dijo para vos en un tono bastante irónico.....

— Alguna necedad indudablemente.

— Advertid al Señor canónigo que si aun me conserva algun rencor, que yo soy mas jenerosa; y en prueba de que le perdono le direis que no os he contado ninguna de las escandalosas aventuras de la *trucha del Nalon*: rogadle que os la enseñe, y solo le preguntareis de mi parte si la han mermado las agallas.

— Ya veis como Andrea no sabe hablar mas que diciendo necedades. Si vos conocierais á la respetable Señora a quien llama *trucha del Nalon*, vierais la virtud misma calumniada por una harpia. Casualmente se halla en la actua-

lidad tomando aires en una aldea inmediata, y no tendreis el gusto de verla; debeis sentirlo, porque es una mujer como hay pocas. Yo la quiero como á una madre, y ella por su parte me cuida con un esmero como si fuese su hijo.

Antes de pasar adelante debo decir dos palabras acerca del carácter del canónigo, y del de otra persona que aun no desplegó sus labios, aunque hizo sobrados mohines.

Ocupaba D. Pedro Siñeriz la cabezera de la mesa, puesto que indudablemente pertenecia á Julio, pero que el bueno del canónigo no lo hubiera cedido ni al mismo Rey; pues hay jentes tan vulgares que al decir *amo de casa* creen que nombran á un ser privilejiado con derechos intransmisibles. Amo de casa es para ellos un bajá investido por el mismo cielo, y que no tiene facultades para dispensar á nadie de las ovaciones que de derecho se le deben. Esto solo sucede entre cierta clase de jentes, pero entre las personas de alguna educacion el amo de la casa es el criado de todo aquel que se digna honrarla con su presencia. D. Pedro Siñeriz pertenecia á los de la primera casta, y asi es que al sentarse á la mesa no se le ocurrió ofrecer á Julio siquiera por ceremonia el sitio de preferencia. Despues de apoltronarse el primero en su sillon de respaldo, hizo que Julio y su sobrina se colocasen á su lado, uno en frente de otro, para no tener que levantar mucho la voz, ni volver la cabeza demasiado al dignarse dirijirles la palabra. Se supone que á la mesa solo salian los manjares que al amo le gustaban, y que nadie mudaba plato hasta que el amo alargaba el suyo, despues de haber saborcado la que contenia con aquella mansedumbre del que se propone comer y dijerir á un mismo tiempo. Solo de una incomodidad hacia gracia á sus convidados, y era que delante de él nadie se habia de tomar la molestia de quitar los tapones á las botellas. Doña Rosa, el ama á quien Andrea llamaba la trucha del Nalon, solia decir que esto era un capricho, pero en mi concepto esto era por probar él los licores primero que ninguno.

Para formarnos idea del canónigo, es menester describirlo á partes, delineando primero su aspecto físico, y bosquejando en seguida su caracter moral, tan independientes uno de otro que en él habia dos naturalezas distintas, una material y otra incorpórea, sin ninguna relacion entre sí.

Tenia lo que todos entendemos por buena estampa, aunque un tanto abotargada ya por su manía de probar licores y saborear manjares. Cualquiera á primera vista decia que era buen mozo; pero á la segunda ya adivinaba que era un gloton. Este vicio, que solo produce ensanches, habia rellenado completamente las quiebras de un talle esbelto y flexible que le habia granjeado una inmensa popularidad entre todas las beatas de su tiempo.

Don Pedro creia en el arca de Noé, en la infalibilidad del Papa, en la predestinacion, y en cuantas adiciones y pegotes se han dignado arrimarle al dogma cristiano, concilios, teólogos y padres de la Iglesia. Jamás se ocultaba el sol sin que él hubiese mascullado su rezo diario. En las ceremonias eclesiásticas en que era necesaria su presencia, Siñeriz acudia primero que ninguno, y sin jénero de duda con mas fé que cualquiera de sus cólegas. El adoptó el rito tal como se lo entregaron, y nunca se entrometió á mutilarle con impertinentes observaciones. Le digeron *cree*: D. Pedro *creyó*; y aqui paz y despues gloria.

Pero preciso es decirlo. A vueltas de este olor de santidad el canónigo era un pecador mas que mediano: verdad es que no lo podia remediar, pero el hecho es cierto. Si era un dia de vijilia y se le antojaba ternera, en vano recordaba que la Iglesia se la prohibia; la pedia su estómago, él se alarmaba, y escudado con las prerrogativas concedidas á los enfermos, la ternera era condimentada. Nunca le faltaban antojos, pero tampoco pretestos. Cada sentido en él era un vasallo convertido en Rey; se habian roto los ramales que los unian á la voluntad, y hacian su gusto sin restriccion ninguna. D. Pedro conocia todo esto, y lo lamentaba. ¡La-

mentos vanos! Aquella alma no era de aquel cuerpo. Su parte moral era la de un ánjel, pero su parte tanjible era tan endiablada como la de cualquier hijo de vecino. Por eso he dicho que en él habia dos naturalezas distintas sin ninguna relacion entre si, una material y otra incorpórea.

Por lo demas cualquiera se podia honrar de que le llamase su amigo. Una cualidad especial le distinguia de los demas hombres y es que la amistad era para él, lo que debe ser, una cosa santa. Julio se le habia presentado con una simple recomendacion de un antiguo compañero suyo, y á escepcion de algunas distinciones que no sabia conceder á nadie, como la de dar á probar los licores etc. no tenia absolutamente nada de que el recomendado no pudiese disponer. Una cosa estrañarán mis lectores, y es el rencor que conservaba á Andrea, el ama de su amigo, despues de tantos años. Esto merece una esplicacion, muy por encima por supuesto, porque hay esplicaciones que pueden afectar dolorosamente estados tan respetables como los de un canónigo y un cura.

LO QUE SON DOS AMAS.

Pertierra y Siñeriz habian estudiado juntos. Aunque de unas familias medianamente acomodadas solo les pasaban lo preciso para comer Esta tacañeria de algunos padres respecto de sus hijos cuando están ausentes, les reporta la ventaja de encontrarse con algunos doblones mas al cabo del año, pero en cambio envilecen á los mismos que tratan de ennoblecer. Precisados á rozarse con jentes de cierta estofa, jamás llegan á despojarse de ciertos resabios vulgares. Cuando un jóven llega á poner en accion los recursos que su ambicion le sujiere, encaramándose de tramo en tramo hasta llegar á la cumbre de la escala social, entonces es menester que le ayuden, ó al menos que no le estorben; y el que por casualidad tiene la desgracia de que le aten á una ruin esfera conexiones tan plebeyas como las que habian contraido Pertierra y

Siñeriz, es poco menos que imposible que se desprenda de ellas totalmente, pareciéndose á un ave á quien hubiesen enlodado las alas por temor de que volase demasiado, y cuya fatal precaucion le condenase á mal andar para siempre fuera de su elemento nativo. Por dos reales diarios tenian ambos amigos un camaranchon abuardillado, que la patrona llamaba cuarto; un jergon no muy lleno de hojas de maiz, donde hacian de mantas los manteos de los huéspedes; y un candil que por poner nombre á todo la patrona le nombraba luz, y que apenas el sain que contenia daba tiempo á que los estudiantes se dijesen *buenas noches*.

En cuanto á la bucólica corria por su cuenta. Pertierra como el mas bueno, ó por mejor dicho el mas simple, era el encargado de los negocios esteriores. El compraba las habas, las berzas, las patatas, é iba todos los dias á la fuente por un botijo de agua. Estas ocupaciones, repetidas diariamente, le habian hecho contraer relaciones como las de Andrea que efectivamente era una verdulera, y no de las menos descaradas. Siñeriz como el mas socarron, es decir como el mas tuno, se habia decidido por los negocios interiores; y asi es que á fuerza de tiempo llegó á componer un guisado tan bien como el mejor cocinero. De una cosa se asombraba Pertierra y es de que él nunca compraba especies, y los guisados de Siñeriz siempre las tenian. Al fin conoció que obraba de acuerdo con la criada de la patrona, y que en cambio de afectos ella le franqueaba las especies. Esta criada con el tiempo llegó á llamarse Doña Rosa, que á decir verdad no habia nombre que menos la conviniese. Cuando Siñeriz estaba á punto de concluir su carrera fue poco á poco desentendiéndose de Rosa, y ella que ya veia próximo el fin de su reinado determinó hacer una que fuese sonada. Al efecto un dia á orillas del Nalon, se descalzó, (sin duda por no mojarse los zapatos) y se internó en el rio lo menos media cuarta: entonces se puso á llorar como una desollada, y haciendo que metia la cabeza debajo del agua, gritaba que

la dejasen ahogarse que estaba desesperada. Mas sea que ella no tuviese mucha gana, ó que algun transeunte la convenciese de lo contrario, el caso es que Rosa no se ahogó, y que Andrea desde entonces comenzó á llamarla la *trucha del Nalon*. Rosa y Siñeriz decian que el apodo era una necedad, pero algun mérito tendria cuando llegó á popularizarse entre todas las domésticas sus comtemporáneas. Por este exordio ridículo conoció Siñeriz que Rosa estaba decidida á representar un melodrama de grande espectáculo en que él fuese el protagonista, y por no ser envuelto en la catástrofe determinó con mejor acuerdo llevar á Rosa por ama.

¿Mas cómo, se me dirá, con tan ruines elementos logró Siñeriz alcanzar una canonjía? Se reirá el lector si le respondo que por una bobada, pero precisamente le responderé la verdad.

Alarmada la prostituida córte de Carlos IV con el espíritu reformador que empezaba á cundir entre sus súbditos con el ejemplo de la revolucion francesa, acojia con notable agrado cuantas ideas se encaminaban á sofocarlo en su jérmen. Uno de los que con mas provecho propio combatieron los nuevos instintos, fue el bobalicon de nuestro Siñeriz, teniente párroco á la sazon de uno de los mas insignificantes pueblecillos del principado de Asturias. Era, aunque algo obtuso, un poco dado á la literatura.—«Señor,» decia al Monarca en una esposicion que tuvo la necedad y la dicha de dirijirle, «Dios hizo los Reyes y los pueblos, (estupenda verdad de Pero-grullo!) los Reyes para que manden, y los pueblos para que obedezcan: (y para qué habrá hecho los necios?) por consiguiente á vuestra majestad toca mandar, y á nosotros obedecer. Los que quieren la república no quieren al Rey, (¡olá!) y contravienen á lo dispuesto por Dios. Asi Vuestra Magestad haga una higa á todos los que no le quieren, y como dicen los chicos en mi tierra: Anton perulero, cada cual atienda á su juego.»—Este ensarte de vulgaridades que debieran haber sido causa para

que á su autor por lo menos se le separase del gremio sacerdotal, le valió al obscuro teniente párroco la friolera de una canonjia. Prueba irrecusable de que el favor siempre acompaña al mérito.

LO QUE ES UNA SOBRINA.

Hablemos ya de la sobrina.

Rita (porque se llamaba Rita) era una de esas personas que en el cuerpo comun de una familia son una verdadera exuberancia; entes cuya partida de bautismo debe estar tan escondida como la piedra filosofal. Tales individuos siempre son hijos de un hermano ó hermana del que les sirve de padre, y que por lo regular estos hermanos han muerto no se sabe en donde ni en qué época. Comunmente los que estan mas privados de tener hijos, son los que tienen la desgracia de recojer mas huérfanos de unos hermanos suyos que nadie ni por casualidad ha conocido. ¡Desgraciados!

Rita era una belleza vulgar. Belleza y vulgaridad suelen ser cualidades que siempre están encontradas, pero en ella estaban perfectamente unidas. Sus facciones en estremo lindas formaban un conjunto que en la mayor parte hacia una impresion fria, en algunos pasadera, y en muy pocos agradable. Su talle era bastante esbelto, pero por mas dúctil que fuese para estrecharse, en cuanto á quebrantarse era inflexible. Dócil á todas las exijencias del corsé, jamás llegó á ser un gozne sobre el cual jirasen el pecho y las caderas con una completa independencia. Carnoso, y hasta pequeño, su pie agradaria mucho suspendido en el aire, pero fijo en el suelo carecia de elasticidad. No era de aquellos pies que no gastan el zapato mas que por el tacon y por la punta, que la alfombra mas fina les hace saltar de cosquillas. Bonito, pero inanimado, no pisaba esquivándose, se aplastaba.

Quien haya visto una sola vez en su vida alguna muchacha educada en colejio ó casa de pension, desplegar sus

atractivos para cautivar al primer zoquete que se la presenta, inferirá las muecas inverosímiles con que Rita se daria tormento para llamar la atencion de Julio. Estas inespertas parvulillas conocen el amor por los libros que á hurtadillas han leido, y á la primera ocasion hacen parodias ridículas de unas acciones mas ridiculas todavia. Leen por ejemplo en una novela;—«sentada Isolina frente á Teobaldo, al arrojar en el plato un hueso de aceituna, recibió de él una de esas miradas en que van empapados años y años de inútiles deseos, y herida de tan imprevista centella, alzó la vista estasiada..... etc. etc. etc.» Salen entonces de su encierro, las mira cualquiera que las ve, y ellas acordándose del éstasis de Isolina, ponen los ojos en blanco, y si el que las mira tiene sentido comun se ríe de ellas, etc. etc. etc.

Rita iba muy pocas vezes á ver á su tio: y digo tio á pesar de que Doña Rosa publicaba por todas partes que no era su sobrina. La pobrecilla no salia de la pension para hacer compañía á su tio, ó no tio, mas que cuando Doña Rosa se marchaba á tomar aires. ¡Qué cuadros tan inesperados se presentan á nuestra mente á la sola emision de una palabra inspirada! *¡Tomar aires!* Hé aqui una novela completa para todos los entendimientos perspicazes.

Y volviendo á anudar el hilo de la conversacion.

—¿Con que vuestra hermana, seguia el canónigo, se empeña en tomar el velo? Supongo que vos como mayor de edad la habreis hecho las observaciones conducentes para disuadirla de ello: pero es demasiado niña y habrá sido inútil. Para abrazar con ardor la profesion de esposa de Cristo es menester que las mujeres, ó no hayan entrado en el mundo, ó ya hayan salido de él; y como ella todavia es de las que no han entrado....

(Ah!) decia Julio para sí abrumado de dolorosos recuerdos.

—Ya se vé, tan jóven, tan niña.....

—Si, prorrumpió Julio tartamudeando, es una niña muy

jóven. Y luego para suplir el hueco que su laconismo pudiera dejar en la conversacion, hizo á Rita una espresion con la mas fina galanteria.

Sorprendida la pensionista, recibió la fineza de mano de Julio con un desconcierto, estoy por decir agreste. Prueba de que al tomarla su corazon sentia algo nuevo y profundo: si no hubiera sentido nada, de seguro corresponderia al obsequio de Julio con alguna pantomima neciamente patética.

—No tengais cuidado, prosiguió el canónigo, nosotros hablaremos á la abadesa de Santa Maria de la Vega para que entre en su comunidad.

—Si, esclamó Rita con una simplicidad parecida á la ternura, nosotros hablaremos á la madrina para que entre en su comunidad.

Ya sabemos que la abadesa de Santa Maria de la Vega era *madrina* de Rita. No es pues su existencia un arcano tan impenetrable.

—Pero eso será mañana, continuó el canónigo; despues de comer os leeré alguna produccion de las que decis que tanto os ha hablado Pertierra.

—Con efecto, dijo Julio, el Señor Pertierra me ha hablado muchas veces.....

(Lindos postres me esperan! debiera añadir aqui Julio para sus adentros; pero no tenia motivos todavia para dudar del talento de Siñeriz, y no lo añadió.)

Aun no se habia concluido la comida, cuando Rita se retiró á su cuarto. ¡De cuán poco depende la tranquilidad humana! ¿Quién dirá que la fineza de Julio hizo una revolucion en su alma? ¡Ah! y esta fineza acaso seria un níspero!

El canónigo cumplió su palabra. Despues de comer hizo sacar un legajo de papeles, que segun lo voluminoso podria ser la historia del mundo entero. Al fin se decidió por lo ameno, y desarrollando el legajo leyó á Julio la novela siguiente:

EL AMANTE MISTERIOSO (1).

Una imajinacion muy desarrollada es el mas terrible enemigo de las mujeres. Como esta facultad intelectual precede siempre á los mas vagos deseos, los atavia con el falaz encanto de una májia indefinible, y como este encanto es inaccesible á los sentidos, por eso nuestros gustos van siendo falsos á medida que se nos acercan. La imajinacion subyuga á los corazones débiles, y porque ella se prenda de todo lo que se halla envuelto entre las sombras del misterio, los corazones débiles se apasionan por cuanto tiene apariencias de fantástico.

Dígalo la pobre Adela que con un alma inefable, una be-

(1) Esta novela es una historia. Inútil es advertir que está refundida, y por consiguiente no es estraño que su lenguaje se parezca al de toda la obra. Como Siñeriz conocia mucho á los protagonistas trató de desfigurar su escrito lo mejor que pudo: el lector sin embargo, si es que primero no se cansa, lo llegará á comprender sin la menor dificultád.

lleza sin igual, y un inmenso patrimonio, fue sin embargo desgraciada. ¿Y por qué fue desgraciada, teniendo una belleza capaz de cautivar al que la cautivase, un alma propia para corresponder á los arrebatos del alma mas sublime, y sobradas riquezas con que poderse proporcionar todas las comodidades de la vida? Porque su imajinacion era demasiado ardiente, y su corazon en estremo débil. Asi, cuando un conjunto de circunstancias estraordinarias cautivó su imajinacion, su alma se dejó arrastrar como una esclava.

No habia en todo el principado dama mas obsequiada, ni mas acreedora á ello. Mas de un galan habia agradado á Adela á primera vista, pero pasado el primer momento, echaba una ojeada sobre sí, veia la distancia que los separaba, y al punto se despertaba en su alma ese sentimiento tan temible en las mujeres, el menosprecio. En tal estado, por mas que ellas se dejen halagar, no aman, toleran. No se deleita con esto su corazon, pero se lisonjea su amor propio.

La atmósfera que la rodeaba era un eterno concierto de quejas y de alabanzas. ¡Qué dulces serán los sueños arrullados continuamente por el viento de la lisonja! En las rejas de Adela jamás se secaban las flores. Su calle era la sangrienta arena donde se efectuaban innumerables duelos.

¿Y quién era aquel valiente que cerraba á estocadas contra todos; que colgaba á sus rejas las ofrendas mas vistosas; que entonaba unos cantares tan llenos de sublime abnegacion; que en ellos no pedia correspondencia, sino que conjuraba á sus castos oidos á que prestasen atencion á las exequias que un amante desgraciado hacia á un amor sin esperanza? ¡Sin esperanza! ¿Quién seria aquel galan que profesaba á Adela un amor tan acendrado?

Pasaron dias y dias, y el amante misterioso no pareció á solicitar su mano: pero en cambio todas las noches dejaba la calle desierta de importunos. — «Quiero vengar mis celos, cantaba, ya que no pueda alimentar mi amor.» — ¿Y por qué no ha de poder alimentar su amor, decia Adela á sus

criadas, un jóven tan jentil, tan valiente y tan apasionado? — ¿Y por qué no habeis de poder alimentar vuestro amor, decian las criadas al amante, adivinando los deseos de su ama, siendo un jóven tan jentil, tan valiente y tan apasionado?

Amor y deseos por una parte; amor y curiosidad por otra: solo faltaba una chispa que pusiese en contacto aquelos fuegos.

Una noche cantó el amante: — «Id, suspiros mios, á enternecer el corazon de algun pecho mas sensible, ya que la ingrata que os enjendra no sale siquiera á oiros.....»

Adela se asomó á la reja. Los dos fuegos estaban ya acercados.

— ¿Cómo te llamas? le preguntaba Adela á su amante.

— Augusto, la contestaba.

— ¿Augusto de qué? volvia á preguntar la niña.

— De Adela, reponia Augusto.

Imposible saber quien era. No ignoraba Adela que cada vez que se lo preguntaba le hacia padecer mucho. Por eso se lo preguntaba solo de cuando en cuando, y si le atormentaba alguna vez con esta pregunta, era porque la atormentaba á ella tanto la curiosidad!....

— Acércate aqui á la reja, le decia una noche, contemplaré tu rostro al resplandor de la luna.

— Está muy clara! la contestaba Augusto, y permanecia oculto entre las sombras.

¿Y qué hacer en tal conflicto? Adela no lo sabia. ¿Despedir al amante para siempre? ¡Habia llegado ya á tomar tal imperio sobre su imajinacion!....

Las luchas interiores que se ajitan en el corazon de una mujer, cuando se halla puesta entre un amor sin límites y un obstáculo insuperable, son mas intensas que todas las penalidades anexas al verdadero heroismo. Su imajinacion se rinde abrumada á la idea del imposible: el alma se consume en deseos, y esta consuncion comunica á los sentidos una

deterioridad visible. La destruccion física camina al par con la estincion moral, y cuando ya la máquina se halla próxima á una aniquilacion completa, entonces el espíritu se rehace, y aventura el todo por el todo. Pone los instantes que le faltan de existencia en lucha con el obstáculo que se opone á su ventura: si vence, ha trocado una existencia incierta por una felicidad segura: si sucumbe, se complace en perder una vida que de cualquier modo se habia de gastar en la impaciencia.

— Quiero saber quién sois, dijo por fin Adela. Mas quiero espirar en este instante de dolor, sabiendo que nos separa un abismo, que ignorándolo, moriré mañana de incertidumbre.

— ¡Imposible! esclamó Augusto con la resignacion de un mártir.

— Quiero saber quién sois, repitió Adela con una especie de frenesí en que estaban mezclados el amor y la desesperacion, el orgullo y la humildad, la pasion y la insensibilidad. Quiero saber quién sois, ó despedíos de mi para siempre.

— Adela! dijo Augusto dirijiéndose á la puerta con la horrible calma de un reo que camina hácia el suplicio: ¡Adios para siempre!

Y Augusto marchó. Adela se dejó caer como una estátua á quien la hubiese faltado el pedestal.

Hay letargos en los cuales parece que una fuerza magnetizadora nos mortaliza el cuerpo, sin detrimento del espíritu. Se interrumpe la vida orgánica, y las funciones morales se ejercen sin embargo en toda su plenitud. En tales casos el cuerpo muere, y el espíritu cariñoso nos prodiga toda clase de cuidados, personificando ilusiones, desenterrando recuerdos, y rodeándonos de cuanto nos puede hacer grata la vida para volvernos á ella. Entonces las percepciones son mas vagas que las de un sueño, y esa idea de ser que significamos con la palabra *yo* es lo único que constituye nuestra existencia. En tal estado nos sentamos á llorar por nosotros so-

bre nosotros mismos. Vamos á ver los seres que jimen nuestros males, á examinar los lazos que aun nos atan á este mundo, y henchidos de consuelos volvemos á derramarlos sobre el inanimado cuerpo que participó desde la cuna de nuestros placeres y dolores, hasta que filtrándonos de nuevo por sus órganos, volvemos á adquirir este desarrollo vital que consiste en el íntimo comercio de las dos naturalezas física y moral.

Por eso en la total paralisis que embargó los miembros de Adela, su mente siguió los pasos de Augusto, y al cerrar la puerta le vió golpearse la frente, besar la reja donde se habian estrellado tantos inútiles cantares, y romper en llanto antes de alejarse del feliz asilo donde quedaba aprisionada su libertad. Asi, cuando recobró otra vez el ejercicio de sus sentidos, se asomó á la ventana segura de recibir otra última despedida.

Y no se habia engañado.

—¡Adios! esclamó Augusto con una inflexion de voz tan dolorosa que parecia que esta esclamacion le habia arrancado la mitad del alma.

—¡Adios! contestó Adela con el acento de una moribunda. Y se separaron de nuevo.

Mas no fue para siempre.

Sucede con dos amantes que se huyen, lo que con dos cuerpos arrojados por una pendiente abajo, que por mas que rodando se separen, caen por fin en un abismo donde se vuelven á encontrar. Cierto que al parecer se esquivan mútuamente, pero un encuentro imprevisto que maldicen con los labios para bendecirle con el corazon, torna á ensamblar de nuevo sus afectos, y obedeciendo al poder irresistible de un fatalismo que adoran en el fondo de su alma, anudan una cadena que creian rota para siempre.

Todas las noches casualmente siguió rondando Augusto á la misma hora la calle de Adela, y casualmente á la hora misma se encontraba esta sentada en la reja, desde donde tenia la desgracia de verle todas las noches.

Fuerza era parar la atencion en tantos acasos repetidos, y haciéndose ilusion de que el destino implacable los aferraba uno á otro con su mano de hierro, á fuer de siervos obedientes, Adela y Augusto se resignaron á trocarse sus afectos por segunda vez en nombre del tenaz empeño de la suerte.

Y para confirmar pazes, tuvieron que prestarse favores. Y hay tal conexion entre los favores que una mujer puede dispensar á un hombre, que si al que le concedió el primero es bastante suspicaz, irremediablemente está perdida. Forman una cadena tan desunida al parecer, pero en realidad tan bien enlazada, que si al cojer un eslabon de ella se tiene cuidado de atrapar el estremo del eslabon siguiente por donde ambos se tocan, asiendo uno tras otro se llega sucesivamente hasta el fin que se desea. Muchas, despues de haberse dejado agotar los tesoros del alma, se admiran, y con razon, de una falta que tal vez han cometido sin su voluntad. Recorren entonces los menores incidentes que contribuyeron á su perdicion, y no hallan uno siquiera que se pueda tachar de desenvoltura, y que haya podido servir de pie para ser arrastradas á su total abandono. Pero al analizar el conjunto de pormenores que constituyen la historia de su amor, nunca se fija su pensamiento en una mirada puramente cariñosa que lanzaron sin querer; en alguna espresion inocentemente apasionada que exalaron sin intencion; y esta espresion y esta mirada que á todos, menos á uno, habrán parecido comunes, son el principal fundamento de la ruina de su virtud. La mayor parte de las vezes usan las mujeres de estas leves manifestaciones impunemente, porque en jeneral suelen dar con hombres obtusos ó indolentes; pero estos cándidos descuidos son armas terribles en manos de los libertinos.

No era Augusto ni en estremo relajado, ni demasiado perspicaz, para que de nimias concesiones pudiese formar una bateria capaz de derrocar una inocencia probada; pero como

los deseos de un alma enamorada son tan exigentes, tan pertinaces, tan egoistamente insaciables, devoró el primer dón que Adela quiso concederle con un ánsia hidrópica de placeres, y luego aspiró al segundo como si fuese á desfallecer de anhelo, y despues al tercero, y últimamente por no haberle sabido negar nada, la pobre niña ya no tuvo qué concederle.

Y como la posesion mata al amor, Augusto despues de algun tiempo escribió á Adela lo siguiente:

«Nunca me volverás á ver. Hace dias que no has tenido noticias de mi, y puedes desesperanzarte de tenerlas jamás. Nos separan las leyes divinas y humanas. Ya es tiempo de que yo espie un crimen sin ejemplo, renunciando á tí que eres el aliento de mi vida. En cuanto al agravio que te puedo hacer abandonándote, te creo tan digna de ser amada que espero que no me negarás el perdon.»

«Ayer casi pasaste el dia en la ventana: sin duda me aguardabas. Yo te estuve contemplando largo rato, y ó no me has visto, ó no me has conocido. Al anochecer saliste de paseo, mas ibas tan ciega, que no advertiste que yo caminaba á tu lado; bañado en la atmósfera de deleite que derrama tu presencia; borrando tus huellas con las mias; confundiéndome contigo, como si tu cuerpo fuese el centro de mi espíritu.»

«A Dios, alma de mi alma! Se acabó nuestra union sobre la tierra. Si es cierto que el sepulcro no es mas que una puerta, solo en la mansion que hay detras de ella volverán nuestros seres á identificarse.»

Ah! cuando las mujeres enajenan la prenda mas preciosa que las ha sido confiada, como prueba irrecusable de su abnegacion, se colocan ellas mismas al borde de un precipicio donde las puede arrojar la eventualidad de mil accidentes impensados. ¿Cuál legado las queda en el caso de ser abandonadas? A unas un remordimiento eterno, á otras la desesperacion; á Adela por poco la costó la vida. Cuando leyó la

carta de su amante, un hondo estupor paralizó por de pronto su existencia: despues por una forzosa reaccion se apoderó de ella una energía desesperada, y con ese entusiasmo de relumbron que caracteriza á todos los que un acontecimiento importante los coloca en una situacion que no son capazes de dominar, pero que sacando fuerzas de flaqueza muestran con baladronadas la afectada hinchazon de la impotencia, parecia que Adela estaba dispuesta á soportar con valor hasta el último contratiempo de su enorme desventura. Para esto determinó buscar á Augusto por todas partes. ¿Con qué objeto? Lo ignoraba. Queria arrostrar el peligro frente á frente. Anhelaba morir matando. La quinta esencia del rencor la arrastraba á tropezar con la causa de su ruina. ¡Quién sabe si acaso la impelía tambien alguna esperanza recojida en lo mas intimo de su corazon!!

Pasaron dos dias de contrastes dolorosos sin que Adela pudiese encontrar el menor indicio de la existencia de Augusto, por mas que inquiria y habia hecho inquirir por todas las comarcas vecinas. Por una especie de instinto sentia su próxima influencia, pero no acababa de acertar con él. ¿Era acaso algun ser que tuviese la facultad de hacerse invisible? Adela llegó á creerlo asi, porque hay desgracias profundas que vienen acompañadas de cierta clase de supersticion. Y cuando abismada en la inmensidad de su dolor se debiera preguntar á sí misma: *¿si será el demonio?* por el contarrio, *¿si será un ánjel?* se decia en su exaltacion perdido su pensamiento en el horizonte de un amor sin límites. No hay ceguedad mas intensa que la de un corazon apasionado.

A la mañana del tercer dia su desaliento era mortal. Volvia hácia su casa sin una esperanza que la reanimase, con todo el lleno de su desamparo que la pesaba á plomo sobre el corazon, cuando oyó tocar la campana de una aldehuela inmediata. Y como si aquel sonido hubiera salido del fondo de la eternidad; como si abandonada en un desierto por sus culpas, Adela hubiese escuchado la voz de un ángel mensa-

jero de perdon, y protector de los desvalidos, alzó los ojos al cielo derramando lágrimas impregnadas de amor y gratitud. Aquel son providencial le pareció que habia interrumpido el silencio de su muerte. Creyó escuchar en él la voz del Pastor Divino que llamaba á su asilo las ovejas descarriadas, y llena de un fervor celeste encaminó sus pasos hácia el templo. Cruzó por entre la multitud sin parar la atencion en nadie, y se postró ante el altar con el ansia de un náufrago que abraza la tabla que le vá á sacar á puerto de salvacion. Se empezó el sacrificio de la misa, y Adela ni una vez siquiera levantó la vista, temerosa de que en la menor espansion se derramase parte del ardor divino que trataba de concentrar en su alma. Al concluirse elevó una mirada al cielo empapada de una profunda contricion, y como si ya con ojos de ser sobre natural alcanzase á ver lo que está oculto para el comun de los hombres

— El es!.... ¡ El es!.... gritó tendiendo los brazos cual si con ellos quisiese estrechar alguna sombra, y cayó desmayada sobre la losa de un sepulcro.

La multitud alarmada se agrupó en derredor de Adela, y mientras todos la suministraban los remedios que la piedad les sujeria, formaban un hervor indefinible el cúmulo de preguntas que brotaban por todos lados: — ¿ Dónde está ? — ¿Cuál es ? — ¿Quién le conoce ? — ¿ Es ese ? — ¿Es aquel ? — ¿ Es aquel otro ?.... (1)

(1) La entrada de Rita interrumpió la novela del canónigo. Conoció este ademas con una cordura de que no carecia enteramente, que el desenlace no iba á ser muy del agrado de Julio, y por eso suspendió la lectura de buena gana. Hizo bien, por que, como verá el lector, la conclusion no tiene nada de edificante. Si yo no la doy fin por mi cuenta en este instante, es porque me abruman demasiado los mios, para que me guste cargar con los pecados ajenos, y mucho menos con los de un cura.

lidad tomando aires en una aldea inmediata, y no tendreis el gusto de verla; debeis sentirlo, porque es una mujer como hay pocas. Yo la quiero como á una madre, y ella por su parte me cuida con un esmero como si fuese su hijo.

Antes de pasar adelante debo decir dos palabras acerca del carácter del canónigo, y del de otra persona que aun no desplegó sus labios, aunque hizo sobrados mohines.

Ocupaba D. Pedro Siñeriz la cabezera de la mesa, puesto que indudablemente pertenecia á Julio, pero que el bueno del canónigo no lo hubiera cedido ni al mismo Rey; pues hay jentes tan vulgares que al decir *amo de casa* creen que nombran á un ser privilejiado con derechos intransmisibles. Amo de casa es para ellos un bajá investido por el mismo cielo, y que no tiene facultades para dispensar á nadie de las ovaciones que de derecho se le deben. Esto solo sucede entre cierta clase de jentes, pero entre las personas de alguna educacion el amo de la casa es el criado de todo aquel que se digna honrarla con su presencia. D. Pedro Siñeriz pertenecia á los de la primera casta, y asi es que al sentarse á la mesa no se le ocurrió ofrecer á Julio siquiera por ceremonia el sitio de preferencia. Despues de apoltronarse el primero en su sillon de respaldo, hizo que Julio y su sobrina se colocasen á su lado, uno en frente de otro, para no tener que levantar mucho la voz, ni volver la cabeza demasiado al dignarse dirijirles la palabra. Se supone que á la mesa solo salian los manjares que al amo le gustaban, y que nadie mudaba plato hasta que el amo alargaba el suyo, despues de haber saboreado la que contenia con aquella mansedumbre del que se propone comer y dijerir á un mismo tiempo. Solo de una incomodidad hacia gracia á sus convidados, y era que delante de él nadie se habia de tomar la molestia de quitar los tapones á las botellas. Doña Rosa, el ama á quien Andrea llamaba la trucha del Nalon, solia decir que esto era un capricho, pero en mi concepto esto era por probar él los licores primero que ninguno.

Para formarnos idea del canónigo, es menester describirlo á partes, delineando primero su aspecto físico, y bosquejando en seguida su caracter moral, tan independientes uno de otro que en él habia dos naturalezas distintas, una material y otra incorpórea, sin ninguna relacion entre sí.

Tenia lo que todos entendemos por buena estampa, aunque un tanto abotargada ya por su manía de probar licores y saborear manjares. Cualquiera á primera vista decia que era buen mozo; pero á la segunda ya adivinaba que era un gloton. Este vicio, que solo produce ensanches, habia rellenado completamente las quiebras de un talle esbelto y flexible que le habia granjeado una inmensa popularidad entre todas las beatas de su tiempo.

Don Pedro creia en el arca de Noé, en la infalibilidad del Papa, en la predestinacion, y en cuantas adiciones y pegotes se han dignado arrimarle al dogma cristiano, concilios, teólogos y padres de la Iglesia. Jamás se ocultaba el sol sin que él hubiese mascullado su rezo diario. En las ceremonias eclesiásticas en que era necesaria su presencia, Siñeriz acudia primero que ninguno, y sin jénero de duda con mas fé que cualquiera de sus cólegas. El adoptó el rito tal como se lo entregaron, y nunca se entrometió á mutilarle con impertinentes observaciones. Le digeron *cree*: D. Pedro *creyó*; y aqui paz y despues gloria.

Pero preciso es decirlo. A vueltas de este olor de santidad el canónigo era un pecador mas que mediano: verdad es que no lo podia remediar, pero el hecho es cierto. Si era un dia de vijilia y se le antojaba ternera, en vano recordaba que la Iglesia se la prohibia; la pedia su estómago, él se alarmaba, y escudado con las prerrogativas concedidas á los enfermos, la ternera era condimentada. Nunca le faltaban antojos, pero tampoco pretestos. Cada sentido en él era un vasallo convertido en Rey; se habian roto los ramales que los unian á la voluntad, y hacian su gusto sin restriccion ninguna. D. Pedro conocia todo esto, y lo lamentaba. ¡La-

noche, cuando los sentidos cansados de velar se duermen, y la razon hastiada de dormir despierta, entonces, y solo entonces, el recuerdo de sus quehaceres le atormentaba como un remordimiento. — «Hoy no he hecho nada,» se solia decir al acostarse: «mañana lo haré,» se contestaba á sí mismo, y se dormia tranquilo. La porcion de tiempo *mañana* está en constante oposicion con el deber. Es el subterfujio de todos los que no quieren hacer alguna cosa: el modismo mas usual en boca de los perezosos. *Mañana* es un fantasma que vamos á alcanzar todos los dias, y que no tocamos nunca. Esta frase es una máscara con que los dias encubren la palabra *hoy*: por eso cuando viene el que la viste, se la arroja al dia posterior inmediatò, y así es que el *mañana* siempre está próximo, pero jamás llega.

Con todo, no siempre habia usado Julio de esta espresion como de un salvo-conducto. Cierto que con respecto al fiel Andrés aun no habia dado el primer paso, pero estaba muy reciente la fuga de su tio, y con su inercia trataba de que todos la olvidasen. Esto en parte le disculpaba. En cuanto á su hermana anduvo mas solícito: presentó á Siñeriz la recomendacion del cura de su pueblo, y el canónigo á trueque de conquistarse un benévolo lector de sus escritos, habló á la abadesa de Santa Maria de la Vega.

Para fijar pues de una vez los destinos de Emilia, hizo Julio á la abadesa las visitas siguientes:

RESUMEN DE LA PRIMERA VISITA.

MAL JESTO DE LAS BEATAS.

Despues de saludar á la portera con el indispensable *Deo gratias*, y de dar tiempo á que la abadesa bajase al locutorio, Julio fue interrogado de este modo:

— ¿Sois el recomendado del venerable siervo de Cristo D. Pedro Siñeriz?

— Para serviros, madre abadesa.

— Para servir á Dios, contestó la abadesa en un tono mas habitual que relijioso. ¿Y en qué os es necesaria la inutilidad de mi persona?

— Tengo una hermana que desea ser monja.

— ¿Por vocacion? replicó la abadesa derramando sobre Julio una mirada inquisitorial.

— Por vocacion, contestó Julio con la irresolucion del que miente.

La abadesa soltó una fuerte espiracion nasal. Por de pronto ya conoció que la nueva santa lo iba á ser por fuerza.

—¿Y ha calculado vuestra hermana lo austero de las obligaciones de que se piensa rodear toda su vida? ¿Son una garantía de que las cumplirá todas, su educacion, sus instintos, y sobre todo su inocencia?

— Creeré que si, contestó Julio indecisamente.

Segunda espiracion de la abadesa.

— En ese caso, prorrumpió esta, Dios la haga una santa!

Y alzó los ojos al cielo con una forzada resignacion, como si quisiese espresar con ella las luchas atroces que preceden al merecimiento de la palabra que acababa de proferir.

— Ya os creo enterado, añadió luego con el acento compasivo que pudiera usar un verdugo al preparar los instrumentos de muerte, de las fórmulas que necesariamente deben anteceder á nuestra profesion. Traedme cuando gusteis las pruebas de su hidalguía, acompañadas por supuesto de los documentos que acrediten la donacion que hareis á la comunidad como dote de vuestra hermana. Despues se la enterará de la policía interior de la casa, y de las reglas acertadísimas que prescribe nuestra orden.

— ¡Las cumplirá! dijo Julio como si en aquel momento tuviese en su mano la conciencia de su hermana.

— ¡Y si nó se las harán cumplir! siguió la beata con una humildad horripilante.

la dejasen ahogarse que estaba desesperada. Mas sea que ella no tuviese mucha gana, ó que algun transeunte la convenciese de lo contrario, el caso es que Rosa no se ahogó, y que Andrea desde entonces comenzó á llamarla la *trucha del Nalon*. Rosa y Siñeriz decian que el apodo era una necedad, pero algun mérito tendria cuando llegó á popularizarse entre todas las domésticas sus comtemporáneas. Por este exordio ridículo conoció Siñeriz que Rosa estaba decidida á representar un melodrama de grande espectáculo en que él fuese el protagonista, y por no ser envuelto en la catástrofe determinó con mejor acuerdo llevar á Rosa por ama.

¿Mas cómo, se me dirá, con tan ruines elementos logró Siñeriz alcanzar una canonjía? Se reirá el lector si le respondo que por una bobada, pero precisamente le responderé la verdad.

Alarmada la prostituida córte de Carlos IV con el espíritu reformador que empezaba á cundir entre sus súbditos con el ejemplo de la revolucion francesa, acojia con notable agrado cuantas ideas se encaminaban á sofocarlo en su jérmen. Uno de los que con mas provecho propio combatieron los nuevos instintos, fue el bobalicon de nuestro Siñeriz, teniente párroco á la sazon de uno de los mas insignificantes pueblecillos del principado de Asturias. Era, aunque algo obtuso, un poco dado á la literatura.—«Señor,» decia al Monarca en una esposicion que tuvo la necedad y la dicha de dirijirle, «Dios hizo los Reyes y los pueblos, (estupenda verdad de Pero-grullo!) los Reyes para que manden, y los pueblos para que obedezcan: (y para qué habrá hecho los necios?) por consiguiente á vuestra majestad toca mandar, y á nosotros obedecer. Los que quieren la república no quieren al Rey, (¡olá!) y contravienen á lo dispuesto por Dios. Asi Vuestra Magestad haga una higa á todos los que no le quieren, y como dicen los chicos en mi tierra: Anton perulero, cada cual atienda á su juego.»—Este ensarte de vulgaridades que debieran haber sido causa para

— ¿ Y sabeis cuál es la obligacion de un hombre que comete la iniquidad de turbar el sosiego de una mujer?

— ¡ Hacerla feliz ! dijo Julio en tono firme, como arrebatado por el profundo deseo de labrar la felicidad de Rita.

— ¡Hijo de mi alma ! prorrumpió la abadesa, y se ocultó el rostro con el velo arrebujado.

Hay esclamaciones que revelan una historia. El *hijo de mi alma* de la abadesa, no solo lanzaba un jemido sobre un horrible pasado, si no que vertia una esperanza sobre un porvenir risueño. Estas imperceptibles muestras de internas conmociones, son prismas que á un ojo ejercitado dejan ver las existencias á cualquier luz que se las mira. Muchos seres por un largo espacio ocultan los misterios de su vida, pero hay un momento en que se descuidan, y rasgando un sollozo el velo que les encubria el corazon, patentizan á una intelijencia maestra hasta el escondido sagrario donde pululan en embrion los jérmenes de todos sus vicios y todas sus virtudes.

RESUMEN DE LA TERCERA.

VIVORAS EN REDOMA.

—Os he dicho que os disfrazaseis de sacerdote, dijo la abadesa á Julio abriendo la puerta de su celda, porque si os viese alguna monja entrar vestido de paisano, el interés por la salvacion de mi alma la haria alarmar á toda la comunidad sembrando chismes y suposiciones. Estas santas obligadas tienen formada tal idea de la frajilidad de su virtud, que les parece imposible que una relijiosa hable con un hombre á solas sin que surjan en su alma pensamientos mundanos.

—Eso prueba que la fortaleza de su espiritu no resistiria á un ataque bien dirijido. Las mujeres del siglo tienen mas alta idea formada de la castidad. No dudo que estas paredes sean asilo de la virtud, pero la virtud emparedada es una

deterioridad visible. La destruccion física camina al par con la estincion moral, y cuando ya la máquina se halla próxima á una aniquilacion completa, entonces el espíritu se rehace, y aventura el todo por el todo. Pone los instantes que le faltan de existencia en lucha con el obstáculo que se opone á su ventura: si vence, ha trocado una existencia incierta por una felicidad segura: si sucumbe, se complace en perder una vida que de cualquier modo se habia de gastar en la impaciencia.

— Quiero saber quién sois, dijo por fin Adela. Mas quiero espirar en este instante de dolor, sabiendo que nos separa un abismo, que ignorándolo, moriré mañana de incertidumbre.

— ¡Imposible! esclamó Augusto con la resignacion de un mártir.

— Quiero saber quién sois, repitió Adela con una especie de frenesí en que estaban mezclados el amor y la desesperacion, el orgullo y la humildad, la pasion y la insensibilidad. Quiero saber quién sois, ó despedíos de mi para siempre.

— Adela! dijo Augusto dirijiéndose á la puerta con la horrible calma de un reo que camina hácia el suplicio: ¡Adios para siempre!

Y Augusto marchó. Adela se dejó caer como una estátua á quien la hubiese faltado el pedestal.

Hay letargos en los cuales parece que una fuerza magnetizadora nos mortaliza el cuerpo, sin detrimento del espíritu. Se interrumpe la vida orgánica, y las funciones morales se ejercen sin embargo en toda su plenitud. En tales casos el cuerpo muere, y el espíritu cariñoso nos prodiga toda clase de cuidados, personificando ilusiones, desenterrando recuerdos, y rodeándonos de cuanto nos puede hacer grata la vida para volvernos á ella. Entonces las percepciones son mas vagas que las de un sueño, y esa idea de ser que significamos con la palabra *yo* es lo único que constituye nuestra existencia. En tal estado nos sentamos á llorar por nosotros so-

bre nosotros mismos. Vamos á ver los seres que jimen nuestros males, á examinar los lazos que aun nos atan á este mundo, y henchidos de consuelos volvemos á derramarlos sobre el inanimado cuerpo que participó desde la cuna de nuestros placeres y dolores, hasta que filtrándonos de nuevo por sus órganos, volvemos á adquirir este desarrollo vital que consiste en el intimo comercio de las dos naturalezas física y moral.

Por eso en la total paralisis que embargó los miembros de Adela, su mente siguió los pasos de Augusto, y al cerrar la puerta le vió golpearse la frente, besar la reja donde se habian estrellado tantos inútiles cantares, y romper en llanto antes de alejarse del feliz asilo donde quedaba aprisionada su libertad. Asi, cuando recobró otra vez el ejercicio de sus sentidos, se asomó á la ventana segura de recibir otra última despedida.

Y no se habia engañado.

—¡Adios! esclamó Augusto con una inflexion de voz tan dolorosa que parecia que esta esclamacion le habia arrancado la mitad del alma.

—¡Adios! contestó Adela con el acento de una moribunda. Y se separaron de nuevo.

Mas no fue para siempre.

Sucede con dos amantes que se huyen, lo que con dos cuerpos arrojados por una pendiente abajo, que por mas que rodando se separen, caen por fin en un abismo donde se vuelven á encontrar. Cierto que al parecer se esquivan mútuamente, pero un encuentro imprevisto que maldicen con los labios para bendecirle con el corazon, torna á ensamblar de nuevo sus afectos, y obedeciendo al poder irresistible de un fatalismo que adoran en el fondo de su alma, anudan una cadena que creian rota para siempre.

Todas las noches casualmente siguió rondando Augusto á la misma hora la calle de Adela, y casualmente á la hora misma se encontraba esta sentada en la reja, desde donde tenia la desgracia de verle todas las noches.

EL AMANTE MISTERIOSO (1).

Una imajinacion muy desarrollada es el mas terrible enemigo de las mujeres. Como esta facultad intelectual precede siempre á los mas vagos deseos, los atavia con el falaz encanto de una májia indefinible, y como este encanto es inaccesible á los sentidos, por eso nuestros gustos van siendo falsos á medida que se nos acercan. La imajinacion subyuga á los corazones débiles, y porque ella se prenda de todo lo que se halla envuelto entre las sombras del misterio, los corazones débiles se apasionan por cuanto tiene apariencias de fantástico.

Dígalo la pobre Adela que con un alma inefable, una be-

(1) Esta novela es una historia. Inútil es advertir que está refundida, y por consiguiente no es estraño que su lenguaje se parezca al de toda la obra. Como Siñeriz conocia mucho á los protagonistas trató de desfigurar su escrito lo mejor que pudo: el lector sin embargo, si es que primero no se cansa, lo llegará á comprender sin la menor dificultád.

lleza sin igual, y un inmenso patrimonio, fue sin embargo desgraciada. ¿Y por qué fue desgraciada, teniendo una belleza capaz de cautivar al que la cautivase, un alma propia para corresponder á los arrebatos del alma mas sublime, y sobradas riquezas con que poderse proporcionar todas las comodidades de la vida? Porque su imajinacion era demasiado ardiente, y su corazon en estremo débil. Asi, cuando un conjunto de circunstancias estraordinarias cautivó su imajinacion, su alma se dejó arrastrar como una esclava.

No habia en todo el principado dama mas obsequiada, ni mas acreedora á ello. Mas de un galan habia agradado á Adela á primera vista, pero pasado el primer momento, echaba una ojeada sobre sí, veia la distancia que los separaba, y al punto se despertaba en su alma ese sentimiento tan temible en las mujeres, el menosprecio. En tal estado, por mas que ellas se dejen halagar, no aman, toleran. No se deleita con esto su corazon, pero se lisonjea su amor propio.

La atmósfera que la rodeaba era un eterno concierto de quejas y de alabanzas. ¡Qué dulces serán los sueños arrullados continuamente por el viento de la lisonja! En las rejas de Adela jamás se secaban las flores. Su calle era la sangrienta arena donde se efectuaban innumerables duelos.

¿Y quién era aquel valiente que cerraba á estocadas contra todos; que colgaba á sus rejas las ofrendas mas vistosas; que entonaba unos cantares tan llenos de sublime abnegacion; que en ellos no pedia correspondencia, sino que conjuraba á sus castos oidos á que prestasen atencion á las exequias que un amante desgraciado hacia á un amor sin esperanza? ¡Sin esperanza! ¿Quién seria aquel galan que profesaba á Adela un amor tan acendrado?

Pasaron dias y dias, y el amante misterioso no pareció á solicitar su mano: pero en cambio todas las noches dejaba la calle desierta de importunos. — «Quiero vengar mis celos, cantaba, ya que no pueda alimentar mi amor.» — ¿Y por qué no ha de poder alimentar su amor, decia Adela á sus

criadas, un jóven tan jentil, tan valiente y tan apasionado? — ¿Y por qué no habeis de poder alimentar vuestro amor, decian las criadas al amante, adivinando los deseos de su ama, siendo un jóven tan jentil, tan valiente y tan apasionado?

Amor y deseos por una parte; amor y curiosidad por otra: solo faltaba una chispa que pusiese en contacto aquelos fuegos.

Una noche cantó el amante: — «Id, suspiros mios, á enternecer el corazon de algun pecho mas sensible, ya que la ingrata que os enjendra no sale siquiera á oiros.....»

Adela se asomó á la reja. Los dos fuegos estaban ya acercados.

— ¿Cómo te llamas? le preguntaba Adela á su amante.

— Augusto, la contestaba.

— ¿Augusto de qué? volvia á preguntar la niña.

— De Adela, reponia Augusto.

Imposible saber quien era. No ignoraba Adela que cada vez que se lo preguntaba le hacia padecer mucho. Por eso se lo preguntaba solo de cuando en cuando, y si le atormentaba alguna vez con esta pregunta, era porque la atormentaba á ella tanto la curiosidad!....

— Acércate aqui á la reja, le decia una noche, contemplaré tu rostro al resplandor de la luna.

— Está muy clara! la contestaba Augusto, y permanecia oculto entre las sombras.

¿Y qué hacer en tal conflicto? Adela no lo sabia. ¿Despedir al amante para siempre? ¡Habia llegado ya á tomar tal imperio sobre su imajinacion!....

Las luchas interiores que se ajitan en el corazon de una mujer, cuando se halla puesta entre un amor sin límites y un obstáculo insuperable, son mas intensas que todas las penalidades anexas al verdadero heroismo. Su imajinacion se rinde abrumada á la idea del imposible: el alma se consume en deseos, y esta consuncion comunica á los sentidos una

deterioridad visible. La destruccion física camina al par con la estincion moral, y cuando ya la máquina se halla próxima á una aniquilacion completa, entonces el espíritu se rehace, y aventura el todo por el todo. Pone los instantes que le faltan de existencia en lucha con el obstáculo que se opone á su ventura: si vence, ha trocado una existencia incierta por una felicidad segura: si sucumbe, se complace en perder una vida que de cualquier modo se habia de gastar en la impaciencia.

— Quiero saber quién sois, dijo por fin Adela. Mas quiero espirar en este instante de dolor, sabiendo que nos separa un abismo, que ignorándolo, moriré mañana de incertidumbre.

— ¡Imposible! esclamó Augusto con la resignacion de un mártir.

— Quiero saber quién sois, repitió Adela con una especie de frenesí en que estaban mezclados el amor y la desesperacion, el orgullo y la humildad, la pasion y la insensibilidad. Quiero saber quién sois, ó despedíos de mi para siempre.

— Adela! dijo Augusto dirijiéndose á la puerta con la horrible calma de un reo que camina hácia el suplicio: ¡Adios para siempre!

Y Augusto marchó. Adela se dejó caer como una estátua á quien la hubiese faltado el pedestal.

Hay letargos en los cuales parece que una fuerza magnetizadora nos mortaliza el cuerpo, sin detrimento del espíritu. Se interrumpe la vida orgánica, y las funciones morales se ejercen sin embargo en toda su plenitud. En tales casos el cuerpo muere, y el espíritu cariñoso nos prodiga toda clase de cuidados, personificando ilusiones, desenterrando recuerdos, y rodeándonos de cuanto nos puede hacer grata la vida para volvernos á ella. Entonces las percepciones son mas vagas que las de un sueño, y esa idea de ser que significamos con la palabra *yo* es lo único que constituye nuestra existencia. En tal estado nos sentamos á llorar por nosotros so-

bre nosotros mismos. Vamos á ver los seres que jimen nuestros males, á examinar los lazos que aun nos atan á este mundo, y henchidos de consuelos volvemos á derramarlos sobre el inanimado cuerpo que participó desde la cuna de nuestros placeres y dolores, hasta que filtrándonos de nuevo por sus órganos, volvemos á adquirir este desarrollo vital que consiste en el íntimo comercio de las dos naturalezas física y moral.

Por eso en la total paralisis que embargó los miembros de Adela, su mente siguió los pasos de Augusto, y al cerrar la puerta le vió golpearse la frente, besar la reja donde se habian estrellado tantos inútiles cantares, y romper en llanto antes de alejarse del feliz asilo donde quedaba aprisionada su libertad. Asi, cuando recobró otra vez el ejercicio de sus sentidos, se asomó á la ventana segura de recibir otra última despedida.

Y no se habia engañado.

—¡Adios! esclamó Augusto con una inflexion de voz tan dolorosa que parecia que esta esclamacion le habia arrancado la mitad del alma.

—¡Adios! contestó Adela con el acento de una moribunda. Y se separaron de nuevo.

Mas no fue para siempre.

Sucede con dos amantes que se huyen, lo que con dos cuerpos arrojados por una pendiente abajo, que por mas que rodando se separen, caen por fin en un abismo donde se vuelven á encontrar. Cierto que al parecer se esquivan mútuamente, pero un encuentro imprevisto que maldicen con los labios para bendecirle con el corazon, torna á ensamblar de nuevo sus afectos, y obedeciendo al poder irresistible de un fatalismo que adoran en el fondo de su alma, anudan una cadena que creian rota para siempre.

Todas las noches casualmente siguió rondando Augusto á la misma hora la calle de Adela, y casualmente á la hora misma se encontraba esta sentada en la reja, desde donde tenia la desgracia de verle todas las noches.

Fuerza era parar la atencion en tantos acasos repetidos, y haciéndose ilusion de que el destino implacable los aferraba uno á otro con su mano de hierro, á fuer de siervos obedientes, Adela y Augusto se resignaron á trocarse sus afectos por segunda vez en nombre del tenaz empeño de la suerte.

Y para confirmar pazes, tuvieron que prestarse favores. Y hay tal conexion entre los favores que una mujer puede dispensar á un hombre, que si al que le concedió el primero es bastante suspicaz, irremediablemente está perdida. Forman una cadena tan desunida al parecer, pero en realidad tan bien enlazada, que si al cojer un eslabon de ella se tiene cuidado de atrapar el estremo del eslabon siguiente por donde ambos se tocan, asiendo uno tras otro se llega sucesivamente hasta el fin que se desea. Muchas, despues de haberse dejado agotar los tesoros del alma, se admiran, y con razon, de una falta que tal vez han cometido sin su voluntad. Recorren entonces los menores incidentes que contribuyeron á su perdicion, y no hallan uno siquiera que se pueda tachar de desenvoltura, y que haya podido servir de pie para ser arrastradas á su total abandono. Pero al analizar el conjunto de pormenores que constituyen la historia de su amor, nunca se fija su pensamiento en una mirada puramente cariñosa que lanzaron sin querer; en alguna espresion inocentemente apasionada que exalaron sin intencion; y esta espresion y esta mirada que á todos, menos á uno, habrán parecido comunes, son el principal fundamento de la ruina de su virtud. La mayor parte de las vezes usan las mujeres de estas leves manifestaciones impunemente, porque en jeneral suelen dar con hombres obtusos ó indolentes; pero estos cándidos descuidos son armas terribles en manos de los libertinos.

No era Augusto ni en estremo relajado, ni demasiado perspicaz, para que de nímias concesiones pudiese formar una bateria capaz de derrocar una inocencia probada; pero como

los deseos de un alma enamorada son tan exigentes, tan pertinaces, tan egoistamente insaciables, devoró el primer dón que Adela quiso concederle con un ánsia hidrópica de placeres, y luego aspiró al segundo como si fuese á desfallecer de anhelo, y despues al tercero, y últimamente por no haberle sabido negar nada, la pobre niña ya no tuvo qué concederle.

Y como la posesion mata al amor, Augusto despues de algun tiempo escribió á Adela lo siguiente:

«Nunca me volverás á ver. Hace dias que no has tenido noticias de mi, y puedes desesperanzarte de tenerlas jamás. Nos separan las leyes divinas y humanas. Ya es tiempo de que yo espie un crímen sin ejemplo, renunciando á tí que eres el aliento de mi vida. En cuanto al agravio que te puedo hacer abandonándote, te creo tan digna de ser amada que espero que no me negarás el perdon.»

«Ayer casi pasaste el dia en la ventana: sin duda me aguardabas. Yo te estuve contemplando largo rato, y ó no me has visto, ó no me has conocido. Al anochecer saliste de paseo, mas ibas tan ciega, que no advertiste que yo caminaba á tu lado; bañado en la atmósfera de deleite que derrama tu presencia; borrando tus huellas con las mias; confundiéndome contigo, como si tu cuerpo fuese el centro de mi espíritu.»

«A Dios, alma de mi alma! Se acabó nuestra union sobre la tierra. Si es cierto que el sepulcro no es mas que una puerta, solo en la mansion que hay detras de ella volverán nuestros seres á identificarse.»

Ah! cuando las mujeres enajenan la prenda mas preciosa que las ha sido confiada, como prueba irrecusable de su abnegacion, se colocan ellas mismas al borde de un precipicio donde las puede arrojar la eventualidad de mil accidentes impensados. ¿Cuál legado las queda en el caso de ser abandonadas? A unas un remordimiento eterno, á otras la desesperacion; á Adela por poco la costó la vida. Cuando leyó la

carta de su amante, un hondo estupor paralizó por de pronto su existencia: despues por una forzosa reaccion se apoderó de ella una energía desesperada, y con ese entusiasmo de relumbron que caracteriza á todos los que un acontecimiento importante los coloca en una situacion que no son capazes de dominar, pero que sacando fuerzas de flaqueza muestran con baladronadas la afectada hinchazon de la impotencia, parecia que Adela estaba dispuesta á soportar con valor hasta el último contratiempo de su enorme desventura. Para esto determinó buscar á Augusto por todas partes. ¿Con qué objeto? Lo ignoraba. Queria arrostrar el peligro frente á frente. Anhelaba morir matando. La quinta esencia del rencor la arrastraba á tropezar con la causa de su ruina. ¡Quién sabe si acaso la impelia tambien alguna esperanza recojida en lo mas intimo de su corazon!!

Pasaron dos dias de contrastes dolorosos sin que Adela pudiese encontrar el menor indicio de la existencia de Augusto, por mas que inquiria y habia hecho inquirir por todas las comarcas vecinas. Por una especie de instinto sentia su próxima influencia, pero no acababa de acertar con él. ¿Era acaso algun ser que tuviese la facultad de hacerse invisible? Adela llegó á creerlo asi, porque hay desgracias profundas que vienen acompañadas de cierta clase de supersticion. Y cuando abismada en la inmensidad de su dolor se debiera preguntar á si misma: *¿si será el demonio?* por el contarrio, *¿si será un ánjel?* se decia en su exaltacion perdido su pensamiento en el horizonte de un amor sin límites. No hay ceguedad mas intensa que la de un corazon apasionado.

A la mañana del tercer dia su desaliento era mortal. Volvia hácia su casa sin una esperanza que la reanimase, con todo el lleno de su desamparo que la pesaba á plomo sobre el corazon, cuando oyó tocar la campana de una aldehuela inmediata. Y como si aquel sonido hubiera salido del fondo de la eternidad; como si abandonada en un desierto por sus culpas, Adela hubiese escuchado la voz de un ángel mensa-

jero de perdon, y protector de los desvalidos, alzó los ojos al cielo derramando lágrimas impregnadas de amor y gratitud. Aquel son providencial le pareció que habia interrumpido el silencio de su muerte. Creyó escuchar en él la voz del Pastor Divino que llamaba á su asilo las ovejas descarriadas, y llena de un fervor celeste encaminó sus pasos hácia el templo. Cruzó por entre la multitud sin parar la atencion en nadie, y se postró ante el altar con el ansia de un náufrago que abraza la tabla que le vá á sacar á puerto de salvacion. Se empezó el sacrificio de la misa, y Adela ni una vez siquiera levantó la vista, temerosa de que en la menor espansion se derramase parte del ardor divino que trataba de concentrar en su alma. Al concluirse elevó una mirada al cielo empapada de una profunda contricion, y como si ya con ojos de ser sobre natural alcanzase á ver lo que está oculto para el comun de los hombres

— El es!.... ¡El es!.... gritó tendiendo los brazos cual si con ellos quisiese estrechar alguna sombra, y cayó desmayada sobre la losa de un sepulcro.

La multitud alarmada se agrupó en derredor de Adela, y mientras todos la suministraban los remedios que la piedad les sujeria, formaban un hervor indefinible el cúmulo de preguntas que brotaban por todos lados: — ¿Dónde está? — ¿Cuál es? — ¿Quién le conoce? — ¿Es ese? — ¿Es aquel? — ¿Es aquel otro?.... (1)

(1) La entrada de Rita interrumpió la novela del canónigo. Conoció este ademas con una cordura de que no carecia enteramente, que el desenlace no iba á ser muy del agrado de Julio, y por eso suspendió la lectura de buena gana. Hizo bien, por que, como verá el lector, la conclusion no tiene nada de edificante. Si yo no la doy fin por mi cuenta en este instante, es porque me abruman demasiado los mios, para que me guste cargar con los pecados ajenos, y mucho menos con los de un cura.

impresion que hizo en su ánimo la risita con que la doncella acompañó la impertinente enunciacion de su estravagante descubrimiento, que al otro dia amaneció con el propósito firme de entrarse relijiosa. Mas quiso hacerse desgraciada en secreto, que ser feliz con un nombre públicamente risible; y aun hoy dia asegura que se la levanta el estómago solo de pensar en el vulgar condimento que resultaria si su matrimonio hubiese tenido efecto.

La quinta es tan fea como buena cristiana. Tiene talento, y conoció con tiempo que si ella no dejaba el mundo, pronto el mundo se apartaria de ella. Le rechazó, porque no la rechazase. Hizo bien. Deben ser atrozes los irascibles ímpetus del amor propio ofendido en una mujer fea y de talento, al escuchar las lisonjas que los necios consagran á muchas hermosas con la cabeza vacía. Aquí que solo es mérito la virtud, tiene la gloria de ser una de las mas dignas.

Las dos últimas son madre é hija. Esta es monja porque su padre quiso que lo fuese. La razon que alegó á sus amigos íntimos para tomar esta determinacion, fue que su hija no se parecia á él, y que por otra parte no respondia de la incontrastabilidad de su mujer. Algunos suponen que era loco, y por consiguiente sus palabras asi pueden ser grandes verdades, como solemnes mentiras. La madre profesó en cuanto se quedó viuda. Hizo sus dilijencias con tal misterio, que solo yo supe quién era despues de su profesion. Creo que, mas que el convencimiento, la trajo á este estado la idolatría con que quiere á su hija. Sin duda debe haber en la fisonomía de esta algunos lineamentos que constituyen todo su embeleso, pues se estasia mirándola, como si en su frente estuviese escrita alguna historia de esas que las pasiones santifican, y que el corazon que las ha servido de tipo no puede vivir mas que repasándolas.

—¿Y quién era la primera de la derecha? prorrumpió Julio viendo que la imajinacion de la abadesa se engolfaba pensando en la historia de la madre, como si la arrebata-

se la feliz coincidencia de encontrar semejanzas con la suya.

—La primera de la derecha, contestó la abadesa volviendo en sí, era yo.

—¿Y me privaréis, repuso Julio, del placer qúe tendré en saber lo que mas os ha interesado en la vida?

—Mis antecedentes, replicó la abadesa, son largos y dolorosos. Os los contaré mañana.

Y como si quisiese quitar á Julio el pretesto de que insistiese en su empeño

—La segunda, continuó, es una niña vivo remedo de los ánjeles. Por el hondo placer que encuentra en la soledad; por el suave misticismo de que instintivamente se revisten sus sentimientos, es tal vez la relijiosa que tomó el velo con una vocacion mas espontánea. Era pobre, y como carecia del dote suficiente para entrar en el cláustro, apeló á la jenerosidad de un magnate. Pero la gratitud que este exijió de la inocente niña, trocó su desinterés en una afrentosa usura. Ah! dejad que mis labios no se envilezcan hasta el estremo de tener que pintaros el refinamiento de semejante infamia. La infeliz no supo hasta muy tarde que por ser virtuosa habia perdido una de las cualidades mas esquisitas que constituyen la la virtud, la pureza.

Las demas....., etc., etc., etc.

— Ya veis, siguió la abadesa concluyendo el resúmen de su estadística moral, que no he mentido cuando os dije que á la mayor parte de las relijiosas las habian arrojado á este abismo, ó sus superiores, ó los desengaños. Estos encierros son unas fosas insondables donde los homicidas que tienen la dicha de arrojar en ellas á sus víctimas, ganan infinitas induljencias. Cada convento es un sepulcro de vivos. Son asilos que no parece si no que los instituyeron los pícaros para que se refujiase á ellos la inocencia ultrajada, por no oir los gritos de esta en que les pidiesen las reparaciones de sus injusticias. Si en las paredes de un claustro fuesen á escribir su historia todos los desdichados que cruzan por él,

noche, cuando los sentidos cansados de velar se duermen, y la razon hastiada de dormir despierta, entonces, y solo entonces, el recuerdo de sus quehaceres le atormentaba como un remordimiento. — «Hoy no he hecho nada,» se solia decir al acostarse: «mañana lo haré,» se contestaba á si mismo, y se dormia tranquilo. La porcion de tiempo *mañana* está en constante oposicion con el deber. Es el subterfujio de todos los que no quieren hacer alguna cosa: el modismo mas usual en boca de los perezosos. *Mañana* es un fantasma que vamos á alcanzar todos los dias, y que no tocamos nunca. Esta frase es una máscara con que los dias encubren la palabra *hoy*: por eso cuando viene el que la viste, se la arroja al dia posterior inmediato, y asi es que el *mañana* siempre está próximo, pero jamás llega.

Con todo, no siempre habia usado Julio de esta espresion como de un salvo-conducto. Cierto que con respecto al fiel Andrés aun no habia dado el primer paso, pero estaba muy reciente la fuga de su tio, y con su inercia trataba de que todos la olvidasen. Esto en parte le disculpaba. En cuanto á su hermana anduvo mas solícito: presentó á Siñeriz la recomendacion del cura de su pueblo, y el canónigo á trueque de conquistarse un benévolo lector de sus escritos, habló á la abadesa de Santa Maria de la Vega.

Para fijar pues de una vez los destinos de Emilia, hizo Julio á la abadesa las visitas siguientes:

RESUMEN DE LA PRIMERA VISITA.

MAL JESTO DE LAS BEATAS.

Despues de saludar á la portera con el indispensable *Deo gratias*, y de dar tiempo á que la abadesa bajase al locutorio, Julio fue interrogado de este modo:

— ¿Sois el recomendado del venerable siervo de Cristo D. Pedro Siñeriz?

— Para serviros, madre abadesa.

— Para servir á Dios, contestó la abadesa en un tono mas habitual que relijioso. ¿Y en qué os es necesaria la inutilidad de mi persona?

— Tengo una hermana que desea ser monja.

— ¿Por vocacion? replicó la abadesa derramando sobre Julio una mirada inquisitorial.

— Por vocacion, contestó Julio con la irresolucion del que miente.

La abadesa soltó una fuerte espiracion nasal. Por de pronto ya conoció que la nueva santa lo iba á ser por fuerza.

—¿Y ha calculado vuestra hermana lo austero de las obligaciones de que se piensa rodear toda su vida? ¿Son una garantía de que las cumplirá todas, su educacion, sus instintos, y sobre todo su inocencia?

— Creeré que sí, contestó Julio indecisamente.

Segunda espiracion de la abadesa.

— En ese caso, prorrumpió esta, Dios la haga una santa!

Y alzó los ojos al cielo con una forzada resignacion, como si quisiese espresar con ella las luchas atroces que preceden al merecimiento de la palabra que acababa de proferir.

— Ya os creo enterado, añadió luego con el acento compasivo que pudiera usar un verdugo al preparar los instrumentos de muerte, de las fórmulas que necesariamente deben anteceder á nuestra profesion. Traedme cuando gusteis las pruebas de su hidalguía, acompañadas por supuesto de los documentos que acrediten la donacion que hareis á la comunidad como dote de vuestra hermana. Despues se la enterará de la policía interior de la casa, y de las reglas acertadísimas que prescribe nuestra orden.

— ¡Las cumplirá! dijo Julio como si en aquel momento tuviese en su mano la conciencia de su hermana.

— ¡Y si nó se las harán cumplir! siguió la beata con una humildad horripilante.

último asilo. Despues que para ella se cierre la puerta de este convento, yo me encargo de hacerla una cristiana perfecta.»

«Y cuando ya las penitencias hayan vuelto á acrisolar su pureza; cuando la austeridad de la disciplina haga que el cielo se muestre propicio á sus súplicas, entonces sepultadas ambas en el fondo de este monasterio y recojidas en lo interior de nuestro corazon, yo la hablaré de Rita, y ella me hablará de vos. «¿Qué harán ahora?» nos preguntaremos en nuestras contínuas entrevistas. Y fortalecidas por el íntimo convencimiento de nuestra virtud, y exaltadas por el amor mas entrañable, nos postraremos á orar, y esclamaremos al empezar nuestras oraciones: ¡*porque Dios los haga felices*!!»

— ¿ Y sabeis cuál es la obligacion de un hombre que comete la iniquidad de turbar el sosiego de una mujer?

— ¡ Hacerla feliz ! dijo Julio en tono firme, como arrebatado por el profundo deseo de labrar la felicidad de Rita.

— ¡Hijo de mi alma ! prorrumpió la abadesa, y se ocultó el rostro con el velo arrebujado.

Hay esclamaciones que revelan una historia. El *hijo de mi alma* de la abadesa, no solo lanzaba un jemido sobre un horrible pasado, si no que vertia una esperanza sobre un porvenir risueño. Estas imperceptibles muestras de internas conmociones, son prismas que á un ojo ejercitado dejan ver las existencias á cualquier luz que se las mira. Muchos seres por un largo espacio ocultan los misterios de su vida, pero hay un momento en que se descuidan, y rasgando un sollozo el velo que les encubria el corazon, patentizan á una intelijencia maestra hasta el escondido sagrario donde pululan en embrion los jérmenes de todos sus vicios y todas sus virtudes.

RESUMEN DE LA TERCERA.

VIVORAS EN REDOMA.

—Os he dicho que os disfrazaseis de sacerdote, dijo la abadesa á Julio abriendo la puerta de su celda, porque si os viese alguna monja entrar vestido de paisano, el interés por la salvacion de mi alma la haria alarmar á toda la comunidad sembrando chismes y suposiciones. Estas santas obligadas tienen formada tal idea de la frajilidad de su virtud, que les parece imposible que una relijiosa hable con un hombre á solas sin que surjan en su alma pensamientos mundanos.

—Eso prueba que la fortaleza de su espiritu no resistiria á un ataque bien dirijido. Las mujeres del siglo tienen mas alta idea formada de la castidad. No dudo que estas paredes sean asilo de la virtud, pero la virtud emparedada es una

cualidad negativa, pues tiene la mitad de obligatoria, y la otra mitad de supuesta.

—Asi me lo parece, dijo la abadesa tomando asiento, y apoyando el codo en un reclinatorio, mientras que Julio hacia lo mismo en el otro estremo.

—¿Amais mucho á vuestra hermana? siguió la abadesa preparándose á empeñar á Julio á que hiciese con ella un exámen de conciencia.

—Lo bastante para procurar su dicha, contestó este penetrado de la intencion de su interlocutora.

—Pues entonces desistid de que entre religiosa.

Una cierta sequedad con que pronunció estas palabras le hizo á Julio estremecerse de pies á cabeza.

—¿No es acaso la felicidad suprema el estado á que se la destina? dijo Julio deseoso de que la abadesa esplanase mas su idea.

—Os lo diré despacio, respondió esta con una alarmante frialdad. Dos son las clases de mujeres que no deben enclaustrarse nunca: aquellas en quienes ya se ha empezado á desarrollar la vida del corazon; y las otras en las cuales no se ha desarrollado todavia. Si todas las mujeres somos comprendidas por alguno de estos estremos, peor para nosotras. En vano el amor mistico trata de absorver los sentidos y potencias de las virjenes que ni siquiera han sido empañadas todavia por la liviandad de un deseo. Cuanto es susceptible de elevarse, se desprende de su sér para consagrarse esclusivamente á la contemplacion de lo infinito. Pero llega un tiempo en que se completa su organizacion, y entonces empieza para ellas una lucha sorda y profunda, que sienten, y de la cual la mayor parte no se sabe dar razon. Por desgracia son pocos los espiritus supersticiosos y fuertes que reasumiendo en si toda la vitalidad, embotan las sensaciones. Es un absurdo creer que la vida espiritual se halla tan identificada con la terrena, que basta acudir á las necesidades de aquella para prevenir las de esta. Sus gustos son distintos,

y distintos los medios de satisfacerlos. Hay ademas en ese destello de la divinidad llamado *alma*, ciertos instintos groseros que solo se provee á ellos con remedios comunicados por los sentidos. Asi es que no estraño cuando jóvenes por cuya mente no ha cruzado jamás un pensamiento avieso, ponen un bostezo en cada palabra de su oracion mas favorita. Abrumadas por las fórmulas, cansadas de gastar su enerjia en adorar á un sér que no comprenden, se posee de ellas un indolente *no sé qué*, que las convierte en verdaderas estátuas. Rezan hoy con la misma distraccion de ayer, y orarán mañana con la misma indiferencia de hoy. Su norte es la rutina, su deseo la inércia. Es cierto que no tienen vicios, mas toda su virtud consiste en la carencia de ellos. Para ser buenos, no basta no ser malos.

En cuanto á las relijiosas que antes de serlo ya fueron inficionadas por el cieno de los regalos, no hay espiaciones por amargas que sean que basten á purificar su conciencia. Las maceraciones no llegan á desgastar nunca los inmundos vínculos que las aferran á los gustos. Suelen olvidarse alguna vez del mundo, y entonces sus arranques son gloriosos, inefables sus éxtasis: pero un recuerdo estraviado, una memoria sin objeto, las afrenta como un sarcasmo, las hiere como una corona de espinas; y cuando se creian en paz en el seno de los ánjeles, se aparecen otra vez en medio del infierno. Hay dias en que la desesperacion exalta su ánimo y las hace sobreponerse á las afecciones terrenales elevándolas al cielo en violentos transportes, pero los torpes sueños de la insidiosa noche las invalidan los méritos del dia; y al despertar doblan las penitencias, invocan la muerte como única espiacion de sus pasadas culpas, y solo ven un áncora á que asirse en tan insondable golfo: ¡la misericordia del Altísimo!

queria á Rita; y á pesar de que nunca lo ha confesado, anhelaba á Adela. Sí, preciso es decirlo para cumplir con la mision de escritores verídicos, anhelaba á la abadesa. Mas de dos veces habia estampado sobre su casto pecho miradas de fuego, por probar si era de nieve y se derretia, pero la tentada santa era de mármol, y no se derritió. Esto será una profanacion, pero es una verdad.

Mas como el dinero es á los jóvenes, lo mismo que las velas á las naves, la carencia de este ajente universal empezaba á encallar la nave de Julio en medio del mar de sus placeres. Agotado el repuesto que llevaba, por efecto de fátuas dilapidaciones, concebia sérios temores acerca de su porvenir. Pero como la Providencia provee (por temporadas) á todas nuestras necesidades hasta sus postreras ramificaciones, esta vez puso en manos de Julio mil duros, los que él consideró como una especie de anticipo.

El modo con que Julio se hizo este préstamo á sí mismo fue el siguiente:

Una de esas mañanas en las cuales dormimos profundamente, porque la fortuna está llamando á nuestra puerta, despertó un criado á Julio anunciándole que un desconocido deseaba hablarle sin pérdida de momento.

—Que entre, prorrumpió Julio maquinalmente.

—Buenos dias, esclamó el que sin duda madrugaba tanto como el sol, interrumpiendo el primer bostezo de Julio, y colocando sobre la mesa un taleguito lleno de dinero.

—Felices, contestó Julio echando una intensa ojeada sobre el talego, como si tratase de examinar si las monedas eran onzas ó pesos duros.

Por su ropaje burdo el desconocido parecia un corredor, pero no lo era. Tenia la nariz un poco remangada, signo que asi podia indicar una bondad inmensa, como una suspicacia sin límites. Sus ojos negros no eran ni descocados ni voluptuosos, y tenian las propiedades de los azules, modestos y frios. Su talla en una concurrencia ni frisaria con los

mas chicos, ni rayaria con los mas altos. El corte jeneral de su fisonomía era tan ambiguo que á primera vista no se encontraba en ella nada de bueno ni nada de malo. Los caracteres indeterminados que constituian su todo, formaban de él lo que entendemos por *uno de tantos.*

—Supongo que no sabreis quien soy yo, dijo por fin aquel hombre tan insignificante como el mayor número de sus semejantes.

—Mucho me alegraré saberlo, replicó Julio con una dulzura que por ser arrancada de los talones le colocaba entre los mas escojidos.

En su concepto esta dulzura era la primer malla de la red con que pensaba aprisionar el talego.

—Pues señor, yo soy Antonio, dijo el desconocido con un énfasis pueril como si el mundo estuviese lleno de su fama.

Ya se acordará el lector del novio de Maria, de aquel novio que si era tan pertinaz en poner los jarabes en punto como en amar, indudablemente debia ser un escelente confitero.

—Muy señor mio, contestó Julio sin caer en la identidad de su persona.

Tan preocupado le tenia la posibilidad de alguna especulacion.

—Maria, repuso Antonio, ya me estará aguardando en Mieres del camino.....

El nombre de Maria acabó de orientar á Julio, é incorporándose de pronto:

—Ah! ¿con que vos sois Antonio? Dijo tendiéndole la mano con una afabilidad casi natural.

—El mismo, respondió el confitero estrechando la mano de Julio entre las suyas con una conmocion total. Soy aquel Antonio que tiene que espiar una gran falta, pidiéndoos un perdon que no le negareis, pues lo implorará si es preciso de rodillas. Os he calumniado, Señor D. Julio; os he calumniado porque amaba mucho, y estaba celoso de vos. No acer-

taba á esplicarme cómo María podia permanecer en una aldea tantos años, sin mas interés que el de cuidar de los hijos de una amiga. Me hablaba tantas veces de vos, y de un modo tan apasionado, que al fin crei que erais mi rival. Si, lo crei, pero ya estoy desengañado. Se ha disipado mi error hasta tal punto, que ya no dudo de su amor. Por último, espero que dentro de poco cojeré el fruto de veinte años de esperanzas.

—(¡Veinte años de esperanzas!) pensó para si Julio con una admiracion en que espresaba la nulidad del amor que aun conservaba á Maria comparado con el de Antonio.

—De veinte años de esperanzas, repuso el confitero con un entusiasmo acérrimo. Verdad es que los desengaños las marchitaban continuamente, pero una palabra de ella bastaba para que renaciesen de entre sus cenizas. Como el fénix, añadió con una metaforizacion calderoniana.

—¿Y de dónde venis ahora? le dijo Julio bruscamente, como si aquel lenguaje le mortificase.

—Del mismo sitio que vos. Escribí á Maria la desagradable ocurrencia de su primo; me contestó que iba á ponerse en camino para Madrid, y que deseaba que yo la acompañase. Nos reunimos en Luarca, donde la estuve esperando algunos dias. Yo venia en mis glorias, pues no dudaba que en llegando á Madrid, despues de arreglar los asuntos de su primo, se efectuaria nuestro matrimonio. Pero desgraciadamente la noche que entramos en esta ciudad, sufrió Maria una herida espantosa en la cabeza, pues algun borracho que pasaba á caballo corriendo por su lado la despeñó de un modo bárbaro. Desde entonces hemos estado aquí detenidos, pues la enfermedad que la produjo su caida la tuvo á las puertas de la muerte.

Julio al oir esto se ocultó el rostro entre las ropas: se habia puesto encendido como la grana, y porque carecia de suficiente serenidad para confesar á Antonio que él era el inocente agresor, disimuló su turbacion embozándose hasta

los ojos. Ya sabia por último quiénes eran los viajeros á los cuales habia oido contar su historia. Satisfecha pues esta curiosidad que tanto le atormentaba, determinó guardar silencio con respecto á la averiguacion del principal motor de aquel incidente trájico.

—¿Y cómo se llama ese primo de Maria? preguntó Julio afectando una absoluta carencia de interés por el fatal derrumbamiento, sin echar de ver que por hacerse el disimulado daba una prueba de tener mal corazon.

—Ricardo, contestó Antonio con frialdad como si hubiera pronunciado el nombre mas inofensivo del mundo.

Recordando Julio que este era el querido á quien tanto amaba Maria, dijo para sus adentros con un celoso resentimiento.

—(¡Lo ha hecho creer que es su primo!)

Y como si estuviese en una postura incómoda, tomando repentinamente otra mas violenta todavia, murmuró entre dientes:—(¡Falsa!)—(¡Como todas!) hubiera añadido algunos años despues.

—El tal primito, siguió Antonio con el induljente mal humor de un viejo que empieza á contar las travesuras de sus nietos, tiene la cabeza á las once. Figuraos qué humos gastará el anjelito, cuando sin preceder mas fórmulas de desafio, quiso matar á su coronel en medio de la calle, porque en una nota que este pasó á la inspeccion del concepto que le merecia, consignó lo que era público y notorio. Mirad, mirad una copia de la nota: Valor, *dudoso*. Aplicacion, *ninguna*. Carácter, *díscolo*. Integridad, *no conocida*. Conducta moral, *mala*. Subordinacion, *poca*. Vicios, *fuma, juega, se emborracha*... etc. Y no creais que estas calificaciones sean arbitrarias, si no que lo peor que tienen es que rebosan justicia por todas sus coyunturas. Direis, y con razon, que por qué se permite en las filas del ejército un capitan de semejantes circunstancias; pero como en el mundo todo es relativo, si le comparaseis con sus camaradas llegariais á tenerle hasta por *un buen chico*.

—No lo dudo, esclamó Julio bañado en agua de rosas.

Coincidian tanto las ideas de Antonio con las suyas, que pareciéndole á Julio un hombre de tanta cordura por lo menos como otros que han pasado por oráculos, arrancó su atencion del fondo del talego para colocarla toda entera al borde de los labios del confitero.

—Si señor, repuso Antonio; esta jente ha hecho el monopolio de las malas costumbres. Como Maria me tenia dada órden para que á su primo no le faltase nada, este ha ido mermando la herencia que la dejó el Montañés casi hasta aniquilarla. A cada instante me estaba escribiendo pidiéndome dinero para salir de un apuro: y gracias cuando no venia á convertirme la casa en cuartel. Largas temporadas me dispensó el honor de hacer de ella su alojamiento, y á fé que conservo de él y de sus camaradas un recuerdo tan hondo como el que pudiera tener si hubiesen sido mis huéspedes los vándalos. No he visto cosa mas soez que los *caballeros oficiales* á quienes aludo. Accionaban como los soldados; juraban por costumbre; las mas viles sarjentadas pasaban entre ellos por chistosas aventuras. Ignorantes, záfios, insolentes, ateos en religion y en moral, todas sus acciones estaban producidas por uno de estos tres móviles: *ascensos, pagas ó mujeres.* El honor militar, el amor de la gloria, estas grandes virtudes sin las cuales la milicia es una falanje de caribes, estarán reducidas á algunas individualidades de quienes he oido hablar algunas veces; pero cuantos yo he tenido la desgracia de tratar consideran sus diplomas como patentes de pícaros. No me alegra el mal de nadie, mas cuando supe que á Ricardo le amenazaba un presidio por la desavenencia que tuvo con su coronel, confieso que la participé á Maria la noticia con cierta clase de complacencia. Pero ya se vé, como esta, á pesar de haberla empobrecido, tiene á su primo un afecto tan pernicioso, se empeñó en ir á Madrid ella misma á activar las dilijencias necesarias para librar aquel mentecato del castigo que merece.

—(¡Cómo le ama!) esclamó Julio con la agonía de un náufrago que dá el último adios á su esperanza.

—¿Ya hace dias, prosiguió Antonio, que debiéramos estar en Madrid, pero la enfermedad de María y los asuntos que hemos tenido que evacuar en esta ciudad nos han detenido mucho. Y á propósito del objeto de nuestra venida á esta, ¿creeis que Andres habrá sido el asesino de vuestra madre?

—De ningun modo, contestó Julio con un tono de justificacion que le honraba, y que á Antonio le pareció sublime.

—Yo tampoco lo creo, prosiguió este. Cuantas veces he ido á verle acompañado de su hija, me ha parecido una víctima sobre la cual pesa toda la injusticia de que el cielo y la tierra son capaces. Mas bien creo que vuestro tio.....

—Es probable, le interrumpió Julio con un impío disimulo.

—En ese caso, replicó Antonio, creo que os complacereis en contribuir con nosotros á la libertad del desdichado Andres.

—Con el alma y la vida.

—Bien me lo decia el sugeto que me ha dado noticias de vos: os ha conocido en casa del oidor Ramirez. Y supuesto que no ha mentido, añadió señalando al talego, aquí os dejo mil duros para que se los entregueis al escribano que actua en su causa el dia mismo en que el tribunal pronuncie la sentencia de su absolucion. Si fulminase contra él algun auto de prision sea temporal ó perpetua, se los entregareis á Andres. Lo mas probable es que el escribano os los pida, si es que tardais en remitírselos, pues ya sabe que quedan en vuestro poder, y me ha asegurado que su absolucion es indudable.

—Mucho me alegraria.

—Dios os premie el buen deseo, continuó Antonio en actitud de despedirse, y ved si teneis algo que mandarnos en Madrid, calle del Príncipe, número 8.

—Que mandeis cuanto se os ofrezca en cualquier parte que me encuentre, contestó Julio con el desembarazo de un artífice que encaja una cuña donde sabe que hace falta.

—Mil gracias, dijo Antonio. Supongo que me perdonareis lo estemporáneo de mis celos.....

—Completamente, prorrumpió Julio.

Y sin duda iba á pronunciar algunas espresiones cariñosas para Maria, cuando alarmado su amor propio, escitó de tal modo el sistema muscular de su larinje, que esta se contrajo repentinamente negando el paso al aliento que las habia de articular.

El confitero salió, y Julio por unos momentos creyó que se habia quedado mudo.

La certeza de haber despeñado á Maria, y la mortificante idea del insensato cariño que esta profesaba á Ricardo, produjo una desazon en Julio que le duró largo tiempo despues de la salida de Antonio. Mas como si en su habitacion hubiese algun cuerpo májico que lentamente absorviese los pesares, se sintió aliviado por momentos, hasta que se tranquilizó del todo, pues conociendo que el talego era el verdadero metal que, á manera de electricidad, le descargaba del mal humor, lo abarcó una y muchas veces con hidrópicas miradas de á minuto.

Digan lo que quieran los fisiólogos, en el corazon del hombre, hasta que empieza el periodo de su decadencia, no cabe ningun dolor radical. El placer es la única sábia que hece jerminar sus instintos, y como el dinero por mas que digan tambien los moralistas, es la causa producente del mayor número de placeres, por eso no es de estrañar que para Julio fuese un remedio tan eficaz. Si á cualquier jóven, aunque se halle afectado del mayor sentimiento, le dicen: toma tanto dinero, y calla, como sea mucho, si no se echa á reir instantáneamente, estoy seguro que por lo menos deja de llorar. La razon de esto es muy óbvia, bien que por otra parte favorezca poco á nuestra egoista naturaleza.

El sagrado objeto, sobre todo para él, á que estaban destinados los mil duros, tuvo perplejo el ánimo de Julio con respecto á la tentadora idea de disponer de ellos *por de pronto*. Mas como el talento con sus argucias forma una especie de plano inclinado por donde las pasiones se despeñan sosegadamente, con dos ó tres argumentos formados en lo mas escondido de su deseo, dedujo, por no sé qué estirada regla de interés público, que no solo seria conveniente, sino hasta moral, poner aquella cantidad en circulacion. — «Con estos mil duros, decia, remedio mis necesidades; hago un bien al comercio que no permite que los tesoros se estanquen; contribuyo á la mejora social favoreciendo el desarrollo del comercio; no profano las leyes del depósito por cuanto ya tendré reunidos otros mil duros iguales, ó parecidos, para cuando se me exijan, y asi libro estos con no comun suspicacia de la horrible eventualidad de un robo».—Falaces raciocinios que carecen de sentido comun, pues si alguno de ellos hace fuerza, si bien no convence, es el de — «con estos mil duros remedio mis necesidades.»

Plenamente convencido de la utilidad de su determinacion por la lójica acomodaticia de estos argumentos, lanzó al talego la postrer mirada de entrañabilidad, y despues de dar media vuelta sobre la izquierda se puso otra vez á conciliar el sueño con la bienaventuranza de un justo.

lla, y carece del prosaismo de esta. Es una mezcla de placeres y dolores: una verdad que parece mentira, y una mentira que parece verdad. Todos los sistemas que tienen lo cierto mezclado con lo dudoso, una vez revelados, jamás llegan á desarraigarse del todo del corazon de los hombres. Si la relijion fuera una cosa enteramente probable, llegaria á perdérsela el respeto: si fuera un sistema completamente inverosimil, vendria por último á quedarse sin prosélitos. El interés de Julio por consiguiente estaba en no saber quien era su seductora. Una vez habida su persona, la cuestion se achicaba, se reducia á la unidad. La ignorancia, en el caso contrario, la estendia, la igualaba á lo infinito. Veia, por ejemplo, muchas mujeres en paseo, é instantáneamente se hacia este argumento: «no será esta, ni aquella, ni la otra, ni la de mas allá, ¿pero quién me puede asegurar que no lo sean?» Hé aquí como la certeza solo pondria de manifiesto un vicio particular: la duda abria un flanco á la virtud universalmente concebida.

El frio, cuando es grande, apaga el sentimiento; cuando es poco, desazona; y cuando es regular, hace sentir un dolor insoportable. La nieve causa lo primero; el aire ó la humedad, lo segundo; y la humedad combinada con el aire causó en Julio lo tercero. Oyó impasible la una, las dos, y las tres en el reloj de la catedral, y como el frio seguia, y como no preferia su curiosidad á la vida, determinó volverse á su casa, como se volvió en efecto. Por el camino fue desarrollando de nuevo su sistema de conjeturas, y porque en el terreno de los hechos no sacaba por consecuencia mas que dudas y mas dudas, empezó mentalmente á elevar la cuestion á principios jenerales, y cuando iba á cojer el aldabon de la puerta ya discurria del modo siguiente: «las mujeres por naturaleza son».....

duelen. Término entre la niñez y la juventud, se oye el canto de una sirena, cuando aun se escuchan las insulseces de la nodriza. En este acto rompe uno con lo pasado, y se enlaza con el porvenir. Sublime exaltacion en que un ánjel nos unje los lábios, cuando hacia un momento que acabábamos de besar la mano del pedagogo. Despues de este pequeño tránsito, ya no vemos dómines que nos azoten; solo hallamos iguales que nos respetan. Esta consagracion de las potencias es el apoteosis de los sentidos; el diploma, en una palabra, de nuestro nombramiento de hombres.

—¿Quién será esta mujer, se decia Julio, que sin duda va á dispensarme sus favores? ¡A mi!

Forzoso es hacer justicia á la modestia de Julio: jamás ha sido pronunciado un *á mí!* con tan seráfica humildad.

La casa en que entró la muda tenia un aspecto sobrado mezquino para que Julio no perdiese parte de sus brillantes ilusiones. La imajinacion, sin embargo, pronto se rehace de estas derrotas mentales, y asi es que al subir la escalera ya le habia reanimado la solucion del problema siguiente: ¿Puede una gran señora bajar á un chiribitil por satisfacer una pasion amorosa?

Apenas puso el pie en el último escalon, asió la mano de Julio otra mano, que podria ser la de cualquiera, pero que figurándose que seria la de la dama, le causó una impresion tan violenta como si inadvertidamente se hubiese unido á un cuerpo electrizado. Era en efecto la de la dama en cuestion; pero como la casa estaba medio á oscuras Julio no alcanzó á percibirla. En el pequeño espacio que se dejó conducir asido de una mano, se restregó los ojos con la otra por ver si estaba dormido. ¡Tan turbado se encontraba! Llegaron á una habitacion débilmente iluminada por el crepúsculo, y vió con la mayor sorpresa que habia sido llamado por una aldeana. ¡Una aldeana!

¡Tremendo golpe volvió á recibir su fatuidad al columbrar aquella saya de estameña, y aquel justillo de pana! ¡Pasar

duelen. Término entre la niñez y la juventud, se oye el canto de una sirena, cuando aun se escuchan las insulseces de la nodriza. En este acto rompe uno con lo pasado, y se enlaza con el porvenir. Sublime exaltacion en que un ánjel nos unje los lábios, cuando hacia un momento que acabábamos de besar la mano del pedagogo. Despues de este pequeño tránsito, ya no vemos dómines que nos azoten; solo hallamos iguales que nos respetan. Esta consagracion de las potencias es el apoteosis de los sentidos; el diploma, en una palabra, de nuestro nombramiento de hombres.

—¿Quién será esta mujer, se decia Julio, que sin duda va á dispensarme sus favores? ¡A mi!

Forzoso es hacer justicia á la modestia de Julio: jamás ha sido pronunciado un *á mí!* con tan seráfica humildad.

La casa en que entró la muda tenia un aspecto sobrado mezquino para que Julio no perdiese parte de sus brillantes ilusiones. La imajinacion, sin embargo, pronto se rehace de estas derrotas mentales, y asi es que al subir la escalera ya le habia reanimado la solucion del problema siguiente: ¿Puede una gran señora bajar á un chiribitil por satisfacer una pasion amorosa?

Apenas puso el pie en el último escalon, asió la mano de Julio otra mano, que podria ser la de cualquiera, pero que figurándose que seria la de la dama, le causó una impresion tan violenta como si inadvertidamente se hubiese unido á un cuerpo electrizado. Era en efecto la de la dama en cuestion; pero como la casa estaba medio á oscuras Julio no alcanzó á percibirla. En el pequeño espacio que se dejó conducir asido de una mano, se restregó los ojos con la otra por ver si estaba dormido. ¡Tan turbado se encontraba! Llegaron á una habitacion débilmente iluminada por el crepúsculo, y vió con la mayor sorpresa que habia sido llamado por una aldeana. ¡Una aldeana!

¡Tremendo golpe volvió á recibir su fatuidad al columbrar aquella saya de estameña, y aquel justillo de pana! ¡Pasar

tantas tribulaciones por obtener el fácil triunfo de alguna moza de cántaro!

QUE QUIERE DECIR: «¡SILENCIO!»

—¡Silencio! dijo la dama poniéndose el dedo en la boca, y en un tono muy bajo, pero sumamente simpático.

Su turbacion, las sombras, la inflexion de aquella voz, todo conspiró á exaltar de nuevo la imajinacion de Julio.—¡Silencio! dicho por una mujer en una habitacion oscura, es derramar un torrente de luz sobre un cuadro espantoso que nos rodea y que no habiamos previsto. Las paredes se vuelven de cristal, y ya vemos en el cuarto inmediato á un marido cargando un par de pistolas; ya á un hermano que examina la hoja de un puñal; ya á un padre que lee el letrero de una espada de Toledo; y ya en fin á toda la parentela de aquella mujer que, apercibiéndose de infinitos pertrechos de guerra, nos asalta por todas partes. ¡Silencio! es lo mismo que decirnos:—«Vos sois el protagonista de este drama. Innumerables obstáculos tienen que preceder al desenlace. Si vence vuestra prudencia, mi mano será la corona del vencedor: si os dejais vencer por el destino, este cuarto será vuestra tumba!»—En tal estado la imajinacion se agranda, y el corazon se achica. Estamos resueltos á hacer frente á todos los poderes del mundo conjurados; pero el ruido de un raton, el aliento de una brisa, nos sobrecojen, nos espantan. Somos unos héroes-pigmeos, con las ínfulas de lo primero, y las flaquezas de lo segundo. A un lado está la vida, y al otro la muerte: delante la felicidad, y detrás la desventura. Esta situacion es la amalgama de todas las sensaciones; es un compendio de la vida del hombre, es decir el *caos*.

La palabra ¡silencio! borró completamente la impresion que hizo en Julio la saya de estameña, y apenas fue pronunciada cuando resolvió de nuevo el problema con la amplificacion siguiente: ¿Puede una gran señora bajar á un chiribitil

por satisfacer una pasion amorosa, *vestida de aldeana para mayor disimulo?*

LO QUE INSPIRA UNA ALCOBA.

—Sentaos, añadió en seguida la señora disfrazada; porque sin duda ninguna era una señora disfrazada.

Esto varía de aspecto. El drama se va convirtiendo en comedia: una mujer que nos manda sentarnos á su lado, principia á decirnos: «Ha vencido vuestra prudencia: aqui está mi mano.» Asi es que á Julio se le ensanchó el corazon.

He venido... empezó á decir este.....

—Porque yo os he llamado, le interrumpió la señora.

Esta era la verdad.

—Por consiguiente, continuó, no empeceis á blasonar de una accion que no tiene nada de meritoria. Si alguno de los dos es digno de alcanzar el fin que se ha propuesto, seguramente soy yo.

Y dijo este *yo* con un movimiento de cabeza tan aproximado, tan jentil, tan insinuante, que Julio se turbó en estremo.

Bien que este se turbaba por cualquier cosa. Si hubiera tenido mas mundo, se divertiria mucho con aquella mujer á solas.—«Señora, la diria yo en el caso de Julio, hay situaciones en la vida que las presiente el corazon mucho antes de que sucedan. Sin duda por eso no me sorprendió vuestro aviso, porque lo esperaba. Se halla ademas reunida en mi alma tan inmensa dosis de simpatia que no debeis estrañar que venga perdidamente enamorado de vos. Es verdad que esta simpatía la pudiera haber empleado en muchas mujeres que el mundo llama hermosas, pero yo no sé qué secreto instinto me hacia conservarla para otra mujer mas hermosa todavia. ¡Oh, sí, dejadme lisonjearme con la idea de que sois una mujer mas hermosa todavia!—Por supuesto que esta

arenga la pronunciaria yo con un *run run* nasal que estaria diciendo *¡pues ya!* Tal chungada nos proporcionaba á entrambos dos ventajas, á mi la de reirme á su costa, y á ella la de ahorrarla el trabajo de espontanearse. Y poco me importaria que conociese la burla, pues tenia ya demasiado adelante el pie para que pudiese volverse atrás. En los dos estremos, si mi impertinencia (porque confieso que seria una impertinencia) heria su amor propio, la timidez de Julio ofendió su pudor. Cuando le dijo:—Habeis venido porque yo os he llamado,

—Es verdad, contestó Julio con la injenuidad de un santo.

Que diga cualquiera si esta bobada no ofenderia su pudor.

Pero estaba muy oscuro, y ó la aldeana no se ruborizó, ó no se la echó de ver, y débil y pausadamente prosiguió diciendo:

—Tenia entendido que vuestra locuaz galanteria era mayor que la que mostrais en este instante.

—Callo, contestó Julio, porque ignoro todavia el objeto para que he sido llamado.

¡Qué torpe!

—En ese caso no sabeis que en asuntos como este es menester ser adivino. Creo que vos sois el único hombre que en semejante situacion ignorase el papel que le estaba confiado. No os figureis que esto en parte no me complace, pues vuestra perplejidad me prueba que esta es la primera vez...

—Sí, yo os juro que esta es la vez primera...

Y aqui se detuvo Julio notando que tal vez habia adelantado el discurso demasiado, y por no hallar fórmula con que espresar bien su idea.

La dama se sonrió por lo bajo.

Julio luchaba entre el temor y el deseo: el primero le tenia echado un dogal á la garganta, y el segundo le hacia cometer mil estravagancias, tales como las de temblar de pies

á cabeza, dejar escapar sollozos, y sufrir todas aquellas tribulaciones que en tan gustosos lances asaltan á la inesperiencia. Cada vez mas fascinado hacia jirar los ojos en derredor, y su enajenacion mental fue completa cuando á los últimos rayos del crepúsculo vió ajitarse blandamente los voluptuosos pabellones que formaban las cortidas de una alcoba.

En una habitacion poco iluminada, donde se hallan platicando dos amantes, la entrada de una alcoba es la boca del infierno. Tiene una atraccion tan májica como la que ejerce el iman sobre el acero. Brota por alli la incontinencia, y todo el refrenamiento de los sentidos se exala por aquel conducto. A través de las cortinas se trasluce la figura del diablo que hace mil piruetas sobre el lecho, y que con la punta de la cola tiene asido el estremo de la cortina, próximo á levantarla en gracia de los que quieran entrar, y dispuesto á soltarla en obsequio de los que entren. Mil jénios alados ajitan teas de un color de azufre, cuyo subterráneo brillo ilumina un coro de sátiros y ninfas, que proyectando sus sombras en las cortinas forman un variado panorama de caprichosas huidas y de tentadores encuentros.

Finjiéndose en su delirio tan seductor aspecto, la turbacion de Julio rayó en frenesí, y suelto ya el freno del recato tendió los brazos á la desconocida que aun presumia tener al lado. Mas esta habia desaparecido, y su irritacion febril le impelió á buscarla, aunque en vano, por toda la habitacion. Vió ondular la cortina de la alcoba, que sin duda la menesba el diablo, y presumiéndose que habria huido por alli, entró á buscarla desatalentado.

¿Si habrá huido por alli la dama? ¿Si la habrá encontrado Julio? ¿Si habrá querido burlarse de él? ¿Mas para qué?.. ¿Cómo?... ¿Cuándo?..

DAR EL TROPEZON.

Preciso será examinar la conducta de Julio desde que en-

tró en Oviedo, para venir en conocimiento de quién seria la Aldeana disfrazada. Cuatro mujeres habia tratado hasta entonces con una prudente intimidad: Isabel, Lucía, Rita y la Abadesa de Santa María.

Ya recordará el lector aquella mirada tan sándia que la primera lanzó á Julio al bajar una escalera. Como este no sabia distinguir una contorsion afectada, de un rapto amoroso, tuvo aquella mirada por un rapto, y no por una contorsion. Desde aquel dia visitó á Isabel, al parecer con esperanzas de buen éxito. Ella misma le habia puesto en camino, y él caminaba mas ilusionado cada dia, pero sin llegar jamás al término de su viaje. Era Isabel una de esas mujeres que saben lo que han de negar, y lo que han de conceder, y á qué tiempo y de qué modo, para entretener á los hombres con garatusas y monadas, sin que los hastien los favores, ni los desalienten las repulsas. Embrollado en este laberinto de concesiones y desdenes, se complacia en secreto con la idea de que no alcanzaba mas de Isabel por falta de proporciones. ¡Pobre Julio! Aun no sabia la máxima de que cuando ellas quieren nunca las falta modo.

Queda pues en duda si seria Isabel la dama desconocida.

Lucía era una de las muchas que no saben poner mala cara á ninguno que se la pone buena. Pasaba en Oviedo por querida del Marquesito, y á pesar de todo oia, al menoe con aparente gozo, algunas galanterias que Julio tenia la travesura de dirijirla. Muchas noches la acompañaba desds casa de Isabel hasta la suya, y en el camino la solia estrechar la mano. Ella, ó callaba, ó se reia, pero su silencio podia decir mucho, y no decir nada, asi como su risa era de as que usan las mujeres lo mismo cuando halagan que cuando asesinan. Esta apacible neutralidad tiene el inconveniente de alimentar esperanzas, pero tambien la ventaja de paliar desengaños. En el termómetro del amor, la altura en que se encontraban los amores de Julio con Lucía, era el grado hasta donde se dejan amar todas las mujeres del mundo, sea

cualquiera su estado. Desde ese grado para arriba muchisimas dicen que *sí*, hasta ese grado ninguna dice que *no*. Cuando se quiere asi el cariño no es amor, es una imitacion. Entonces los celos no nos hieren en el corazon, nos punzan en la cabeza: no atacan al sentimiento, pero mortifican el amor propio. Si le preguntan á uno como vá de amores, responde que *asi asi*. Y es lo único que se puede responder, porque asi ama uno, como está próximo á olvidar: asi está libre, como pronto á encadenarse. No es uno otra cosa entonces que un cazador en *espera*: se agazapa, se esconde y se aproxima; si pasa la liebre, dispara y hace caza; si no pasa, se contenta con la idea de que podia haber pasado. Esta espectativa es una especie de negociacion entablada, sobre la cual no se ha resuelto nada tadavia: principio de una de manda, donde aun no ha habido careo de partes.

Hay por consiguiente presunciones de que podia ser Lucía, pero muchas probabilidades tambien de que no podia haber sido.

En cuanto á Rita, Rita ¡ah! queria mucho á Julio. Mas para oprobio de este forzoso es decir que rara vez correspondia á sus insinuaciones, y eso que la pobre se solia insinuar muy amenudo.—¿Vais esta tarde de paseo, Julio?—Creo que no, Rita.—Lo decia porque vamos á ir nosotras...etc.—¡Qué alma aquella! ¿Si la pensionista habrá cometido la picardihuela de hacer una escapada para tener una entrevista con Julio? Imposible. La Aldeana disfrazada, si atendemos á su lenguaje, era una mujer de mundo, y el mayor defecto de Rita era no tenerle. Ademas esta era una niña inocente, y aunque la inocencia abrumada por su propio peso suele caer de lleno en medio de los vicios, sin embargo la de Rita era una inocencia muy celada, y en este caso hace la fuerza el efecto de una buena voluntad.

Me inclino á creer por esto que tampoco debia ser Rita.

La Abadesa ¡qué horror! la Abadesa por supuesto que no era: y eso que Julio la hizo mas visitas de las necesarias,

pues habia leido en muchísimas novelas que la monja *tal* tuvo amores con el jóven *cual*, y la Abadesa de Santa Maria de la Vega pasaba en Oviedo por ser una mujer tan hermosa!... Mas juro que Adela á aquella hora estaba rezando maitines, y si he cometido la profanacion de mentarla en este sitio, es porque los malos pensamientos de Julio me han obligado á ello. ¡Lo que son los jóvenes!

Y si no era ninguna de las amigas que él trataba con mas frecuencia, ¿quién podia ser aquella desconocida?

Mas volvamos á escucharla, y tal vez ella misma nos dirá quien sea. Pasado el tiempo necesario para que Julio la pudiese encontrar, volvió con ella asida de la mano. Al fin la habia tropezado. Ya me lo figuraba yo.

SENTIR EL DOLOR.

—Oigo ruido, dijo la Aldeana á Julio viendo que este se disponia á sentarse de nuevo.

El galan se puso á escuchar atentamente, y á pesar de no haber percibido nada, no conoció que lo que queria la Aldeana era zafarse de él.

—Salid por aquí, añadió luego conduciéndole hácia la puerta.

—¿Y hé de marchar, prorrumpió Julio, sin que me digais quién sois; sin llevar una prenda vuestra que me recuerde?....

—Tomad, dijo la Aldeana sacando del dedo un solitario.

Julio notó con asombro que aquella alhaja parecia que habia sido hecha para él. Echó al cuello de la dama una cadena que él llevaba colgada al suyo; y despues de decirse lo que en tales casos se dicen todos los amantes cuando se despiden y están solos, salió de la casa tan confuso como habia entrado en ella.

Lejos ya de la fascinacion que ejercen en los sentidos los seres de otro sexo, Julio empezó á discurrir, aunque no

con mejor éxito, quién seria aquella mujer que tan pródiga estaba con él de favores. —Indudablemente, decia, aquella voz tiene tonos en un todo conformes con las modulaciones del acento de Isabel. ¿Pero será posible que una mujer cuyo amor solo me consta por vagas manifestaciones, se haya aventurado hasta el estremo de?... Ah!

—Por otra parte, seguia diciendo, Lucia no podia encargarme con mas cuidado que este lance fuese un secreto, sobre todo para el Marquesito. ¡Cuánto placer tendria en ser un rival dichoso de ese fátuo! Pero la hermosa Lucia es tan esquiva, tan falaz, tan orgullosa, que no creo que ella..... Oh!

Y en esto se paseaba de estremo á estremo de la calle, con el propósito firme de no dejarla hasta ver si alguno entraba ó salia de aquella casa encantada. Pero las puertas y ventanas seguian herméticamente cerradas, y aunque la humedad de la noche ya iba entumeciendo sus miembros, su cabeza aun seguia discurriendo de este modo con el mayor calor.

—Y apurando mas el caso, aquel pie que... ¿nó juraria cualquiera que habia salido de un molde hecho por el reducido pie de la inocente Rita? ¿Pero tan capaz seré yo de inspirar pasiones que aquella niña se haya olvidado de sí misma hasta el punto de acordarse tanto de mí? ¡Qué locura!

—Y por último ¡Dios mio! ¿no es la beatísima Adela la única persona sobre quién me falta derramar estas mundanas sospechas? ¡Imposible!

Julio parecia un loco, y con efecto lo estaba: no tanto por no adivinar quién era, cuanto por tratar de adivinarlo. Si él hubiera tenido mas amplitud de miras, conoceria que su triunfo mas que á una mujer en particular, se estendia á todo el bello sexo en jeneral. ¿Qué mayor gusto que ver en la calle una mujer hermosa, y decir uno para sí, embebecido en una lisonjera duda: *si será esta*? La duda es el único alimento que el hombre saborea sin hastiarse. La ilusion le fatiga; la realidad le cansa. La duda tiene el encanto de aque-

lla, y carece del prosaismo de esta. Es una mezcla de placeres y dolores: una verdad que parece mentira, y una mentira que parece verdad. Todos los sistemas que tienen lo cierto mezclado con lo dudoso, una vez revelados, jamás llegan á desarraigarse del todo del corazon de los hombres. Si la relijion fuera una cosa enteramente probable, llegaria á perdérsela el respeto: si fuera un sistema completamente inverosimil, vendria por último á quedarse sin prosélitos. El interés de Julio por consiguiente estaba en no saber quien era su seductora. Una vez habida su persona, la cuestion se achicaba, se reducia á la unidad. La ignorancia, en el caso contrario, la estendia, la igualaba á lo infinito. Veia, por ejemplo, muchas mujeres en paseo, é instantáneamente se hacia este argumento: «no será esta, ni aquella, ni la otra, ni la de mas allá, ¿pero quién me puede asegurar que no lo sean?» Hé aquí como la certeza solo pondria de manifiesto un vicio particular: la duda abria un flanco á la virtud universalmente concebida.

El frio, cuando es grande, apaga el sentimiento; cuando es poco, desazona; y cuando es regular, hace sentir un dolor insoportable. La nieve causa lo primero; el aire ó la humedad, lo segundo; y la humedad combinada con el aire causó en Julio lo tercero. Oyó impasible la una, las dos, y las tres en el reloj de la catedral, y como el frio seguia, y como no preferia su curiosidad á la vida, determinó volverse á su casa, como se volvió en efecto. Por el camino fue desarrollando de nuevo su sistema de conjeturas, y porque en el terreno de los hechos no sacaba por consecuencia mas que dudas y mas dudas, empezó mentalmente á elevar la cuestion á principios jenerales, y cuando iba á cojer el aldabon de la puerta ya discurria del modo siguiente: «las mujeres por naturaleza son».....

PLACERES AMARGOS.

LO PLACENTERO. — *Primera parte.*

El dolor acrisola las almas; el placer las gasta. Si me inician en los antecedentes de cualquiera, sobre poco mas ó menos yo graduaré la mayor ó menor bondad de sus sentimientos. Esto es cierto hasta tal punto que cuantos han sido mimados por la suerte, son egoistas, vanos, irascibles: abrigan, en una palabra, cuantas pasioncillas constituyen al verdadero discolo.

Hay tambien almas tan sobre-escitadas por el dolor, que adolecen de los mismos defectos que las que han sido viciadas por el placer. Este estado es falso, violento, escepcional. Los pesares cuanto mas fuertes son, mas humanizan los corazones. Los que aseguran que á fuerza de padecer lo tienen encallecido, mienten: su petrificacion es despique, resentimiento, desesperacion.

Cuando Julio se encontró de pronto rodeado de desventuras que llorar; de daños que resarcir; de agravios que

vengar; de deberes que cumplir; y abrumado en fin por ese cúmulo de adversidades que son las *herencias del mundo* de las cuales todos al nacer tenemos que tomar cuenta en mayor ó menor número, se encontró enérjico y jeneroso. Halló en su espíritu fuerzas con que repeler ataques insidiosos, y humilde bondad en su alma con que remunerar perjuicios. Constante en asediar á los enemigos pertinaces, flexible con los arrepentidos, justificador con los vejados, en la época á que aludimos Julio empezaba á ser lo que entendemos por todo un hombre honrado.

Pero despues que comenzó á saborear esos frutos agridulces que son las *primícias de la vida*, y que consisten ya en un amor de quita y pon que se profesa á la que está mas cerca; ya en un sensual escamoteo de billetes y miradas; ya por último en un fausto que nos cuesta la sangre de las venas, Julio sintió relajados sus mas nobles sentimientos. Avezado á mentir pasion á las mujeres, se hizo falso con los hombres. Por ser constantemente amable, llegó á ser constantemente hipócrita. Indolente, como todo el que sentado en un almohadon se está horas y horas exalando respiraciones que parezcan suspiros para recibir en recompensa el negativo precio de una sonrisa, algunas veces amante, otras compasiva, y no pocas escarnecedora, llegó á ser un impasible espectador de los males que afectaban á todos los que no eran él. Instruido y modificado esclusivamente por las mujeres, era lo que son cuantos están modificados ó instruidos por ellas, disimulado, insinuante, perspicaz, completamente civilizado, enteramente perverso.

Cualquiera creerá que aquel jóven que salió de su casa tan anhelante de poner término á las inmerecidas aflicciones de Andrés y tan lleno de gratitud por su comportamiento, habria cuando menos practicado algunas diligencias en pró de aquel fiel criado, pero se equivocará. Sus buenos deseos se fueron resfriando hasta el punto de no tener ya energía para rebosar al esterior. Este cambio solo se puede esplicar por la

diferencia de ocupaciones. Cuando era desgraciado Julio fue activo, liberal, virtuoso. Cuando empezó á ser feliz, se hizo un indolente, un egoista, un pícaro.

Y en esto llegó el dia en que su hermana debia entrar en Oviedo, y, como muchos sabian su venida, Julio dispuso una partida de campo para salir á recibirla. La columna espedicionaria debia reunirse en la calle de Traslacerca, donde vivia el oidor Ramirez. Isabel era el jeneral en jefe. Desde el Marquesito hasta el último repostero tenian que obedecer sus órdenes. Esta obediencia no era absoluta: habia esclavitud, pero se permitia la queja. Asi es que cuando Isabel se aventuraba á dar una disposicion, que en jeneral desagradaba, al mismo tiempo que era ejecutada llovia sobre su cabeza una salva de epigramas. Esta mandarina con ínfulas de Bajá tenia un placer feroz en ser obedecida pronto y con repugnancia. Su mayor gusto era destruir el gusto de los demas. Por ejemplo, al mismo tiempo que ordenó á Julio que se colocase á su lado, proscribió la mezcla de los hombres y las mujeres. Este lujo de tiranía produjo una irritacion mas implacable cuanto fue mas sorda: las mujeres se sometieron por aparentar virtud: los hombres por una insensata galantería afectaron complacencia en sufrir resignados el yugo de una mujer.

Al subir al coche todos se apresuraron á servir de escabel al tirano (á Isabel). Cuando fue á montar el favorito (Julio), prorrumpió el Marqués dirijiéndose á un vejete negruzco, escuálido y jorobado.

—*Monsieur de Lorsac*, vedle, aquel es.

Y en seguida el francés lanzó á Julio una mirada aniquiladora.

El coche arrancó, y á pesar de que el privado habia sentido una conmocion tan dolorosa como si el jénio del mal hubiese clavado en él sus ojos de fuego, pronto olvidó la infernal mirada de Lorsac, aturdido ó desatinado con las distinciones de Isabel que al parecer le amaba.

En nuestras provincias del Norte una partida de campo

en un dia sereno y al lado de una buena moza, es un episodio de la vida tormentosamente fascinador que jamás llèga á tragar el sepulcro de los recuerdos. El aire tiene un azul denso que hace soñar fantasmas, y una caliente humedad que esponja los sentidos. Donde quiera hay árboles, cuyos pabellones de ramas dan lugar á peligrosas traspuestas, é incitan á esos solitarios hurtos, que mas bien son cambios, pues se entrega lo mismo que se roba.

Julio estaba medio loco; no es estraño. Azuzado por ese duende que continuamente bulle en nuestro cuerpo hácia el fin del primer tercio de la vida, todos sus conatos se dirijian á tender celadas á Isabel á favor de los matorrales, grutas y ramajes que casualmente se interponian entre ellos y la demas concurrencia. Pero se las habia con un enemigo mas experto que él, y por eso Isabel solo caia en los lazos que ella misma se preparaba. Es decir, solo era víctima de alguna que otra amorosa nimiedad. La astuta perseguida tropezaba, pero no caia. Por esto se concebirá lo mucho que Julio la querria: una mujer que manifiesta deseos de caer, y que, sin caer nunca, siempre está tropezando, para un jóven cuyos pertinaces deseos le obligan á ser constante, es una mujer adorable. Asi es que Julio espiaba con impertérrita calma todas las ocasiones en que la virtud de Isabel podia salir pellizcada. Si la ofrecia una flor, siempre atrapaba alguno de sus dedos. Si la brindaba á gozar de alguna perspectiva, el mejor punto de vista casualmente siempre se hallaba lejos... muy lejos. Y allí donde nadie los atisbaba, teniendo solo por rémora el frájil antemural del deber, y atentos á ese elocuente silencio de la soledad que parece decir: « afanáos, que el tiempo vuela, » se tramaban entre los dos amantes reiteradas escaramuzas, en las cuales el único ajente destructor era la electricidad sensitiva, elemento poco apreciado todavia por los fisiólogos, y que causa mas estragos que todos los elementos hasta ahora conocidos. Julio, alborozado, iba, venia, instaba, á veces pedia mucho y era rechazado, otras exijia poco y

era consentide.... ¡Oh!.... ¡Cuánto amor!.... ¡Cuánta simpleza!....

LO AMARGO. *Segunda parte.*

Por fin se hizo notable entre los concurrentes el amor excéntrico-social que arrastraba á Isabel y á Julio á dar frecuentes batidas, y no de caza, por los alrededores; y se formó el intolerante proyecto de espiar con secreto sus acciones para ver si algun desliz punible podia ser la clave de las burlas de aquel dia. Para llevar á cabo tan envidiosa determinacion, se dispuso que M. de Lorsac se subiese á un árbol, y, á manera de predicador, afectando no parar la atencion en los dos amantes, los enterase desde allí de todo lo que en sus actos hubiese de execrable. Ya encaramado M. de Lorsac, y perfilando sobre Isabel y Julio una mirada equívoca, empezó á predicar de esta manera estravagantemente metafórica:—«Escuchad los que permaneceis castos en medio de la impureza: vos sois la grey bendita del Señor. Las iras del cielo y de la tierra caigan sobre el maleficiado cordero que, abandonando su manada, persigue á la zorra para que, antes que el sol se oculte, ilumine su ignominioso ayuntamiento. Atended, y escarmentad. La garra de la zorra ya ha profanado el vellon del cordero» ...

En este momento Isabel abandonaba á Julio una mano solicitada con el ardor mas provocativo.

Un redoble de aplausos interrumpió la indecorosa peroracion de Lorsac.

Luego continuó:

—«Creced, y..... dijo el Señor, pero sea cada especie con su especie: no invada el azor el nido de la paloma. ¡Ay del cordero que en este instante pone sus labios, avezados á tocar la yerba purificada por el rocio de la aurora, sobre el sangriento hocico de la zorra, donde aun pululan los despojos de mil inocencias destrozadas!....»

Con efecto, el ardor de Julio bloqueó tenazmente la resistencia de Isabel, hasta que al fin logró que sus labios se dejasen sentar un beso.

¡Era el primero!

Este pasaje bíblico-tabernario, produjo en los oyentes un placer orjiaco. El oidor Ramirez aplaudió furiosamente: todos sabrian la causa, y por eso su salvaje alegria no redundó en su deshonra. Por lo demas, por débiles que fuesen los vínculos que le unian á Isabel, parece que su propio decoro estaba mas interesado que el de otro alguno en correr el telon que patentizaba un espectáculo tan grotesco. Si era su prima, ninguna circunstancia por escepcional que fuese, podia disculpar aquel contento extemporáneo con que aumentaba el efecto de la escena. Si era su corteja, no se puede concebir una abnegacion mas absurda. A pesar de todo, los feroces aplausos de Ramirez parecieron á algunos el reflejo de grandes cualidades morales ¿Qué lazos le unian entonces á la triste heroina de aquella farsa, en que era mas soez el espectador que los actores? Mas adelante lo sabremos. Entre tanto no se debe olvidar que Ramirez era la última esencia del cinismo.

—Venid, que nos observan, dijo Isabel asiéndose dal brazo de Julio con mentida indiferencia.

Al verlos acercarse se duplicó la fervorosa elocuencia de Lorsac.

—Tened cuidado si alude á nosotros, articuló Isabel á su compañero de martirio, trasluciendo por entre las ramas unas miradas mas ponzoñosas que saetas envenenadas.

Lorsac prosiguió:

—¿« Y queréis saber la historia del cordero? Por sus instintos podeis adivinar su raza. Es hijo de un lobo y de una oveja. Un dia que se dejó arrastrar de su jenuina ferocidad, el padre *asesinó*..... quiero decir *devoró* á la madre»....

—No alude á nosotros, dijo Isabel á Julio honrándole con un insinuante apreton.

El amante quedó desencajado. Esta vez la embozada comparacion de Lorsac no hizo batir las palmas, porque nadie llegó á sondearla. Solo Julio desentrañó lo inicuo de la alusion.

—¡Ya viene! ¡ya viene! esclamó de pronto Lorsac mirando hacia el poniente.

—¿Quién? preguntó uno desde abajo.

—Emilia, contestó Lorsac descolgándose de su movible púlpito.

—La hermana del cordero, murmuraron la mayor parte por inspiracion unánime.

Mientras que todos se agrupan á dar la bienvenida á Emilia, las mujeres por ver si es hermosa, y los hombres por lo mismo, vamos á dar una idea del carácter de Lorsac.

El mayor número de los que concurrieron á la partida lo veian por primera vez. El Marquesito se lo habia presentado á Isabel garantizando su comportamiento, y solo en las escatimadas esplicaciones que aquel dió al hacer la apolojia del presentado, indicó que era francés. Esto era una mentira palpable. Cierto que, cuando conocia que le observaban, las espiraciones de Lorsac eran nasales, y su pronunciacion tan constreñida, sorda y mezquina, como la de todos los paises septentrionales; pero si descuidadamente se despojaba de su artificio, el tono de sus palabras era franco, sonoro, meridional. Su apellido podria ser francés, pero nada mas.

En cuanto á su fisico, Lorsac era tan magro como cualquiera de esos que, gozando de una inalterable salud, no tienen mas que la piel sobre los huesos. Estas momias vivientes parece que sudan la gordura que constituye la redondez de las formas, y por eso su tez siempre está sucia y rugosa. Su frente apenas tenia dos dedos de altura; la demas estension la usurpaba una peluca cenicientamente rubia que le caia traidoramente sobre los ojos. Por los bordes laterales de la peluca se asomaban algunos mechones de pelo gris; prueba de que no era calvo, porque esta clase de cabello es tan

incontrastable como si naciese de lo interior del cráneo. El iris de sus ojos tenia un color indefinible, y admitian cualquier calificacion, con tal que al llamarlos verdes ó azules se añadiese *oscuros*. Sus pupilas eran gatunas, pues segun la mayor ó menor intensidad de la luz, se agrandaban ó reducian ostensiblemente, y vistas de cierto lado brillaban como dos áscuas. La joroba podia compararse, en sentido inverso, á la curva trazada por un arbusto azotado del huracan; cuando amáina el viento, el arbusto se endereza; cuando, arrebatado por algun sentimiento fuerte, Lorsac se olvidaba de hacer el papel de viejo, su cuerpo quedaba enhiesto.

¡Cosa rara! En el estado normal parecia que su máquina ya sentia el peso de los años: entonces en el tono de su voz habia amargura y resignacion: su vigor estaba solapado bajo el manto de esa sesuda frialdad con que el tiempo cubre á los hombres que ya han cumplido cuarenta abriles. Pero cuando alguna impresion violenta afectaba su sistema nervioso, aquel hombrecillo neglijente lanzaba de su ojos una enerjía intensa; hablaba con la firme resolucion del ambicioso á quien le sobran recursos para lograr el fin á que aspira; desafiaba la suerte como el que tiene un alma de acero que oponer á sus embates, y sus ademanes y sus jestos revelaban la conciencia de su superioridad. Entonces en Lorsac habia una verdadera transfiguracion.

Despues de la sangrienta metáfora en que manifestaba conocer la historia de Julio, observaba este á Lorsac con un temor supersticioso. Analizaba sus actos y sus palabras con una insidiosa curiosidad siempre que se podia poner á cubierto de sus miradas, porque á cada ojeada del vejete se sentia anonadado como si le hiriese un rayo. Una vez que se alejó de los concurrentes, perdido en mil conjeturas sobre la verdadera procedencia de Lorsac, este le siguió, y mirándole de un modo siniestro, prorrumpió, dominado del mas sarcástico dolor:

—« ¡Ah, la pobre Emilia no pudo resistir á las agresio-

siones de un hábil seductor! El guardian responsable de su inocencia por no haber tenido perspicacia para celarla, tiene ahora la iniquidad de sepultarla en un claustro. Las mansiones de la virjinidad van á ser profanadas por un sér que abriga en su seno una concepcion bastarda. Y en tanto el autor de tal escándalo va propalando su ingnominiosa fechoría, sin que el burlado guardador le haya partido el corazon»!....

—¿Quién sois? preguntó Julio arrastrado por un impulso de desesperacion.

—El demonio, contestó Lorsac volviéndole la espalda con un odioso menosprecio.

Julio quedó tan aterrado como si un hacha suspendida en el aire amenazase henderle de medio á medio.

En esto se oyó la señal convenida para la merienda, y Lorsac corrió á sentarse al lado de Emilia.

—¿Entrais gustosa en el claustro? la preguntaba poco despues de modo que Julio pudiese oirlos.

—Muy gustosa, contestó Emilia. Y luego exaló un sollozo como diciendo: «ay, cuanto me cuesta este sacrificio!»

—¿Y hace mucho tiempo, continuó Lorsac, que habeis hecho ese voto tan espontáneo y tan doloroso?

—Muchísimo, dijo Emilia con la misma consternacion con que hubiera podido decir: ¡nunca!

—¿Y ya teniais hecho ese voto, replicó Lorsac debilitando la voz, cuando hace unos meses el árbol que crece al pie de vuestra ventana servia de escala á un galan que os sedujo y que os ha abandonado?

—¿Sabeis?....prorrumpió Emilia con un espanto mezclado de bochorno.

—Todo lo sé, contestó Lorsac; vuestro hermano me lo ha contado.

Julio se preparó á desmentirle, mas fascinado por el resplandor fatídico que brotaba de los ojos de Lorsac, no tuvo valor para arostrar tanta impudencia.

—¡Qué vergüenza! esclamó Emilia, escondiendo el rostro cariñosamente contra el brazo de Lorsac.

—¡Resignacion! articuló este en tono inexorable; mas desgraciada que vos ha sido vuestra madre!

—Si ella vé mi arrepentimiento me perdonará desde el cielo, prorrumpió Emilia con esa uncion que siempre se desborda de las almas henchidas de creencias.

—Y vuestro padre desde el infierno, añadió Lorsac con un dolor desesperado.

Y luego viendo que los circunstantes ya empezaban á fijar en ellos la atencion, dijo poniéndose en pie y tomando su habitual actitud de diablo predicador:

—Bebamos, voto al chápiro! Brindo por los cruzamientos de pies que está ocultando esta mesa. ¡Ola! ¿Isabel se ha puesto colorada? ¡Magnífico! el que se pica, ajos come. ¡Calla! ¿Tambien Lucía? Lo celebro; eso prueba que el Marqués se divierte. No hay que apurarse muchachas; esa es vuestra mision sobre la tierra.

Los mas descocados empezaron á celebrar el brusco razonamiento de Lorsac que continuó diciendo:

—Asi como asi, si fuerais incorruptibles, la humanidad adoleceria de una insulsez insoportable. Vuestras adorables infidelidades hacen el mismo efecto que el del truhan jugador que entremezcla la baraja: por su astuto manipuleo unas veces se encuentra al *rey* montado sobre la *sota*, y otras se vé al caballo cabalgado sobre el *rey*. *(¡Bravo!)*

—Este teje-maneje tan variado como indecente hace del mundo un panorama cien veces mas caprichoso que el del cielo. ¡Menester es que tenga algo de deslumbrador para que nos haga soportar el peso de la vida! Benditas seais, hijas de Eva, que con tan constante frajilidad conservais el carácter que os ha impreso vuestra primitiva madre. No rompais la tradicion. Ese espíritu filtrativo que os arrastra á mezclar al *indio* con el *turco*, y al *chino* con el *europeo*, es el ajente principal del potaje mas comun,

mas dificil, y mas universal de la creacion. *(¡Bravo! bravo!)*

Y de pronto encarándose con Julio, añadió Lorsac en francés, manifestando en su repentina transicion el mas furioso pesar:

—*Vous me trouvez un peu fou ¿n' est ce pas? Eh bien oui, je plaisent, je ris; mais c' est pour ne pas pleurer!*

(Os pareceré algo loco ¿no es cierto? Si, me chanceo, me rio: pero es por no llorar!)

—No os acobardeis, murmuró Isabel á Julio viéndole bombardeado por las miradas de todos.

Julio comenzó á paladear un enorme vaso de jerez, mientras pasaba aquel chubasco de ojeadas, mas temible á veces que la metralla de los obuses.

—Brindo, prorrumpió el Marquesito contajiado por la locura de Lorsac, porque las penitencias de esa Señorita (señalaba á Emilia) sirvan de espiacion por los muchos pecados de sus deudos.

—Y por los de sus amigos, dijo Isabel dando del codo á Julio, invitándole á que lo pregonase en alta voz.

—Y por los de sus amigos, gritó Julio un poco exaltado ya por el jerez.

—Siento que tengais tan mal Espiritu-santo, replicó el Marquesito aludiendo á la escitacion de Isabel, la cual habia percibido sagazmente.

—¿Tan malo os parece Marqués? preguntó Isabel flechándole una mirada penetrante casi de ánjel y casi de víbora.

—Tan malo, contestó el Marqués, que dudo que en el mundo entero se pudiese encontrar una paloma que quisiese simbolizarle.

—Eso es un insulto, dijo Julio con una presteza hija lejitima del licor que acababa de apurar.

—Esto es una verdad, replicó el Marquesito sentándose con cáustica gravedad.

—¡Silencio! esclamó Lorsac dando sobre la mesa un fuerte puñetazo que hizo estremecer el pavimento.

A tán estentórea esclamacion, la mitad quedaron aturdidos y la otra mitad estupefactos.

A pesar del silencio que no pudo menos de producir el tiránico arranque de Lorsac, al punto se travó á media voz entre Isabel y Julio el diálogo siguiente:

Isabel. Decidle al Marqués algo que pueda herir la susceptibilidad de Lucía: paguemos una insolencia con otra.

Julio. Dadme asunto para fraguar un equívoco.

Isabel. Apelad á alguno de esos vagos recursos formulados en un *se dice*, y que soltados con bárbara injenuidad hieren de muerte la reputacion de las mujeres. Decidle por ejemplo: «segun *voz pública*, Marqués, no sé yo de cual espíritu puro pudiera ser emblema la paloma bajo cuyas alas os soleis adormecer».

Julio (*Con indecision*). ¿Pero no os parece demasiado injusto?...

Isabel (*imperiosamente.*) No se trata de justicia, sino de represàlias. Ademas (*con misterio*) no es oro todo lo que brilla. Varias veces me han asegurado mis amigas que está dominada de un invencible deseo que sabe satisfacer con el mayor sijilo. Y (*desarrollando toda su fascinativa preponderancia*) prohibiéndoos que hagais ningun uso de este secreto, me han afirmado que esa cadena que lleva al cuello es producto de una de sus insondables aventuras que ni el infierno penetra.

Julio (*rumiando estas palabras con la incoherente exalacion de un sonámbulo*) Esa cadena..... esa voz.... la noche que me dió este anillo..... ella es!

Isabel (*haciendo volver á Julio de su letargo, y encadenándole con el magnetismo de sus miradas*) Vengadme!

Julio (*obtuso como una máquina*) Está bien. (*volviendo á coordinar sus ideas para cerciorarse de que Lucía era el verdadero canto contra el cual se habia estrellado la noche del tropezon*) Esa cadena..... esa voz..... la noche que me dió este anillo..... ella es!

Mientras que esto pasaba, la conversacion se habia vuelto á reanimar, recobrando la efervescencia de que la habia privado la despótica interrupcion de Lorsac.

Julio á pesar de las instigaciones de Isabel formulaba con perplejidad en su pensamiento la picante alusion con que debia empañar la reputacion de Lucia. Aunque le era desconocida todavia la práctica de los hombres de mundo que no han perdido el honor, repugnaba á sus instintos publicar la deshonra de una mujer que habia tenido la dicha de infamar. El vender el secreto de una mujer es una de las flaqnezas mas repugnantes de las almas viles. Pero no habia medio de evadirse. La opinion de todos le designaba como paladin de la honra de Isabel, esta habia sido zaherida, y aunque el espediente mas sencillo era matar al insolente, la dama ofendida exijia una venganza idéntica al agravio, sin perjuicio de que los contendientes se entendiesen despues por separado. Era preciso decidirse por uno de éstos dos estremos: ó humillar á Lucia, para granjearse á Isabel; ó disgustar á Isabel, sin conquistarse la gratitud de Lucia. Julio se hizo este argumento:—«De Lucia ya nada tengo qué esperar; de Isabel aun puedo esperar mucho.»—Hay en el corazon humano una dósis de egoismo brutal que sobrenada á todos los sentimientos nobles. Por consiguiente Julio se dispuso á obedecer á Isabel.

Solo esperaba una ocasion favorable, y esta se presentó al instante, gracias á la charlatánica volubilidad del Marqués.

—Os equvocais, decia contestando á la paliativa objecion de una gazmoña, yo nunca digo mas que lo que siento.

—Si todos hicieramos lo mismo.... indicó Julio manifestando una reserva hipócrita.

—¿Tendriais la bondad de darme alguna leccion? preguntó el Marqués con una humildad mas hipócrita todavia.

—Acaso pudiera daros muchas, replicó Julio encarándose con el Marqués y dando principio á una guerra franca.

—En primer lugar.... dijo el Marqués comprometiendo á

su contrario á que empezase las hostilidades para atraerle á un terreno beneficioso para él.

—En primer lugar, respondió Julio impacientado por los estímulos de su adversario, os diria que es una insigne torpeza usar de armas que os pueden herir de rechazo. Y si no ¿me diréis de cuál espíritu puro pudiera ser emblema la paloma bajo cuyas alas os soleis adormecer?

Lucía palideció.

—¿La habeis visto dar algun vuelo sospechoso? dijo el Marqués con una sonrisa trabajada.

—Tal vez, contestó Julio conociendo todo el furor de aquella risa.

En cada semblante se veian pintadas ya la duda, ya la ira, ya la compasion.

—¿Y hácia qué parte del horizonte la visteis tender las alas? repuso el Marqués lanzando al mismo tiempo á Lucía una mirada oblicua que espresaba lo siguiente: «ahora sereis vengada; mas de hoy en adelante vuestro honor ya no es el mio.»

—Hácia una de las calles mas ocultas de la poblacion, respondió Julio con cínico descoco: por cierto que era de noche.

—¡Falso! esclamó Lucía levantándose repentinamente con la exaltacion de la inocencia, y volviendo á caer abrumada por un sentimiento de vergüenza.

—¿Acaso podéis creer que he aludido á vos? replicó Julio como diciendo: «sois muy lince, celebro que me hayais comprendido.»

—No, no, prorrumpieron acordes mas de veinte voces, no habrá sido á vos.

—No, no, no habrá sido á ella, prosiguió Isabel distinguiendo al Marqués con una mirada mas lacerante que el filo de una espada, y que venia á significar: «quien ha desgarrado asi su honra, está pronto á desgarraros el corazon.»

—« Decidle que le espero » significó el Marqués con otra mirada con que honró á Isabel al levantarse.

—No ha sido á ella, repetian con noble pesadez todos esos espíritus endebles que se complacen en ser mediadores en cuantas cuestiones irritantes se ajitan á su presencia.

Isabel hizo como que murmuraba algunas palabras al oido de Julio, y en seguida se levantó para ir al encuentro del Marqués á quien dijo con un gracejo zumbon:

—Estoy encargada de una mision importante cerca de vuestra persona.

—Sentiré, repuso el Marqués esforzándose por imitar la apacible ironía de Isabel, que la calidad del delegado aminore en lo mas mínimo las graves consecuencias que de este hecho deben resultar.

—¿Sois *ofensor*, ó queréis mostraros el *ofendido*? preguntó Isabel con la mas humillante complacencia.

—Me declaro *ofensor* porque, en gracia vuestra, quiero concederle á *él* las prerogativas de *ofendido*.

—Gracias, repuso Isabel con incisivo laconismo.

—¿Os há designado armas? preguntó el marques convulso de ira.

—Pistola, contestó Isabel con una risita mas horripilante que la de un espectro.

—¿Sitio?

—Campo de San Francisco.

—¿Hora?

—Al amanecer.

—¿Cuáles son las condiciones?

—Podeis disparar al punto en que le avisteis. Como os ireis acercando mútuamente, el que tenga mas calma disparará mas cerca.

—¡Bravo! prorrumpió el Marqués, como si él furor reconcentrado en su pecho hubiese hallado de pronto una válvula por donde exalarse.

—¿Teneis algo mas que saber?

—Solo una cosa necesito saber de vos para morir tranquilo.

—¿Cuál es? preguntó Isabel con un interes ficticio.

—Saber si sentireis mi muerte, contestó el Marqués con pérfida galanteria.

—Siento tanto este lance, replicó Isabel, que acaso me costará la vida.

—¿Por *él*, ó por mi? dijo el Marqués acentuando con fuerza el primer pronombre.

—Por *vos*, añadió Isabel con una amabilidad horrible.

—Gracias, esclamó el Marqués haciendo una cortesia estrambótica y chapurreando al alejarse una carcajada mal reprimida.

Isabel le miró con la dulzura de una hiena.

Amostazados los concurrentes por la acritud del último altercado se fueron desfilando uno por uno.

Isabel se encargó de conducir á Emilia al convento, es decir al *paraiso*, (otro diria al *infierno*).

Julio se quedó solo. Nadie quiso echar sobre su conciencia el imperdonable crímen de honrarle con su compañia. Esto era una especie de execracion pública que hizo á Julio pensar en las causas que le condujeron á tan abyecta situacion.

Al partir Mr. de Lorsac le dijo con un interes al parecer profundo:

—« Id con cuidado, porque tratan de asesinaros. Los criados del Marqués se han confabulado con los de Lucía para esperaros dos en cada esquina de las avenidas que confluyen á vuestra calle. Si llevan á efecto su plan, podeis morir con el consuelo de que lo habeis merecido. Despues de vuestro padre no he conocido un hombre mas despreciable que vos.»

Julio no osó desplegar sus lábios para contestarle, porque en vista de tantos desaires se hallaba mas corrido que nu zorro acorralado.

Al verse sin un amigo que marchase á su lado justificando su comportamiento, caminaba con lentitud pensando en los motivos que habia dado para tan jeneral desvio; y aprovechándose del aviso de Lorsac torció el camino que conducia á su casa para dirijirse á la de Isabel.

Mas al dar vuelta á una de las primeras callejuelas de la ciudad oyó una voz robusta que gritó desde la esquina: *á él!*

Julio de pronto se encajonó en el dintel de una puerta, y poco despues sintió pasar de refilon por delante del ala del sombrero un garrote blandido por una mano atlética.

—¡Traidores! esclamó Lorsac apareciendo repentinamente, y poniéndose al lado de Julio con un estoque desenvainado.

—*¡A él!* repitieron los agresores, hasta que empezando á sentir las mortales estocadas de Lorsac dieron á correr cobardemente.

—Seguidme, dijo Lorsac ofreciendo el brazo á Julio para escoltarle hasta su casa.

—¿Quién sois? le preguntó Julio al despedirse, estrechándole la mano con íntima gratitud.

—¡El demonio! contestó Lorsac arrojándole de bruces en el portal.

—Es el demomio, no hay duda: murmuró Julio al levantarse.

Y al subir la escalera, al llamar, al acostarse, repetia con una conviccion pueril:—« no hay duda, es el demonio!....»

SUPLEMENTO A LOS PLACERES.

Julio pasó toda la noche medio accidentado. Por la mañana recibió un billete que empezaba de este modo:

« ¡Asesino!»

Y como si le amagase un puñal, se incorporó repentinamente diciendo:—« O el mundo ó yo estamos locos. »

Despues clavó en la firma una mirada de terror: *Lucía.*

Y luego con una insensata viveza, mitad curiosidad y mitad espanto, leyó incorporado lo siguiente:

« ¡Asesino!»

« Ayer me deshonrasteis: hoy habeis muerto al que me iba á honrar con su nombre. Supongo que habreis huido. ¡Ay! ni el consuelo de verle vengado me queda. Os escribo esta, para que si llega á vuestras manos sepais al menos que eternamente pesará sobre vuestro destino la maldicion de la desamparada »

« LUCIA. »

—Esta mujer ha perdido la cabeza, dijo Julio embutiéndose en sus pantalones.

—¡Huyamos! sonó una voz en la antesala, al mismo tiempo que Julio se calaba el sombrero con tanto ahinco como si fuese en cabeza enemiga para dirijirse á casa de Lucia.

—¡Huyamos! repitió Isabel precipitándose en el cuarto de Julio con el estruendo de un huracan.

—¿A dónde? preguntó Julio estupefacto.

—Lejos de aqui, respondió Isabel con enérjica verbosidad: os buscan para prenderos. Han muerto al Marqués en un desafio, y por el altercado de ayer algunos os achacan su muerte.

—Yo probaré mi inocencia....

—¡Imposible! la opinion pública os condenará sin oiros,

—Diré que no era mi ánimo vengarme.... replicó Julio puerilmente compunjido.

—Mas no ha faltado quien os vengase, repuso Isabel con una actitud rabiosamente sangrienta.

Al verla Julio presintió un no sé qué monstruoso que le dejó inhábil para pensar.

—Vamos, añadió Isabel asiéndose de su brazo con soberbio predominio.

Julio se dejó llevar como un sér enteramente pasivo.

—Mas partir asi.... á la aventura.... objetó despues con voz semi-articulada.

—Todo está ya prevenido, contestó Isabel resueltamente: pasaporte, dinero, carruaje....

—¿Y vos? preguntó Julio con acento triste y melífluo.

—Mi suerte será la vuestra, contestó Isabel con un descaro espansivo que equivalia á decir: «tuya hasta la muerte!»

—Si no duermo estoy soñando, pensaba Julio al dejarse arrastrar con cándida resignacion.

Despues de llevar algunos segundos andando al aire libre, empezó á discurrir sobre los asuntos mas importantes que dejaba pendientes en Oviedo.

—*Andrés!... Lucia!...* murmuraba horrorizado, hasta que algun rudo tropezon le cortaba el hilo del discurso.

—*Rita!... La Abadesa!... Emilia!...* prorrumpia despues enternecido dando otro jiro á su imajinacion, hasta que un nuevo traspiés interrumpia otra vez sus hilaciones mentales haciéndole repetir

—*Andrés!... Lucía!...*

A la salida de la ciudad llegaron á un parador donde montaron en una mensajeria que los estaba aguardando.

Al sepultarse en el fondo del carruaje Julio oyó salir de su centro una carcajada histérica que le dejó tan aterrado como si hubiese oido la trompeta del juicio final.

Era la extemporánea risa del incomprensible Lorsac.

LA SOCIEDAD POR FUERA.

LIBRO TERCERO.

LA PATRIOTERIA.

Los negros.

Nunca he podido averiguar la verdadera etimolojia de la palabra *negros*. Enemigo de hacer suposiciones sobre cosas que ignoro, voy á insertar íntegras dos opiniones encontradas para que el lector escoja la que sea mas adaptable á sus deseos.

« A los liberales (segun uno de ellos) se nos llama *negros* por la idéntica situacion que hay entre nosotros y aquella raza esclavizada. El infructuoso espíritu de emancipacion que hierve en las masas de aquel desdichado pueblo, se halla contenido por un fatalismo que hace dudar de la providencia: el amor á la libertad que de algunos años á esta parte se abriga en el corazon de muchos españoles, está sofocado por el suspicaz Gobierno de Fernando VII. La semejanza de estados ha producido la igualdad de nombres. »

Esto lo dice un demócrata. Veamos ahora lo que opina un realista:

«Los liberales se llaman *negros* porque el primero que propaló sus ideas era un demente espulsado del pais de los cáfres. Debiendo á la naturaleza una organizacion imperfecta, estos discolos han nacido para ser esclavos. Cuantas veces se apoderan del gobierno de un Estado, se ve que al fin lo vienen á convertir en una casa de locos. El pueblo se complace en llamarlos *negros*, porque es la palabra con que quiere significar el ateismo, y esta pandilla es enemiga de Dios por lo que tiene de Rey.»

La imparcialidad no puede menos de rechazar ambas definiciones. Los políticos eclécticos estractarán de las dos aquello que sea mas justo, segun el modo de ver de su elástica conciencia.

Los Comuneros.

El gremio de los *negros* siempre ha estado dividido en dos fracciones por lo menos, una *racional* y otra *vandálica*. Los *Comuneros*, cuya historia vamos á bosquejar ahora, es una subdivision de esta última.

Es sensible á la verdad tener que injerir en una novela de costumbres un trozo de la historia de nuestro pais, para poder relatar uno de los periodos mas turbulentos de la vida del protagonista. Por no dejar un hueco en la existencia de Julio, es menester que con la vergüenza innata en todos los hombres de honor, nos ocupemos de las sociedades demagójicas que desde el año de 1820 hasta el de 1823 llenaron de tedio á todos los españoles que tenian garantias y vínculos sociales que hacer respetar.

Isabel, Julio y Lorsac llegaron á Madrid arrastrados en una galera, único modo de viajar conocido entonces en España. Las autoridades locales no los incomodaron ni una sola vez en el tránsito: si todos fueran inocentes, les hubiera faltado paciencia para aguantar sus perdurables groserias. Lorsac tuvo la constante precaucion de hacerse un misterio de su persona. A su arrivo á la Corte despues de diez dias

de camino, Julio solo sabia su apellido. Inútilmente trató este de sondearle con preguntas insidiosas, pues Lorsac permaneció inconcebible, escudado por su sospechosa reserva. Al entrar en Madrid se separaron uno de otro con notable y mútua frialdad.

Despues de algun tiempo, Julio y Lorsac se encontraron por primera vez en un club de *comuneros*.

No ha habido un Gobierno en España de los muchos que la variedad de los acontecimientos políticos ha colocado al frente de nuestra sociedad, en el intervalo de cerca de medio siglo que ya llevamos corrido desde la infausta cuanto gloriosa guerra de la independencia, que no haya tenido la torpe habilidad de suicidarse á fuerza de desaciertos. Lozano de Torres, con su vulgar administracion, ha contribuido inocentemente de un modo mas poderoso que el mismo Riego al restablecimiento de la Constitucion. Los *trágalas* cantados por este héroe, el mas záfio de cuantos han sido bautizados con el nombre de tales, y la energúmena exaltacion de las Córtes de 1820 á 1823 hirieron de muerte el sistema constitucional con mas encarnizamiento que las facciones de Eroles y del Cura Merino. Calomarde con sus plebeyas tiranías, propias de un cabo de escuadra, tal vez convenció á la inmortal Cristina de la necesidad de reconstituir el pais. Asi es que al hacer una reseña de las sociedades secretas no lo haremos con la indignacion de un juez que ve á la virtud asaltada por el crímen, sino con el sarcasmo del espectador que observa á la anarquía afanándose por sustituir al cáos.

La *Masoneria Regular Española* fue una sociedad secreta, hija de la conocida por este nombre en Europa, pero de distinta índole. En Francia é Inglaterra la *masoneria* es una asociacion insignificante, pues se reduce á un objeto puramente filantrópico. En nuestro pais se bastardeó como sucede con todas las instituciones: convertida en un club político en la época á que aludimos fue uno de los elementos mas activos de la revolucion.

Desde el año de 1814 hasta el de 1820, esta sociedad comenzó á minar subrepticiamente el gobierno absoluto, lo que nunca hubiera conseguido si el trono hubiese empleado los inmensos elementos de oposicion de que podia disponer. Los *masones*, entre los cuales se contaban personas de probidad y saber, supieron propalar con arte las insignes torpezas de Lozano de Torres; despertaron en las masas deseos jenerales de que se mejorase la suerte del pais; ensayaron conspiraciones que fueron abortadas; ponderaron los increibles padecimientos de algunos liberales á quienes llamaban mártires de la libertad, y por último, disponiendo del oro de los ingleses promovieron una insurreccion militar en las Cabezas de San Juan, que halló eco entre los soldados por haberles presentado la halagüeña idea de que no entrarian en los buques que debian trasladarlos á las rejiones de Ultramar.

El 9 de marzo, Fernando de Borbon, jurado Príncipe de Asturias, reconocido por la Europa como Rey absoluto, y el mismo por quien siete años antes la España toda habia derramado torrentes de sangre, abandonado cobardemente por sus mas fieles servidores, juró debajo de su trono la Constitucion en manos de media docena de desharrapados que se llamaban representantes del pueblo; de un pueblo que oia la palabra *libertad* como un lema de mal agüero. Este acontecimiento que en otro pais cualquiera, al menos temporalmente, hubiera acabado con la monarquia, pasó en España por una farsa trivial. Sin embargo, un acto tan ridiculamente magnánimo, jamás podrá recordarse sin ennoblecer justamente el carácter nacional. La junta revolucionario-consultiva, cuyo nombramiento se exijió entonces tumultuosamente, dijo: «que la revolucion de España se habia hecho con seis años de paciencia, un dia de esplicacion, y dos de regocijo.» No hay un ejemplo semejante en los fastos de ninguna nacion del mundo en que un trastorno político que conmovió la sociedad desde sus cimientos, no haya costado ni una gota de sangre. ¡Insigne jenerosidad digna de que la rindan

el tributo de su admiracion las jeneraciones venideras!

Ya promulgado el cizañero código de Cádiz, la Masoneria Regular Española recibió un incremento asombroso, pues se apresuraron á afiliarse á ella, ya los que querian conservar sus empleos, ya en fin los que aspiraban á obtenerlos. Naturalmente las personas de mas categoría trataban de ejercer su superioridad modificando los desastrosos efectos de la asociacion, por lo que se empezaron á disgustar los demócratas ambiciosos que trataban de figurar en primer término. Este fue el móvil principal de la invencion de una nueva sociedad secreta, dirijida segun sus autores á contrarestar la gran influencia de la Masoneria, y á cuya cabeza se puso el jeneral Ballesteros. Profanando el glorioso recuerdo de las Comunidades de Castilla, se denominó á esta subterránea asamblea *Sociedad de los Comuneros*, siendo una servil paródia de la de los *masones*, pero mostrando en sus fines una tendencia mas abyecta, mas criminal.

Los cafés de la Fontana de Oro y de Lorencini eran entonces los focos principales adonde confluian los rayos siniestros emanados de las inmundas teas encendidas en los abismos de las sociedades secretas. Alli iba Julio á aplaudir los chispeantes discursos del imberbe *Floran*, y las insurrectas peroraciones del célebre *Galiano*, el cual acaudillando veinte años despues la juventud española decia con una injénua franqueza que no podrá menos de celebrar la posteridad: «Mi vida ha sido una série de errores: comenzad por donde yo concluyo.»

Julio se hizo notar entre todos por su asolador patriotismo. Empapado desde la Universidad en la indijesta lectura de los periodos democráticos de Grecia y de Roma, tolerables solo cuando se describe su parte fascinadora, habian fermentado en su cabeza una porcion de ideas de un carácter estrambótico, las que él constituyó en principios de una solidez irrecusable. Tan perniciosas lecciones suelen despertar en los jóvenes, antes que se desarrolle del todo su entendi-

miento, un entusiasmo de relumbron, por lo que haciendoles dar martirio á los preceptos de la lójica natural, falsean con habladurías los fundamentos de las mas sábias instituciones. Tales eran sus berrinches patrióticos que el vulgo, con la fuerza de espresion con que suele caracterizar á las personas singulares, empezó á conocerle con el nombre de *Sierpes*.

En la mesa que él solia desvencijar con sus entusiastas puñetazos, acostumbraba á sentarse un ciudadano-patriota, á quien todos por detrás llamaban *Viruta*. Este fue el amigo intimo de Julio, y el que le propuso en la nueva sociedad de Comuneros.

Leido el informe en junta jeneral, y aprobado, se señaló el dia 4 de mayo de 1821 para que Julio se presentase en el castillo (asi se llamaba la zahurda donde los comunèros celebraban sus sesiones) á alistarse y prestar el juramento de costumbre. Despues de anochecer Julio y Viruta llegaron á la plazuela de Sto. Domingo, donde el segundo le vendó los ojos, conduciéndole asido del brazo por la calle de la Constitucion (antes de la Inquisicion, ahora de Maria Cristina) hasta llegar al castillo que hoy con mas noble objeto se llama Conservatorio. Un centinela avanzado preguntó:— «¿Quién vive?»—y el comunero conductor dijo:—«Un ciudadano que se ha presentado en las obras esteriores con bandera de parlamento, con el fin de ser alistado.»—Entregádmele, y le llevaré al cuerpo de guardia de la plaza de Armas»— replicó el centinela, y al mismo tiempo se oyó una voz que mandó echar el puente levadizo, y cerrar todos los rastrillos. Esta operacion se hizo figurando un ruido cómico.

Conducido al cuerpo de guardia, el centinela enmascarado le quitó á Julio la venda de los ojos, y cerrando la puerta le dejó solo en un aposento que parecia alhajado por el loco mas injenioso. En medio habia una mesa con papel y tintero, y de las paredes colgaban con insensata armonia antiguas armaduras salpicadas de sangre, la que metafóricamente

estaba simbolizada por un subido almazarron. En vez de escarnecer tan estravagante amueblaje, el obcecado Julio lo miró con pavoroso respeto. El fanatismo es la virtud por escelencia.

Despues de haberle dado tiempo para que reflexionase sobre su situacion, el centinela le entregó un papel para que contestase á las preguntas siguientes:

PRIMERA PREGUNTA: *¿Cuáles son las obligaciones mas sagradas que debe un ciudadano á su patria?*

Julio anotó al márjen: «El sacrificio de su existencia.»

SEGUNDA PREGUNTA: *¿Qué castigo impondriais al que faltase á ellas?*

RESPUESTA: «La muerte.»

TERCERA PREGUNTA: *¿Cómo premiariais al que se sacrificase por cumplirlas debidamente?*

RESPUESTA: «De ningun modo; la satisfaccion que resulta del cumplimiento de los deberes es el único premio digno de las almas nobles.»

Asi que hubo contestado, entregó al centinela las respuestas, de quien las recojió el Alcaide, y dándolas este al Presidente, se leyeron en la junta.

Viendo que las respuestas eran conformes con los principios de la Confederacion, el Presidente mandó al Alcaide que condujese al alistado á la plaza de Armas con los ojos vendados.

Entregado el Alcaide del alistado, le recordó las graves obligaciones que iba á contraer, hasta que viendo al ciudadano Julio decidido en su propósito de alistarse, le condujo á la plaza de Armas. Al llegar á la puerta preguntó el Presidente: «¿Quién es?» y respondió el Alcaide: «soy el Alcaide de esta fortaleza, que acompaño á un ciudadano que se ha presentado á las avanzadas pidiendo alistamiento.»

Entonces se abrió la puerta y colocado el aspirante frente al Presidente, le preguntó este su nombre, el pueblo de su nacimiento, el de su residencia, qué empleo, oficio ó profe-

sion tenia, y hallando este exámen idéntico al informe dado por el caballero Viruta, el Presidente le dijo:—« Vais á contraer grandes obligaciones y empeños de honradez, que exijen de vos valor y constancia: la defensa de los fueros y libertades del *jénero humano*. Para tan sagrada empresa nos comprometemos hasta con nuestras vidas. Meditad sobre lo sagrado y difícil de estos compromisos, y si no quereis sujetaros á ellos, todavia os podreis retirar sin que se os siga perjuicio alguno, guardando el secreto inviolable de cuanto habeis visto y oido. » — El neófito contestó que estaba pronto á jurar, y el Presidente repuso:—« ¿Jurais á Dios, y por vuestra honradez, guardar secreto de cuanto habeis visto y oido y de lo que en lo sucesivo viereis y se os confiare, como tambien cumplir cuanto se os mande correspondiente á esta confederacion, permitiendo que si á esto faltareis en todo ó en parte *se os mate*?—Julio contestó:—« Si juro. »— El Presidente añadió:—« Si cumplis como hombre honrado la confederacion os ayudará, y si no cumplis os castigará con todo el rigor de la ley, y cerrándoos las puertas y rastrillos de todas las torres, castillos y alcázares, dándoos muerte con infamia por disposicion de la confederacion de caballeros comuneros, y para que ni memoria quede de vos despues de muerto, se os quemará, *y las cenizas se arrojarán á los vientos.* »

Despues de agotado este repuesto de fórmulas dictadas por la estravagancia y adoptadas por la estupidez, el Alcaide desató la venda de sus ojos, y lo primero que Julio echó de ver fue la intolerable figura de Lorsac. Con un rápido trueque de miradas ambos se dijeron lo siguiente:—« ¿Hasta cuándo me perseguireis como un jénio maléfico? »—« ¿Hasta cuándo vendreis á infestar el aliento que respiró? »—« Sois inexorable »—« Sois un trasto. »

En seguida el Presidente le dijo con necia vanagloria:—« Ya sois caballero comunero, y en prueba de ello cubrios con el escudo de nuestro jefe Padilla. »

Julio se cubrió con el escudo, y al mismo tiempo todos los demas colocaron sobre él las puntas de sus espadas.

En esta actitud dramática el Presidente continuó:—« Este escudo de nuestro jefe Padilla (era de carton) os cubrirá de todos los golpes que la maldad os aseste, si cumplis con los sagrados juramentos que acabais de hacer; pero sino los cumplis, todas estas espadas no solo os abandonarán, sino que os quitarán el escudo para que quedeis á descubierto, y os harán pedazos en justa venganza de tan horrendo crimen.»

Concluida esta farsa solemne, Julio dejó el escudo, y el Alcaide le calzó unas espuelas y le ciñó una espada, acompañándole despues hecho un arlequin por todas las filas para que los demas le diesen palabra y mano de compañeros, á cuya demostracion contestaba Julio con patriótico desenfado: —« La admito, y no faltaré jamás á mis deberes. »

Al dar la mano á Lorsac le dijo este con uno de aquellos jestos mas significativos para ellos que los razonamientos: « si me la dais, os esponeis á que os la tronche. »

Por último Julio se acercó al Presidente á recibir el santo, seña y contraseña, y se sentó al lado de Viruta despues de haber calculado la posicion ventajosa en que se colocaba para sustraerse al apoplético influjo de las angustiantes miradas de Lorsac.

PARA HACER TORTILLAS, ROMPER HUEVOS.

Despues de la recepcion del ciudadano *Sierpes* (Julio), el Presidente abrió la sesion, pronunciando con gloriosa presuncion de sí mismo el discurso siguiente:

« Ciudadanos: nuestra divisa es la defensa de los fueros y libertades del jénero humano contra las arbitrariedades de los Reyes existentes, y de todos los Reyes que desgraciadamente vengan despues. Por eso nuestra voluntad es la ley de las leyes, y nuestro poder la supremacia de todos los poderes. Esta gran asamblea ha sabido por conducto de uno de

los *caballeros* que *espían* las operaciones del poder judicial, que no ha sido condenado á muerte, como lo deseaban todos los *buenos*, D. Matias Vinuesa, cura de Tamajon. »

Al oir este nombre salieron de entre los comuneros un sin número de rujidos, que mezclados tumultuosamente, formaron un feroz murmullo, igual al que pudiera producir una manada de lobos al ver que se les alejaba la presa que ya habian empezado á saborear.

El Presidente siguió:

« La confederacion dirá si en uso de sus omnímodas facultades é imprescriptibles derechos se conforma con la absolucion de tan vil conspirador. »

— « Pido la palabra » gritaron á un tiempo mas de veinte voces carracosas, sobresaliendo de entre ellas la mas que todas incómoda del caballero Viruta.

Hecho tirano de la palabra por la fuerza de sus pulmones, Viruta abusó hasta lo infinito de su necedad, espresándose de este modo:

« Caballeros: al cura de Tamajon le tenemos designado muchos *patriotas* para un insigne ejemplar. Las leyes deben acomodarse á las circunstancias: con eso se verá que si ha habido puñales que han derramado la sangre de los amantes de la Constitucion en algunos puntos de la Península, tambien hay puñales que la defienden. Mi parecer es que Vinuesa debe morir. Mañana estaré yo mandando la guardia de la cárcel de la Corona, y si esta reunion de caballeros dispone que se haga en él un escarmiento, yo me encargo de franquear la entrada á los que se comisione para tan *honroso* objeto. Es menester desengañarse de que en España no podremos ser felices hasta que todos se convenzan de que *para hacer tortillas* es menester *romper huevos*. He dicho. »

La inquietud producida por la vacilacion de algunos que dudaban si las opiniones de Viruta eran sublimes ó detestables, produjo una fermentacion jeneral que al cabo se con-

virtió en su favor gracias á un benigno aplauso dado por uno de sus parciales.

Llegado el turno á Lorsac, se levantó sosegadamente, y dijo con la impávida humildad de un mártir que se resigna á decir una verdad que le debe costar la vida.

« Señores: se ha dicho aquí que las leyes deben acomodarse á las circunstancias. ¡Que no se vuelvan á oir estas palabras en un recinto donde palpitan pechos españoles! ¡Desgraciado el dia en que las toleremos sin mostrar indignacion y escándalo! Amoldando las leyes á las circunstancias se trató en el reaccionario año de 1814 de sacrificar á los amantes de la libertad. Acallando las leyes á merced de las circunstancias, se puede inundar una nacion de sangre por cualquier cambio político. Se ha dicho ademas que si ha habido puñales que han derramado la sangre de los amantes de la Constitucion en algunos puntos de la Península, tambien debe haber puñales que la defiendan. ¿Y quién es el que puede unir las dos ideas de *libertad* y *puñales*? La libertad se defiende con la noble espada de la ley, mas no con el arma alevosa de los asesinos. »—

Una repentina y total oscilacion de cabezas, probó á Lorsac que la palabra « asesinos » estaba pasando en aquel momento por el desigual cedazo de la opinion; y por si habia lastimado la delicadeza de aquellos caballeros, Lorsac continuó su discurso sin aguardar á que se manifestase ningun síntoma ostensible ni en pró ni en contra de sus doctrinas.

—« Los que el dia 2 de Mayo de 1808 adquirieron el título de héroes, no deben el dia 5 de Mayo de 1821 convertirse en matadores de un sacerdote indefenso. El pueblo de Madrid es muy sensato y no podrá menos de ver con horror atropellados los poderes públicos, y sacrificado á un reo que actualmente se halla bajo la salvaguardia de las leyes. »—

Unas tosos periódicas de entonacion igual y sistemática fueron preludios de la esplosion que Lorsac preveyó que iba á sofocar su voz, y, esforzándose lo mas que pudo, logró con-

cluir su discurso, reasumiendo su pensamiento del modo siguiente:

—« Si se lleva á cabo tan horrible proyecto, todos los verdaderos amantes de la libertad verán en ese desgraciado un criminal que tal vez deberá subir al patíbulo, pero no aprobarán jamás que perezca bajo el hacha de unos facciosos »....—

Al llegar aquí las muestras de descontento ya se empezaron á formular en gritos.

Lorsac prosiguió sin detenerse:

—« La nacion española sabrá distinguir á Vinuesa criminal, y sujeto al imperio de la ley, de Vinuesa inerme, asesinado en un calabozo, cuando vive confiado en la autoridad pública, cuando las mismas leyes encadenan sus pies, ligan sus manos, y le van á entregar indefenso al furor de sus asesinos.... »

—« ¡Fuera! »—« ¡Silencio! »—« ¡Al órden! »—prorrumpieron á un tiempo todos los demas comuneros haciéndose cada uno intérprete del desagrado comun, mientras que Lorsac se sentó patriarcalmente á contemplar la borrasca que él habia provocado.

—« ¡Al órden! »—Gritó Julio desaforadamente usurpando el derecho de la palabra, y envalentonado con la derrota que en aquel momento hacia inutiles los sarcasmos del execrado Lorsac.

—« Todos los ciudadanos, continuó aprovechándose de un momentáneo silencio, están autorizados para emitir libremente su parecer por estemporáneo que sea. Si el hermano que me ha precedido cree que la Confederacion se debe conformar con la sentencia dada por un majistrado corrompido, la mayoria somos de opinion que no, y en materias controvertibles debe haber una tolerancia mútua. El cura de Tamajon es un criminal convicto, y si jueces venales pretenden llevar su delito á la esfera de la impunidad, nosotros nos debemos constituir en vengadores de la sociedad ultrajada.

Pongamos un cuchillo delante de la Constitucion para que todos los españoles la acaten debidamente. Si la Torre á la cual tengo el honor de pertenecer, es la encargada de tomar una venganza nacional, yo seré el primero que mañana clave un puñal en el pecho de ese inicuo sacerdote, si es que los caballeros que me escuchan me creen digno de tan honorífica distincion. »

—« ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! »—gritó la multitud en coro, fascinada por la ampulosa arenga de Julio, á tiempo en que Lorsac murmuraba por lo bajo con una espresion involucrada de lástima y de rencor:—« ¡Insensato! »....

¡VIVA LA LIBERTAD!

Al dia siguiente Viruta se paboneaba en la calle de la Cabeza vestido con el uniforme de Nacional. Este jefe de la guardia de la cárcel de la Corona se entraba de cuando en cuando en una tienda próxima á empinar algunas copas de aguardiente. El plan que entonces se maduraba en su cabeza indudablemente era digno de un borracho. Al concluir de apurar la duodécima copa encontró á su lado á Julio, á quien preguntó con una voz tan gutural y tan bronca que parecia resonar en un tonel:

—¿Qué tenemos?

—Que á las tres se dá el golpe, respondió Julio entre grave y complacido.

Al fin habia tenido el honor de ser nombrado primer asesino del cura de Tamajon. El amor pátrio de Julio, segun decia él mismo, ya estaba recompensado. A tal subversion de las leyes naturales y sociales conduce el fanatismo político.

—¿Cuál es la señal? preguntó Viruta amodorrado como si batallase con un sueño trabajoso.

—¡Viva la libertad!

¡Buen estandarte para cometer un crimen á su sombra!

—¡Viva! respondió Viruta dando un traspies.

—En cuanto suene el grito, continuó Julio agarrándole de la solapa afectuosamente para que no se cayese, mandareis hacer una descarga al aire. De este modo una resistencia afectada añadirá quilates á la arrogancia del pueblo soberano.

—¡Viva! esclamó Viruta mostrando en su rostro un entusiasmo que casi dió asco á Julio.

—Despues de *despachar* al cura de Tamajon, nos dirijiremos á la cárcel de Córte, para hacer lo mismo con el jefe de una guerrilla de facciosos llamado el *Abuelo*.

—¡Muera! prorrumpió Viruta con una ronquera honda á manera de estertor.

—Es un encarnizado enemigo de la Constitucion.....

—¡Muera! siguió rujiendo Viruta.

Viendo Julio que gastar palabras con el caballero su amigo, era lo mismo que dirijírselas al guarda-canton por quien estaba sostenido, lo fue encajonando entre él y la pared, hasta que logró conducirle al cuerpo de guardia.

—¡Somos perdidos! murmuró Lorsac á espaldas de Julio al mismo tiempo en que dos Nacionales se pusieron uno á cada lado á neutralizar los grotescos vaivenes de su jefe.

—¿Por qué? preguntó Julio palideciendo.

—Porque la autoridad ha sabido nuestro proyecto y trata de hacer con nosotros un ejemplar castigo.

Julio calló porque en aquel momento no se le ocurrió mas que tener miedo.

—La prudencia, continuó Lorsac, suele ser madre de las mas brillantes acciones. Bajo este supuesto, he pensado que debeis subir á un cuarto desalquilado que hay en esa casa de enfrente, para ver si los balcones dan á la calle de la Magdalena: de este modo se deja preparada una evasion en el caso fortuito de tener que apelar á la fuga.

El medio era bueno, y como Julio tenia tanto miedo, le pareció escelente.

—El mancebo de esa tienda os dará la llave, siguió Lor-

sac mostrando en su rostro una inquietud sentimental afectada con cómica propiedad.

Julio pidió la llave, y al brindarse el mancebo á acompañarle, no advirtió una seña maligna que el mofletoso tenderillo cambió con Lorsac.

Aturdido con la noticia, á su parecer inícua, de que la autoridad se proponia defender á todo trance las leyes, solo al entrar en el cuarto desalquilado se le ocurrió á Julio la duda de que tal vez Lorsac obraba con él con su continua é incomprensible doblez.

—Pero al fin es *comunero*, añadió luego decidiéndose á inspeccionar el cuarto; y asi como otro cualquiera hubiera sacado esta consecuencia: «por consiguiente es un tuno,» Julio dedujo esta otra: «por consiguiente es veraz.»

Apenas traspuso el dintel de la puerta, el tendero que aun estaba de la parte de afuera la cerró, y dió una vuelta á la llave.

—¿A dónde vais? preguntó Julio abocándose á la cerradura.

—A despachar pimienta, contestó el tendero injónuamente pérfido corriendo por la escalera abajo con una rapidez tan asombrosa que Julio, al ver su tardanza, se preguntó una vez á si mismo: «¿si se habrá roto la crisma?»

El cuarto era interior y no tenia mas salida que la puerta, y una ventana clavada que caia á un patio. Julio por consiguiente se hallaba imposibilitado de salir. Despues de media hora de encierro, quiso gritar para ver si acudia algun vecino, mas figurándose que ya acaso los esbirros estarian cerca, le ahogó la voz un sentimiento de pudor. Lorsar y el mancebo fueron para él objetos de multiplicadas execraciones y de variadas conjeturas. Cuando menos se convenció de que el primero era el diablo, y el segundo, es decir el tendero, algun espia del Gobierno. El miedo es el mejor maestro de fantasmagorias.

Al dar las tres, como si el hado de pronto le hubiese cerrado las puertas de un porvenir glorioso, esclamó Julio desplomándose sobre las baldosas:—«¡Desgraciado!»

Apenas sonó la hora convenida, los numerosos grupos que obstruian la calle de la Cabeza, se dispersaron formando una masa mas estensa, si bien menos compacta. Hubo unos instantes de espectacion en los cuales todos se interrogaban múdamente con miradas significativas, hasta que un chispero impacientado por la tardanza, prorrumpió en un grito descompasado:

—¡Viva la libertad!

—¡Viva! resonó de estremo á estremo de la calle.

—¡Muera el cura de Tamajon!

—¡Muera!

Ciento cincuenta patrioteros (matachines) se agolparon entonces á la puerta de la cárcel. La guardia de Milicianos desempeñó con exactitud la parte mímica que tenia señalada en la farsa, haciendo una descarga al aire con el furor mas dramático. Esta trajedia constitucional fue representada hasta el fin con minuciosa ferocidad, pues lanzándose á la prision los primeros actores acribillaron á puñaladas el cuerpo del indefenso Vinuesa. Uno de los *masones* comisionados por el grande Oriente, con uno de los atributos de su institucion, tuvo la inicua habilidad de deshacerle la cabeza de un martillazo. Asi patriotas: ¡viva la libertad!

En seguida esta turba de caribes se dirijió á la cárcel de Córte para hacer sufrir la misma suerte al *Abuelo*, pero un solo cabo á la cabeza de cuatro hombres de infanteria ahuyentó á los asesinos, echando el ridículo sobre el espantable crímen que acababan de cometer. En los tres periodos democráticos que hasta el dia constituyen nuestra revolucion política, hay muy pocos hechos que un verdadero español pueda recordarlos sin vergüenza. Durante estos enmarañados trayectos, el Poder no ha hecho mas que *mojigangas*, y la canalla *iniquidades*.

El pavoroso rocojimiento que produce la idea de una atrocidad semejante causó en la Capital ese terrible silencio que siempre acompaña á la imájen del crímen. Batallando entre sus instintos y sus temores, Julio yacia indeciso sobre la calificacion que debia dar á su estrambótica posicion, hallándose incapaz de poder afirmar si era buena ó si era mala. Antes de anochecer hizo un nuevo rejistro por el cuarto para ver si hallaba alguna salida, y al pasar por delante de la puerta halló debajo de ella una carta que decia de este modo:

« Os amo como si fuéseis hijo mio. Este sentimiento no nace enteramente del corazon, si no que parte me lo impone el deber. Hoy os ibais á acostar asaltado por los remordimientos que no podria menos de producir en vos el crímen que habeis estado espuesto á cometer, y gracias á mi solicitud podeis dormir con la conciencia tranquila. Siendo como sois un pícaro, mi afecto ha destruido la obra que os iba á imposibilitar de poder llegar algun dia á ser un hombre honrado. »

« A media noche os echaré la llave por debajo de la puerta. Mientras que esteis en esa casa deshabitada, teneis tiempo de considerar en el abismo insondable de cuyo borde os acabo de separar. »

« ¡Mentecato! Os conozco tanto que creo que en este momento me estais maldiciendo. Si es asi, solo me recompensa de vuestra injusticia la idea de que en llegando á la edad de la razon, llenareis de bendiciones a vuestro mejor amigo y salvador »

« LORSAC. »

Ajitado por un sentimiento desconocido, esclamó Julio abismado en un delirio confuso:—« ¡Cielos, si tendrá razon!.. »

LOS SER-VILES.

Hasta despues de un año no volvió nuestro *Sierpes* á tomar parte en las sesiones de los comuneros. La noche del 6 de Julio de 1822 fue á improvisar un discurso que llevaba estudiado, y que agradó infinito á la sociedad. Todos creyeron que esta produccion era debida al entusiasmo que inspira el amor pátrio, pero en realidad la mitad por lo menos de su negativo mérito habia tenido por causa producente el amor profano. Una de las peregrinas majaderias que se les ocurrió poner en práctica á los comuneros, fue la de crear una seccion de *ciudadanas-patriotas.* Desde entonces este frivolo auditorio, no habia secreto que no propagase, ni futilidad que no aplaudiese. Prescindiendo del falso amor que ostentaba, Isabel habia llegado á querer bastante á Julio para anhelar verle alguna vez dominar con su elocuencia la opinion de un público numeroso. El amante tenia sobrada vanidad para no afectar modestia, y, despues de aprender su perorata, es-

pecificó bien á Isabel el dia y la hora en que tenia que hablar, medio prohibiéndola que fuese á oirle, para que ella por supuesto no dejase de ir. Cuando Julio empezó á hacer uso de la palabra, Isabel no habia llegado todavia, detenida por razones que ahora diremos, y asi es que no oyó mas que parte de su discurso. Es lástima que no lo hubiese oido todo, porque segun creia él era muy bueno.

La sesion de aquella noche estuvo animada con una delacion importante. Un tal Pericon, encargado de la porteria de Damas del Real Palacio, tuvo la ingrata flaqueza de espontanearse, detallando el plan de una sociedad anjélico-tiránica llamada *La Santa Alianza*, á cuya cabeza se hallaba el Rey.

Con su acostumbrada orijinalidad, Lorsac opinó porque en este asunto se obrase con la mayor circunspeccion, comisionando á un caballero comunero para que, acompañado de Pericon, cojiese con disimulo todos los hilos de aquella trama. Designó para este maquiavélico objeto al ciudadano Julio, de quien estaba seguro que aquella noche reuniria el sufrajio universal.

Asi sucedió en efecto, y antes de partir acompañado del delator, Julio no pudo resistir á la tentacion de acercarse á la ciudadana Isabel, congratulándose con prematuros parabienes.

—¡Que tarde habeis venido! la dijo con la efusion inocente del que quiere significar: « si vierais qué bien lo he hecho. »

—Me han ocupado asuntos vuestros de los cuales no tenia noticia, respondió Isabel con espresion enigmática y jesto recrudescente.

—¿Y qué asuntos son esos?

—Preparativos nupciales.....

Un súbito bochorno fue el indudable signo con que Julio manifestó todo lo embrollado de su compromiso. Habia sostenido una larga, aunque oculta, correspondencia con la

Abadesa de Santa Maria de Oviedo, con respecto á Rita. Hablando de esta como si estuviese identificada con sus planes ulteriores, en todas sus cartas el diplomático mancebo con espresiones de significacion múltiple, alimentaba las esperanzas de la Abadesa, del mismo modo que un cazador con un grano de trigo podria entretener la voracidad de un águila hambrienta. Tambien Emilia habia coadyuvado con su compañera la Abadesa á convertir á sus intentos las acomodaticias frases de su hermano: inoportuno entrometimiento que dió lugar á que Julio dijese de ella.—«Cada candidez de mi hermana, cuesta la felicidad de alguno de nuestra familia.»— Y tenia razon, porque la azarosa Emilia, con aquella deplorabilidad que era consecuencia forzosa de todos sus actos, aconsejó á la Abadesa que enviase á Rita á la Córte. La Abadesa, como la mayor parte de las mujeres que han sido víctimas de algun horrible desengaño, tenia la presuncion de creer en la infalibilidad de su buen sentido, y así es que desde el instante en que vió las bondadosas facciones de Julio quedó engañosamente convencida de que era incapaz de faltar ni á la mas mínima fórmula del mas ceremonioso pundonor. Julio la habia escrito que sus compromisos políticos no le permitan por entonces abandonar la Córte, y ella, azuzada por los inconsiderados consejos de Emilia, con necia credulidad envió á su ahijada á Madrid. Segun la instruccion que Rita llevaba de su madrina, debia permanecer en un colejio, basta que Julio un tanto desenredado de las que ella llamaba *trapisondas* políticas, dispusiese su matrimonio. Emilia se encargó de participar este proyecto á su hermano, pero con su acierto desgraciado opinó que lo mejor seria causarle una *sorpresa*. Para esto le escribió lo que *pensaban* hacer, pero sin decirle que Rita ya estaba puesta en camino. Julio, sin figurarse lo cerca que ya arreciaba el nublado, dió á entender á su hermana lo estemporáneo de su pensamiento, fraguando el embuste de que el Gobierno por algun tiempo trataba de comisionarle fuera del reino. Al oir las celosas reti-

cencias de Isabel, al punto comprendió Julio la injeniosa necedad de su hermana, y no pudo menos de correrse al ver lo ridículo de su posicion.

—Os advierto que os está esperando, le dijo Isabel con una dulzura ácre.

—Ya hablaremos, murmuró Julio por lo bajo pasando por delante de Isabel, y con un tono y una actitud tan humildes que espresaban todo lo siguiente:—« Perdona, alma mia; no me puedo detener; la patria me llama. Te engañan las apariencias. En mi crímen no hay mas que inocencia. Mañana lo verás. Esa mujer es un zoquete. Yo solo te quiero á tí: te amo.... te adoro. En fin, ya hablaremos. »

—Hablaremos, prorrumpió Isabel, viéndole alejarse, con un movimiento de cabeza que equivalia á un aplazamiento, de tal modo que los que estaban lejos supusieron que habia dicho:—« Yo te ajustaré las cuentas. »

Julio y Pericon se dirijieron al Real Palacio sin parar la atencion en uno que los seguia con tanta asiduidad como si fuese su sombra. Llegaron á una escalera á modo de tubo que hay á la derecha del patio grande, y subieron al cuarto segundo que corresponde exactamente al ángulo septentrional de la galería superior.

Al entrar en la antecámara, desde donde se oia todo cuanto pasaba en el primer gabinete de la izquierda, dijo Pericon á Julio:

—Está hablando *Narizotas.*

Asi hablaba efectivamente Su Magestad el Rey D. Fernando VII:

¡Viva la Relijion!

« La suerte, decia, favorece al mas osado. Los cuatro batallones de la Guardia que están situados en el Pardo, entrarán esta noche en la Capital por diferentes puntos, contrayendo su ataque á la Plaza Mayor. Unos gritarán: « Viva el Rey absoluto » y otros: « Viva la Relijion » Para intro-

ducir el desórden entre los enemigos del trono, he mandado esta tarde reunir en Palacio las principales corporaciones y autoridades, dando órden á la Guardia para que les niegue á todos la salida.»

—¡Qué tunante! significaron Julio y Pericon con una mirada mútua.

Su Majestad continuó:

—«Si los demócratas vencen, premiaré su valor con un *cintajo*. Si son vencidos, la adulacion de los curiales se tomará el trabajo de asesinármelos jurídicamente.»

Preciso es confesar que el Rey era un pícaro de gran talento.

Y continuó de este modo:

—«Los Embajadores de las córtes estranjeras que me estan oyendo (tambien conspiraban), para el caso eventual en que los realistas no logren su intento de reponerme en la plenitud de mis derechos, tendrán estendida una nota en la cual prevengan al ministerio, á nombre de sus respectivos Soberanos, que de la conducta que se observe respecto de mi persona, van á depender las relaciones de España con la Europa entera, y que el mas leve ultraje hecho á la Majestad Real, sumerjirá á la Peninsula en un abismo de calamidades. De este modo el desenfreno popular me hará gracia de los *patatazos* con que me suele acariciar en las solemnidades nacionales. .»

—Este es! gritó de pronto un sarjento de Guardias, apoderándose de Pericon, y conduciéndole entre él y otros cuatro soldados hácia la escalera por donde acababa de subir.

Julio quedó estupefacto. Se acercó á la puerta y escuchó á Pericon que bajaba diciendo:

—«Yo he sido traidor al *Amo*, porque él lo ha sido antes conmigo. Aun daria por él la vida, si no hubiese... tan brutalmente á la hija de mis entrañas...»

La voz de Pericon fue ahogada para siempre.

A los pocos instantes el mismo sarjento condujo á Julio

las desconcertadas auras
truncan, repiten ó mezclan,
las frases desconcertadas:
—Por Atocha!—Por la Villa!—
—Que te quites!—Que te vayas!—
—Al Avapies!—A Palacio!—
—Pero Julio!—Pero Juana!—
Hasta que al fin un patriota
(el Diablo segun es fama)
aplicándole una mecha
á un cañon de treinta varas,
cuyo mónstruo contenia
por arrobas la metralla,
con un *pom!!!*... que se oyó en Flandes
hizo tal riza en sus plazas,
que dió el pago á los ser-viles
de su escandalosa audacia.

—

A este brutal estampido
que retumbó en el Alcázar,
se estremeció nuestro Julio
como quien triunfos presagia;
y oyendo el *ay!* del que muere,
y el *á ellos!* del que avanza,
vió, con un contraste propio
de las acciones humanas,
que á un tiempo su fin tuvieron
en recíproca asonancia
el término de las dichas,
y el colmo de las desgracias.

GRANDES-PIGMEOS.

—«Abur,» contestó Julio ecsalando el último residuo de su valor.

—¿Quién es? preguntó desde una pieza interior una voz endeble que parecia ser la de una víctima prócsima á espirar.

—Jente de paz, contestó Julio en el mismo diapason, es decir, manifestando ser otra víctima prócsima á espirar tambien.

Guiado por una débil claridad, se acercó al lugar del martirio, y creyendo ver á algun sayon rodeado de hachas y dogales, se quedó estático al columbrar incorporada en su lecho á una jóven, que se abrigaba el pecho con un descuido tan tentador como el que suelen dar los pintores á las deidades jentílicas.

—¿Qué buscais aqui? gritó al verle la jóven, fijándole á la puerta con una mirada de terror.

—Nada, contestó Julio tratando de sincerarse, aunque mal, con prontitud.—Me han dejado preso en este cuarto, prosiguió despues haciendo un esfuerzo para esplicarse.

—¿Preso?

—Si Señora, preso: venia con Pericón...

—¿Pericon es vuestro padre? ¿Es vuestro padre Pericon? preguntó Julio con un aturdimiento vulgar.

—¿Dónde le habeis dejado?

—Se le han llevado unos soldados; es decir se ha ido con unos soldados.

—¿Y vendrá pronto?

—Probablemente.

—Y entretanto tendré que estar aqui con vos... sola... encarcelada!..

—Yo os protesto á fe de Julio...

—¿Os llamais Julio?

—Si Señora: ¿y vos?

—Me llamo Juana.

—Pues creedme Juanita, siguió Julio con un miramiento ascético, que estaba lejos de honrarle á los ojos de ninguna mujer, que jamás traspasaré los limites que me imponen los respetos que mereceis, ni el deber que me dicta mi conciencia.

—¿Y es muy ancha? preguntó Juana con una risita insinuante, semi recelosa y casi incitativa, que puso en ridículo la severidad de Julio.

—¿Dónde habeis conocido á mi padre? repuso despues al ver su embarazoso silencio, y dueña enteramente de la cuestion.

—En una asamblea de libres, respondió Julio con presuntuosa gravedad, como si no aludiese á una cuadrilla de asesinos.

—¿Sois tambien alguno de los conjurados que deben vengar nuestro honor ultrajado? preguntó Juana de pronto, enardecida por una misteriosa ferocidad.

Entonces Julio recordó las últimas palabras de Pericon, y como si su sentido coincidiese con la inspiracion que iluminó de pronto su cerebro, para cotejarlas las fue repitiendo mentalmente:—«Yo he sido traidor al *Amo*, porque él lo ha sido antes conmigo. Aun daria por él mi vida, si no hubiese ..... tan brutalmente á la hija de mis entrañas.»—Si, no hay duda, continuó Julio, pensando como consecuencia lójica de su raciocinio: «el Rey ha hecho con esta niña alguna brutalidad.»

—¡Ay Juana! prorrumpió luego con una esclamacion bastante oportuna, y atando al primer *ay*! un anzuelo donde al instante se debia clavar la presa ¡pluguiera á Dios que no hubiese que vengar mas deshonras que la que me ha contado vuestro padre!

—¡Os lo ha contado mi padre! esclamó Juana escondiéndose la frente entre la almohada, para ocultar el carmin que atropelladamente coloreó su rostro.

Julio quedó sumamente complacido de su suspicacia: el rubor de Juana era la confirmacion de su indecente malicia. Ella permaneció por algunos instantes avergonzada. El se abismó en un inactivo silencio; y solo de cuando en cuando lanzaba á Juana unas miradas tan penetrantes, que las ropas que la cubrian en algunos éstasis le parecieron mas diáfanas que el aire: asi es, que á pesar de sus protestas de continencia, alguna vez no pudo menos de esclamar:—«qué feliz ha sido el bribon de Su Majestad!»

—Si mi padre no puede llevar á cabo su plan de venganza, dijo repentinamente Juana convirtiendo en ira sus impulsos de vergüenza, la desesperacion armará mi brazo para aniquilar á los rufianes que, por granjearse el favor de un Príncipe, han tendido una red á mi inocencia.

—Y qué comisionados réjios se honraron con tan infame comision?

—Dos Duques, respondió Juana con una ironia implacable. Despues de haberme engañado con las mas truhanescas

insidias, se gloriaron de ello participándoselo á todos los criados de la casa.

—No estrañeis esa conducta, respondió Julio, dando rienda á sus instintos pleveyos, de los que están avezados á hacer lo mismo con sus mujeres y sus hijas. Los que se llaman Grandes entre la canalla, en las alcobas y caballerizas reales son respectivamente ó alcahuetes ó lacayos. A veces en apoyo de su ignominia suelen apelar á la honra de sus mayores, pero estoy seguro de que si las sombras fuesen visibles, advertiriamos los manes de sus antepasados ir en pos de ellos renegando de sus projenies. Los magnates hereditarios son como los satélites: se adornan con una luz prestada. El mérito y la virtud no pueden ser trasmitidos; y los que se envanecen de su ascendencia, manifiestan ser incapaces de adquirir un honor que otros han merecido. Si entre mis abuelos hubiera habido un nombre mas ilustre que el mio, me avergonzaria de firmarme como ellos.

—¿No ois ruido de armas? preguntó Juana incorporándose repentinamente.

—Si, contestó Julio sin inquietarse: ese ruido alevoso tal vez está prediciendo la esclaviiud de nuestra patria.

—¿Sabeis vos algo?

—Sé que los enemigos de la libertad que se hallan revelados en el Pardo, van á hacer esta noche una tentativa para derrocar nuestras instituciones.

—¿Y mi padre?

—Vuestro padre acaso habrá ido á dar aviso á los buenos: perded cuidado con respecto á su vida. Mi existencia es la única que se halla amenazada en este instante.

—¡Qué decis! prorrumpió Juana con un asombro que revelaba lo acerbo que seria para su alma la total aniquilacion de una juventud tan interesante.

—Que tal vez nos estamos viendo por la primera y última vez, repuso Julio mas compunjido de lo regular, con el objeto de conquistarse, ya que no el amor, al menos la compasion de Juana.

—Pues no salgais de este aposento, dijo ella hondamente contristada. Recostaos en ese confidente, mientras que yo desde mi lecho ruego á Dios por vuestra salud y la de mi pobre padre.—¡Qué bueno es! murmuró Juana viendo que Julio se alejaba con casta resignacion.—¡Buenísimo! añadió luego no advirtiendo en él el menor sintoma de una insurreccion erótica.

APOTEOSIS DEL SIETE DE JULIO.

¡Noche del siete de julio
mil veces mas cacareada
que la sacrosanta aurora
del primer dia de pascua!
Perdona, si dando al traste
con tu presuncion enfática,
hoy, por mi conducto, á juicio
la posteridad te llama.
Deja que vierta el ridículo
sobre tu gloria magnánima,
antes de ir á los infiernos
que nuestros nietos te guardan.
Porque desde tu victoria,
tan gloriosa como infausta,
si el despotismo una sombra,
fue la nacion una jaula.

—

Ya retirado el buen Julio
hácia un rincon de la estancia,
dijo, cojiendo una silla:
—«Dios mio, ¡qué linda es Juana!»
y luego alzando los ojos
como quien mira á un fantasma,
meciéndose la cabeza
murmuró:—«De buena gana....»
y haciendo un jesto, y echando
hácia el cogote las palmas,
lanzó un suspiro, y cayóse
contra la silla de espaldas.

—

Llególes en aquel punto
órden de la *Santa Alianza*
á los que un dia vencieran
en la Albuera y en Chiclana,
para que, el nombre aclamando
de Fernando, que Dios haya,
dejasen aquella noche
á los patriotas sin patria.
Salen del Pardo en buen hora,
para ir á Madrid en mala,
y cantando la *pitita*
con bárbara disonancia,
iban diciendo los tunos:
—hoy, por vida de la Guardia,
al nombre del Rey no queda
ni un súbdito en toda España.»
De este modo en tal instante

En cuanto los voraces convidados empezaron á gritar con desaforada alegria, Julio y Rita con escusa del ruido se fueron retirando hácia un cuarto inmediato. La soledad es el iman del amor. Rita mostraba en su rostro la significativa mansedumbre de una esposa. Julio, por el contrario, indicaba en el retraimiento de sus ademanes, cuánto repugnaba á su corazon envilecer á un ser que no le pertenecia.—«¡Qué felices somos!»—decia Rita con rebosante bienaventuranza.—«Muy felices»—contestaba Julio, filtrándosele por todos sus poros la hiel de los remordimientos. No hay placer sin inocencia.

Así permanecieron por algunos momentos, ella con sus bondades que alentarian al mas pacífico, y él con sus miramientos embarazosos; hasta que los repetidos trueques de miradas, y mas que todo la aureola voluptuosa que rodea á cuantos seres hermosos están próximos á traspasar por primera vez los límites de una justa prohibicion, acabaron de enagenar á Julio, arrancándole de las garras del dolor, para trasportarle á la esfera de esa amorosa y flotante inefabilidad, donde se pierde hasta la idea de la existencia. Despeñado por una pendiente deliciosa donde no hallaba obstáculos el menor de sus deseos, Julio aprestó sus sentidos para conducirlos al éxtasis de una completa embriaguez. Y si es cierto que el ánjel de los amores castos va acompañando á todos los cuerpos incólumes, haciendo los honores á su pureza, en aquel momento desplegó sus alas para abandonar á Rita para siempre....

—¿Qué es esto? gritó Isabel apareciendo repentinamente disfrazada de criado.

—¡Cielos! prorrumpió Rita poniéndose á espaldas de su amante.

A tan horrible aspecto una intencion aviesa hizo palpitar el corazon de Julio. Llegóse á Isabel con un ademan francamente hostil, mas al ver la impasible mirada de esta, se detuvo inclinando los ojos con una abyecta humildad, conocien-

que si me cojen me matan.»
Corrieron los Nacionales
tirando á *caiga el que caiga*
al callejon del infierno
que hoy *arco del triunfo* llaman;
y al *tun tun* como ellos Julio
yendo á halagar á su dama
porque no grite, y le ahorque
algun Dei del Real Alcázar,
corre diciéndola: «Hermosa...
por Dios... no nos oigan... calla...»
Y acercándose á su rostro
con la ilusion del que halaga,
la hirió un poquito en los labios...
muy poquito... casi nada...
«¡Alto!» al verse contenidos
gritan prudentes los Guardias;
y «¡ay!» al ver tan cerca á Julio
gritó conmovida Juana.
Por todas partes entonces
trabóse formal batalla,
unos con flores y frases:
otros con bombas y balas
Pin! Pan! A ellos! A ellos.
gritan, lanzando metralla
las encontradas columnas
de la Milicia y los Guardias;
y en tanto los dos amantes
en lid de amorosas ansias
dicen con fines opuestos:
Pero... Yo... Si... Quita... Aguarda...

—

Y asi en tan infausta noche

las desconcertadas auras
truncan, repiten ó mezclan,
las frases desconcertadas:
—Por Atocha!—Por la Villa!—
—Que te quites!—Que te vayas!—
—Al Avapies!—A Palacio!—
—Pero Julio!—Pero Juana!—
Hasta que al fin un patriota
(el Diablo segun es fama)
aplicándole una mecha
á un cañon de treinta varas,
cuyo mónstruo contenia
por arrobas la metralla,
con un *pom!!!*... que se oyó en Flandes
hizo tal riza en sus plazas,
que dió el pago á los ser-viles
de su escandalosa audacia.

—

A este brutal estampido
que retumbó en el Alcázar,
se estremeció nuestro Julio
como quien triunfos presajia;
y oyendo el *ay!* del que muere,
y el *á éllos!* del que avanza,
vió, con un contraste propio
de las acciones humanas,
que á un tiempo su fin tuvieron
en reciproca asonancia
el término de las dichas,
y el colmo de las desgracias.

insidias, se gloriaron de ello participándoselo á todos los criados de la casa.

—No estrañeis esa conducta, respondió Julio, dando rienda á sus instintos pleveyos, de los que están avezados á hacer lo mismo con sus mujeres y sus hijas. Los que se llaman Grandes entre la canalla, en las alcobas y caballerizas reales son respectivamente ó alcahuetes ó lacayos. A veces en apoyo de su ignominia suelen apelar á la honra de sus mayores, pero estoy seguro de que si las sombras fuesen visibles, advertiriamos los manes de sus antepasados ir en pos de ellos renegando de sus projenies. Los magnates hereditarios son como los satélites: se adornan con una luz prestada. El mérito y la virtud no pueden ser trasmitidos; y los que se envanecen de su ascendencia, manifiestan ser incapaces de adquirir un honor que otros han merecido. Si entre mis abuelos hubiera habido un nombre mas ilustre que el mio, me avergonzaria de firmarme como ellos.

—¿No ois ruido de armas? preguntó Juana incorporándose repentinamente.

—Si, contestó Julio sin inquietarse: ese ruido alevoso tal vez está prediciendo la esclaviiud de nuestra patria.

—¿Sabeis vos algo?

—Sé que los enemigos de la libertad que se hallan revelados en el Pardo, van á hacer esta noche una tentativa para derrocar nuestras instituciones.

—¿Y mi padre?

—Vuestro padre acaso habrá ido á dar aviso á los buenos: perded cuidado con respecto á su vida. Mi existencia es la única que se halla amenazada en este instante.

—¡Qué decis! prorrumpió Juana con un asombro que revelaba lo acerbo que seria para su alma la total aniquilacion de una juventud tan interesante.

—Que tal vez nos estamos viendo por la primera y última vez, repuso Julio mas compunjido de lo regular, con el objeto de conquistarse, ya que no el amor, al menos la compasion de Juana.

—Pues no salgais de este aposento, dijo ella hondamente contristada. Recostaos en ese confidente, mientras que yo desde mi lecho ruego á Dios por vuestra salud y la de mi pobre padre.—¡Qué bueno es! murmuró Juana viendo que Julio se alejaba con casta resignacion.—¡Buenísimo! añadió luego no advirtiendo en él el menor sintoma de una insurreccion erótica.

APOTEOSIS DEL SIETE DE JULIO.

¡Noche del siete de julio
mil veces mas cacareada
que la sacrosanta aurora
del primer dia de pascua!
Perdona, si dando al traste
con tu presuncion enfática,
hoy, por mi conducto, á juicio
la posteridad te llama.
Deja que vierta el ridículo
sobre tu gloria magnánima,
antes de ir á los infiernos
que nuestros nietos te guardan.
Porque desde tu victoria,
tan gloriosa como infausta,
si el despotismo una sombra,
fue la nacion una jaula.

—

Ya retirado el buen Julio
hácia un rincon de la estancia,
dijo, cojiendo una silla:
—«Dios mio, ¡qué linda es Juana!»
y luego alzando los ojos
como quien mira á un fantasma,
meciéndose la cabeza
murmuró:—«De buena gana....»
y haciendo un jesto, y echando
hácia el cogote las palmas,
lanzó un suspiro, y cayóse
contra la silla de espaldas.

—

Llególes en aquel punto
órden de la *Santa Alianza*
á los que un dia vencieran
en la Albuera y en Chiclana,
para que, el nombre aclamando
de Fernando, que Dios haya,
dejasen aquella noche
á los patriotas sin patria.
Salen del Pardo en buen hora,
para ir á Madrid en mala,
y cantando la *pitita*
con bárbara disonancia,
iban diciendo los tunos:
—hoy, por vida de la Guardia,
al nombre del Rey no queda
ni un súbdito en toda España.»
De este modo en tal instante

que si me cójen me matan.»
Corrieron los Nacionales
tirando á *caiga el que caiga*
al callejon del infierno
que hoy *arco del triunfo* llaman;
y al *tun tun* como ellos Julio
yendo á halagar á su dama
porque no grite, y le ahorque
algun Dei del Real Alcázar,
corre diciéndola: «Hermosa...
por Dios... no nos oigan... calla...»
Y acercándose á su rostro
con la ilusion del que halaga,
la hirió un poquito en los labios...
muy poquito... casi nada...
«¡Alto!» al verse contenidos
gritan prudentes los Guardias;
y «¡ay!» al ver tan cerca á Julio
gritó conmovida Juana.
Por todas partes entonces
trabóse formal batalla,
unos con flores y frases:
otros con bombas y balas
Pin! Pan! A ellos! A ellos.
gritan, lanzando metralla
las encontradas columnas
de la Milicia y los Guardias;
y en tanto los dos amantes
en lid de amorosas ansias
dicen con fines opuestos:
Pero... Yo... Si... Quita... Aguarda...

—

Y asi en tan infausta noche

las desconcertadas auras
truncan, repiten ó mezclan,
las frases desconcertadas:
—Por Atocha!—Por la Villa!—
—Que te quites!—Que te vayas!—
—Al Avapies!—A Palacio!—
—Pero Julio!—Pero Juana!—
Hasta que al fin un patriota
(el Diablo segun es fama)
aplicándole una mecha
á un cañon de treinta varas,
cuyo mónstruo contenia
por arrobas la metralla,
con un *pom!!!*... que se oyó en Flandes
hizo tal riza en sus plazas,
que dió el pago á los ser-viles
de su escandalosa audacia.

—

A este brutal estampido
que retumbó en el Alcázar,
se estremeció nuestro Julio
como quien triunfos presajia;
y oyendo el *ay!* del que muere,
y el *á éllos!* del que avanza,
vió, con un contraste propio
de las acciones humanas,
que á un tiempo su fin tuvieron
en recíproca asonancia
el término de las dichas,
y el colmo de las desgracias.